

Primera parte:

La Canina Esmeralda

Emilio Sola
e.sola@uah.es

Colección: E-Libros – El Paraíso de las Islas
Fecha de Publicación: 10/12/2007
Número de páginas: 10
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola, con la colaboración tecnológica de **HazHistoria S.L.**

www.cedcs.org
info@cedcs.org
contacta@archivodelafrontera.com

www.hazhistoria.net

Descripción

Resumen

El Paraíso de las Islas es la profecía-utopía de este santo pecador, una de las patadas más tiernas dadas en la entrepierna a nuestro espacio / tiempo. En estas páginas se desarrollan las historias más verdaderas –y posibles- de la gente en su estado natural, es decir, de viaje. “Lo que no puedo hacer, lo escribo. Para no volverme loco2, dijo. Y es esto.

Índice:

- PREVIOS
- LA PRÓXIMA NO-NOVELA
- LA CANINA ESMERALDA
- UNA NONOVELA DEL PARAÍSO DE LAS ISLAS
- FINAL
- POST-SCRIPTUM

LA CANINA ESMERALDA

PREVIOS, con Pedrera en el corazón.

- ¿Diga?
- Por favor, ¿don ES?
- Un momento – cambió de voz. - ¿De parte de quién?
- De un alumno suyo. De doctorado.

Estaba atrapado.

- Sí, soy yo, dígame.

Era su compromiso principal. El primero. A nadie más, salvo a sus alumnos, debía su lealtad profunda.

Era una nimiedad: el sueldo de un secretario era de unos 300 o 365 escudos anuales. La vieja intuición: un escudo al día era un gran sueldo. La otra escala del cálculo. Un escudo al mes, diez o doce al año, el sueldo normalito. Y por arriba, 10.000 escudos al año – como mil escudos al mes. La escala: 1 / 30 / 1000. ¿Una regla clásica estamental?

La felicidad ya fue o está siendo.
La felicidad es.
Instante y destino interiorizados.
La felicidad es.

Está en el acto mismo de la escritura.
La verdadera intención de Cervantes:
Una idea de alcance libertario.

Un Cervantes así, pues,
no es nada más ni nada menos
que – su verdadera intención –
un Cervantes libertario.

I Graveras.

Comenzaron a proliferar las graveras espontáneas. Espontaneidad inconsciente de su propia belleza. De su valía. Eran mínimas instalaciones en pleno campo, como arañosos a la tierra madre que tantos de aquellos felices infelices añoraban como tal, su única madre verdadera. Se avisaban unos a otros de una nueva gravera – en dirección a la

costa, en dirección hacia las montañas o en dirección a otra gran ciudad, la más cercana –, y así podían progresar en su nomadeo, de momento, hacia ninguna parte.

No hacían más que adaptarse al medio, como siempre, con gran dolor de su corazón, pero adaptarse a la realidad. La última victoria de las elecciones democráticas –como se repetía hasta la saciedad, y viniera o no a cuento – de los que ya todos conocían por los galipoteros, había hecho culminar el proceso sólo apuntado en no demasiados años anteriores.

Solamente quienes han salido de un infierno saben lo que hay en él.

El resultado, una verdadera obra de arte: el gran nomadeo de juventud que cristalizaba en una nueva red de supervivencia.

Salem se lo había dicho a Tobías Aymar, recién llegado a la estepa andaluza al parecer en un carguero que remontaba el río grande arriba, precisamente para cargar grava para la costa del sol: “Río arriba, graveras chicas, colega”. Luego le había explicado que con el traslado de un saco de gravera chica a gravera chica hacía el día de camino hacia donde deseara.

Era, aquello, aquel comportamiento, uno de los principios no escritos de los nuevos nomadeos o reglas / normas / usos de hospitalidad: dar alojamiento, comida y conversación; conversación que pudiera resumirse en avisos para caminantes, se podría decir.

Tobías Aymar se lo agradeció a Salem. Ya lo traía escrito en su cuaderno de viaje: “Al llegar a Andalucía, buscar las graveras chicas”.

Saquitos acoplables a las diferentes fuerzas físicas de quien había de transportarlos. Saquitos llenos de arenas más o menos finas y guijarritos mínimos, piedrecitas. Una carga elemental y primigenia que parecía ser metáfora de los nuevos llegados al nomadeo.

Podía, pues, iniciarse así el ensayo de nuevo relato: UN NUEVO NOMADEO ANDALUSÍ. O, mejor, conservar la palabra Andalucía. Suena dulce y femenina. Como la historia que se pretende narrar.

Cuando uno ha conseguido salir de las redes de un sistema totalizador –sistema paranoico –, el más mentiroso y atroz de los sistemas posibles, pues te niega la realidad con su retórica y normas absolutas, tiene que volver a aprender el mundo – volver al mundo, que decía un amigo veneciano, viajero lento por intersticios de nomadeo de alto nivel – volver a adaptarse a un mundo con otras reglas prioritarias y morales. Elegir entre lo que es correcto y lo que es fácil: un dilema que puede abrir puertas a la tragedia más inesperada. Lo correcto y lo fácil sólo coinciden en un estado de “edad de oro”. Lo pequeño se vuelve gigante,

importante, y lo antes fundamental se diluye en la nada de las insignificaciones.

Pero esa circunstancia –ese tránsito que se transforma en ser – puede generar milagros de percepción. “La vida, sacra. La cultura occidental, un escándalo”.

Mejor podría ser: “UN NUEVO NOMADEO: LAS GRAVERAS DE ANDALUCÍA”. Y habría que encargarle a alguien que supiera escribir –ahí uno de los primeros obstáculos – la puesta en marcha del relato.

“Un mundo cada vez más obsesionado por la intervención y la interferencia”. Hay que preservar –mimar – la posibilidad de azar en las migraciones y desplazamientos, en las transmigraciones. Reforzar los intersticios de nomadeo.

No-novela: Pre-novela o post-novela.

II Postnovela.

Se le ocurrió una noche ante la chimenea de un intersticio de nomadeo norteño, escuchando al Franco Batiato, uno de los cantantes más estimulantes del naciente paraíso de las islas, que hablaba de la bandera blanca, como no, la bandera de la confederación centro-sur, la de nos rendimos porque no podremos rendirnos jamás. Se le ocurrió que por qué, ahora que todo el mundo anda conferenciando sin ton ni son, por qué no iba a poder él conferenciar sobre las historias del paraíso de las islas igual que un cantante cualquiera. Eso: un ciclo de conferencias –un seminario, un curso breve, porfa – sobre el paraíso de las islas como creación literaria entrañada en los avisos de cosas que pasan en el mundo, en la actualidad sin más, tal como se narra ella misma al fin.

Pero tenía que ser directo, contundente. No divagar ni irse por las nubes, su desgracia. Ser pedagógico, de alguna manera. Dificilísimo.

La vida en sus fragmentos. Y todos los fragmentos innumerables, conformaban el paraíso de las islas.

Todo sucedió así, en mogollón, como decían los malhablados, cuando las grandes sequías amenazaban con convertirlo todo en un gran secarral, tras el paso de los galipoteros, aquella maldición por no decir perversión. Y los intelectuales, políticos y teólogos hablando con las estrellas, las estrellas de la tele y la otras, las más lejanas, sobre todo con las otras.

Pero ¿esto es una conferencia? ¡Vaya desilusión!

Después de la primera generación de Amanuenses estructurada a lo largo de un siglo, parecía que había que volver a narrar el paraíso de las islas

desde el principio. Y más, cuando se perdieron o traspapelaron muchos de sus fragmentos por lo agitado y movidito de los tiempos.

III. Prenovela.

Todo se había precipitado a la muerte de J.B., en los momentos finales de la Gran Guerra, con sus catastróficos resultados de desorganización, miseria casi generalizada y gran nomadeo. El hundimiento de aquella red de redes a la que habían denominado Gran Confederación Centro-Sur –para neutralizar de alguna manera la dura polarización Este-Oeste – sólo había dejado en pie unas pocas estructuras formales que la fundación Manfredi-Borondón, con la programación digital de María de la Soledad Muñoz Dolores y, sobre todo, de Fito Naser, el gran programador, consiguió hacer, mal que bien, operativas con la trama básica de los intersticios de nomadeo. Aunque costosa – tantos y tantos murieron o desaparecieron para siempre de los circuitos – fue también muy divertida la mayoría de las veces, al menos en las narraciones que fueron quedando aquí y allá, y que asambleas de amanuenses –como habían decidido autodenominarse – intentaron recoger y poner en limpio en la biblioteca de don Borondón, en la casa del naranjal de la costa del Levante Ponentino, como se había puesto de moda decir evocando la manera clásica de un siglo áureo mediterráneo.

Pero la gran aventura de organizar los intersticios de nomadeo eficaces no hubiera podido tener éxito –además de la eficacia de la fundación Manfredi-Borondón, que fue clave en todo el proceso – sin la aunque incompleta espléndida Operación Ulises, que en sus fases de preparación e inicio –trágicamente interrumpido por la Gran Guerra – movilizó durante tres años seguidos y durante unos cuatro meses cada año, a varias generaciones de estudiantes europeos, americanos y asiáticos principalmente, formando y reclutando gente para programas de lo más variopintos y vivaces. Cada una de sus acciones –“desarrollo e innovación”, decían en el lenguaje formal oficial, terrible – se convirtieron en pequeños intersticios de nomadeo estructurado en lo que llamaban “viajes de conocimiento y de contactos”, que entusiasaban a los chavales, cada vez más en precario, sobre todo tras la Gran Guerra, pero cada vez con más aguante y marcha. Esas eran las redes que había logrado salvar la fundación Manfredi-Borondón con el joven y gran programador Fito Naser al frente del equipo informático internetero y retozón.

Años después, en pleno huracán del paraíso de las islas en su pleno desarrollo, un ministro de defensa de uno de los gobiernos post-bélicos –de después de la GG, por gran guerra, como se había convenido en datar – de una de las facciones más sectarias e integristo-fundamentalista, que se decía, así, terrible, decidió denominar Operación Ulises a un despliegue militar por todo el Mediterráneo y el Atlántico africano-canario, por los lugares por

donde en aquel tiempo llegaban a Europa cientos de africanos en ligeras naves –pateras, cayucos, flucas lindas – para integrarse en los intersticios de nomadeo en sus viajes de conocimiento y de contactos. Una humorada o una malintencionada terjiversación, una maledicencia sin más, al fin, pues al parecer no se lo tomaron demasiado en serio sus colegas de los otros gobiernos europeo-mediterráneos o centrales.

(Dicen los amanuenses que hay por ahí relatos sueltos del tiempo de este malhadado ministro Tri, que están reuniendo bajo el epígrafe “Chochees del Tri, ministro de guerra”, pero aún no han llegado a mis manos). (Paso para el tipógrafo).

Cuando comenzaron a llegar las narraciones del paraíso de las islas a la biblioteca de don Borondón, luego de Fito Naser –allí nacido y allí crecido – y como se dice ahora la Biblioteca del Naranjal, se vio la necesidad de estructurar una nueva manera de datar, y se eligió como inicio de esa nueva era –en lenguaje muy del momento – el final de la GG y muerte de Juan Bravo o JB. Y fue bastante eficaz el acuerdo formal. A la muerte de don Borondón –el Antiguo, como le decían – en el año 52 de la GG, aquello ya funcionaba perfectamente y la gente de los intersticios de nomadeo –del paraíso de las islas – se entendía mucho mejor en esta nueva datación narrativa. En el año 100 de la GG y muerte de JB, este tiempo, se inicia un nuevo ciclo narrativo, pues, de historias del paraíso de las islas en el que los relatos del tiempo anterior adquieren un cierto clasicismo que hay que desbordar, tras un posible balance.

La manera de datar se incorporó de inmediato a las jergas populares, y lo de GG como gran guerra pronto la gente humorista y la del comic la convirtieron en “je, je” en bocadillo, como risa, y la gente lo tradujo a su manera convirtiéndolo en risa sonora o carcajada. Y así, alguien podía decir: “En el año 52 –y se reía – murió don Borondón!”. Y todos lo entendían, 52 años después de la “je,je”, de la risa, de la GG, de la gran guerra. Hasta dejenerar en aquello de “eso pasó tantos años después de la risa”. Misterio de las divagaciones y las derivaciones.

IV

Nonovela o próxima nonovela.

El balance no puede ser positivo ni negativo: es, sin más, que ya es mucho. Siguen los diferentes gobiernos, eso sí, en muchos aspectos casi anulados por otras estructuras internacionales / globales sobre todo financieras. Los viejos intersticios de nomadeo del paraíso de las islas se fueron acoplanto a otras redes de desplazamientos, como las turísticas, las de las recogidas de cosechas o las de las obras públicas más diversas, y hasta con las redes de corsarios y clandestinos. La ley de la vida. Cada vez más organizaciones que dieron en llamar no gubernamentales se fueron integrando o

coordinando con las redes de nomadeo del paraíso de las islas hasta llegar el conjunto a constituir otra realidad. Superpuesta a la realidad de siempre, o sea, ella misma. La eternidad del instante. La eternidad de la realidad.

Cuando llegó el primer centenario de la GG y muerte de JB, que en el paraíso de las islas se había adoptado como forma de datar, hubo una especie de nueva movida general en busca de referencias. ¿Quién podía sobrevivir, se preguntaron algunas chavalas y chavales más salvajes, de aquella gente de la que nos contaban historias cuando éramos criaturas?

La historia del Pujolito y su amiga Titina se la habían pasado con frecuencia de críos –o crías y crías, como se había puesto de moda abreviar – porque les divertía la manera de razonar tan rara del Pujolito. Y como sabían que las historias que les contaban siempre eran reales, un grupo se dedicó a investigar como “agrupación para trabajo de curso” y, de entrada, localizaron al tal Pujolito nada más y nada menos que en la vieja casa de don Borondón, luego de Fito Naser, en la que se desarrollaba parte de las historias más antiguas del paraíso de las islas. No le gustaban las últimas novedades tecnológicas de comunicación, pero no resultaba difícil conectar de vez en cuando con él un ratito. Así, supieron que ya tenía 84 años y, lo que era más interesante para l’ estudiant

–bueno, me estoy adaptando, soy el amanuense contratado; dejarlo como flash anticipador. (Nota para’l tipógraf’s) –

era que su amiga del alma Titina seguía con él, a su lado, y seguía llamándole loco y descolocado todo el tiempo y tratándole con los mismos melindres de siempre. A media docena de chics –sí, así, chicas y chicos – les entró ganas de ir a conocerles. Podían formar “agrupación de viaje de verano” o “de conocimientos y contactos” como decían de antiguo, ya desde la época de juventud del Pujolito y la Titina más de medio siglo atrás. Era una solución fácil, que continuaba la de “agrupación para trabajo de curso” y permitía mayor apertura. Podían acercarse a la casa del naranjal o de Fito Naser, antes de don Borondón, estar allí para filmar y entrevistar durante un par de semanas, y luego pasar por tierra de Hamuines pues al parecer tenía por allí mucha gente que había tenido relación con él. Durante el final de curso prepararon la hoja de ruta digital, bastante complicada de elaborar bien, con todos los enlaces en firme, cerrados.

No debemos caer en el pecado de Amanuenses que reflexionan sobre su propia escritura, con tanta frecuencia aún la pluma y si es estilográfica antigua de bellas tintas mejor, la “péñola mía” del loco hispano-ché. Por ello eludimos adentrarnos en el laberinto de los programas utilizados y en circulación.

(FIN INTRODUCCIONES).

LA PRÓXIMA NO-NOVELA.

I.

EL NUEVO RIGOR IMPONE, PRIMERO, PRESENTARSE. No ya el antiguo anonimato de l' Amanuenses antigús –antiguos y antiguas, claro – que también tenía su gracia y permitía investigar a media docena de chics como nosotrs –aunque suene algo a catalán – en bibliotecas y lugares de residencia de comuners antigús, como se les llamaba a aquella legión de revolvedores y revolvedoras, revoltós inclasificables e inagotables en su querer cambiarlo todo todavía más. Andábamos apagando fuegos de por Levante, aquel verano incendiario del incio del cambio climático, que decían, y ya la Leila Naser no sé cuántas –van por la XLII o XLIII, ya ni recuerdo, pues viven todavía Leilas Naser del siglo pasado hasta la XX o XXII – anda achuchando a la gente para que se enrolle en una reestructuración del jardín de Knosos y de los de Lesbos, pues hace por lo menos una generación entera que siguen igual que estaban. Y no quería entender que le dijéramos que veíamos más urgencia y prioridad en los fuegos de Olimpia que en los jardines de Knosos y de Lesbos; y ella gritaba y gritaba –nunca perdieron sus dotes histriónicas, tantas generaciones de actrices, cantantes y gente del espectáculo filmable. Y gritaba por los lugares de contratación de nómadas o de gente de viaje de conocimientos y contactos –como se decía antes, que tal vez se entienda mejor – que si había ardido el santuario de Olimpia y se había profanado el santuario de Kerbala que había que salvar los nuevos santuarios, como los jardines de Lesbos y de Knosos, y a todos y a todas, a tods, hacía llorar, la muy cabrona. Y luego se alejaba del grupo reunido, le hacía un corte de mangas a la concurrencia, y con una carcajada aguardentosa se abría paso entre el público y se perdía por el fondo negro del descampado. Era una de sus creaciones callejeras de esa temporada y tenía a la ciudad y colonia algo soliviantada. Pero les hacía mucha gracia a las niñas y a los niños y, además, era una Leila Naser, uno de los ídolos legendarios desde el origen mismo de las Leila Naser, aquella I que huyó de Alejandría de un matrimonio apalabrado con un hombrón, y terminó en la casa de don Borondón. Ahí es nada.

Pero andábamos con el intento de conectar con Pujolito, y de paso también con la Titina, para un trabajo de verano que nos pudiera resultar divertido, y en el que trabajar con las nuevas técnicas y maneras narrativas, que es a lo que íbamos a terminar por dedicarnos la mayoría de studiants de nuestro curso más global. Al final, éramos dos nórdicas –anglofinesa y germanonoruega – Tip y Carla, un chaval bantú, Corino, un italiano de Palermo, Salvatore, Salvo para las amistades, y una japonesa muy lista, Yamamoto. Y quedamos tods en Valencia. Era la gran urbe más próxima a la casa de don Borondón, el naranjal con su magnífica biblioteca en el castillete renacentista y en las nuevas dependencias y jardines que se habían ido abriendo, aún la sede de la fundación Manfredi-Borondón de tanta historia ya. Queríamos especializarnos en narradores de

historias del paraíso de las islas, sobre todo de su periodo clásico fundacional, y por ello necesitábamos localizar a algún superviviente; y habíamos coincidido en elegir al que resultó más dificultoso por su edad avanzada, el Pujolito. Todos 5 andábamos con los veinte años auestas, intentando encontrar algo al fin a lo que dedicar nuestras vidas, entre nomadeo y nomadeo en busca de espacio vital. El mundo era una inagotable posibilidad para cualquiera de nosotros con tal que pudiéramos estar conectados a la red, que ya había desbordado a su vez las redes del paraíso de las islas, con lugares concretos físicos que habían logrado sobrevivir mal que bien a la vorágine de los tiempos. Y más en aquellos tiempos del inicio del cambio climático, que decían por todas partes. La conversión de la casa de don Borondón el Antiguo, la biblioteca habitada del naranjal frente al mar, en casa de Fito Naser fue una de las claves mayores de su supervivencia. Fito Naser consiguió convertirse en el Gran Programador, como le titularon, y todo fluyó con naturalidad; el declive no era mayor que el del entorno de multinacionales galopantes descabalgadas y tigres financieros devorando hasta el trigo y el maíz para sus ingenierías futuristas fantasiosas pero de racionalidad renqueante.

Por ello mismo resultaba emocionante el espectáculo del lamento de Leila Naser por las calles de la ciudad de Valencia ese verano, cuando la tropa de chicas, con la decisiva ejecutiva Yamamoto al frente, se alojó un par de días en la ciudad para hacer las compras últimas precisas para su misión, camelarse al Pujolito para que soltara algo, sus recuerdos o lo que se le ocurriese, que no estaba nada clara la cosa por dónde iba a ir, a tenor de la hoja de ruta digital que habían terminado mal que bien de estructurar. Tenían un mes, alargable algo, pero no mucho, para hacerse con el Pujolito, con su colaboración. Y si esa colaboración conseguían convertirla en interesada, mejor; quiero decir, si Pujolito tenía interés en mostrar alguna variante de alguna de las historias que corrían del paraíso de las islas, mucho mejor, pues podría provocar a otros para intervenir y montarse así un buen bollo o un buen foro. Pero eso les interesaba menos –y ahí Yamamoto era contundente – pues lo que les interesaba como primer objetivo era la evocación más amplia y global posible, una posible narración lineal sencilla desde donde fuera que se la abordase a aquella realidad. Esas obsesiones de siempre por sintetizar, por resumir en cuatro líneas el sentido de la vida y de las cosas, siempre de acá para allá, casi como basura espacial. Pero Yamamoto era una más del's chicas. Todo un equipo –Tip, Carla, Corino y Salvo – perfectamente homogéneo en sus disparidades, como se llevaba hacer. Y cada uno y cada una con sus especialidades y obsesiones dominantes como guías y motores de la investigación.

La Yamamoto tenía la silueta del manga, su grácil desplante torero, su felinidad. Era pura decisión y almacenamiento. Un prodigio de la técnica minimalista última, al final de cada día ella era la que había conseguido seleccionar más información y más estructurada y ordenada. Y eso hacía que las bellezas nórdicas Tip y Carol y los sureños expertos en nomadeos varios Corino y Salvo, con la Yamamoto al frente cual mochila tecnológica, anduvieran por allí pateando la noche valenciana, por el Carmen mugriento e irremplazable, en cada esquina el subidón de la nostalgia de un paraíso de las islas diminuto, de

aquí para allá entre pandillers de horchaters y cocobolas felices y atildados. De permí o de parcheo, que decían, vete tú a saber de qué se trataba.

No les fue difícil encontrar los recambios últimos que necesitaban, sobre todo las martiritas de los colocones tranquilos, que decían –y vete tú a saber por qué, pues cuando menos te lo esperabas se te cuadraba la Imagen y la Idea y era un subidón cuáquero, como también se decía, y bueno. Pues eso, que en un par de días por Valencia nos atiborramos de los materiales fungibles necesarios y a la casa de Fito Naser, antigua del Antiguo, por seguir jugando con la retórica de las historias del paraíso de las islas de cuando chavals. ¡Anda tú, la Carol, sólo se sabía la historia del Pujolito por la casa grande de la casa de la Montse por Ibiza, por allí corriendo en bolas y gritándole a la Titina bordelerías. Ella y la Tip, cuando se conocieron en un viaje de conocimiento y de contactos, como decían antes, o por ahí, como decimos ahora, pues se habían enrollado muchísimo con las historias del Pujolito y hasta habían tenido fantasías eróticas de tener un novio así de borrico y espontáneo. Por eso, cuando se enteraron de la “agrupación para prácticas” que quería más “agrupación de viaje de verano” para el asunto del Pujolito, se pusieron en contacto de inmediato entre sí y con los otros, y p’a Valencia. Lástima que ya no se estilara ir en moto, como los hijos del agobio antiguos, los de la gran comuna modular de Esmirna de la Kakadín, la del Pelo Verde, como le gustaba a ella que la llamaran.

Nos vinimos en Travel Trip como siempre, o Viaje Trip como dicen en Valencia, y allí estábamos buscando furgoneta o mensajería para la casa del naranjal, que es como le decían en fino en la ciudad. A las furgonas de la casa del naranjal se las distinguía enseguida por lo destartadas que eran y lo anticuadas que resultaban, pero les habían puesto unas azafatas y unos azafatos muy animados y enseguida se llenaban de gente. Al parecer, siempre había alguna concentración de algo por allí, pero sobre todo de los rollos de los de comunicaciones. Tampoco sabíamos qué hacía el viejo Pujolito en un lugar como aquel, hasta que vimos el panorama. Aquello parecía todavía lo que había sido siempre, un naranjal, pero con islas tecnológicas camufladas y el jardín botánico de don Borondón con la fuente monumental que recubría sus restos físicos, con su puntito de morbo funerario aunque hablaran de reliquia de ADN singular y cosas por el estilo. Era uno de los espacios físicos de la geografía mítica de un paraíso de las islas que se narraba en historias disparatadas y variopintas, sin ejes directivos que no fueran el puro nomadear de la gente. Cómo iban de acá para allá con sus problemas e ilusiones y cómo se las arreglaban para seguir nomadeando.

Una de las premisas del proyecto de trabajo, o punto de partida, mejor, era el hecho de que Pujolito era el autor del cuento infantil “¡Polvo dorado, Pujolito!” que les había reunido como equipo. Sobre todo para las chicas, Yamamoto, Carla y Tip, era importante esa capacidad de autobiografiarse con tanto verismo. Para Salvo eso era relativo: “Sólo él mismo puede ser capaz de contarse así”. Lo que pasaba es que l’Amanuenses antigús eran unos retorcidos, y de ahí eso de ocultar la autoría de relatos y narraciones. Ya se sabía que sólo Yoniyón había sido capaz de escribir “Los hijos del agobio”, otro de los relatos preferidos de cuando

peques. O el asilvestrado de Erik Anderson el de “La muerte de don Borondón”, como no podía ser menos por algunos detalles. Ocultaban su nombre pero se les veía el plumero. Esa era la manera antigua de hacérselo l’ Amanuenses. En no pocas ocasiones, con equipo detrás además.

El caso de Pujolito es algo diferente, pues lo escribió muy joven para lo que suelen ser l’ Amanuenses –que esperan a la ancianidad para rematar lo más tarde posible su texto – y, además, con la ayuda técnica de Titina y un equipo de gente informal, y allí mismo en la casa del naranjal o de Fito Naser, al parecer todavía la casa de don Borondón cuando Pujolito redactó su “¡Polvo dorado...”.

La cosa estaba clara: había que tirarle de la lengua al Pujolito para que les narrara historias de su nomadeo por el paraíso de las islas en formación, o en las primeras etapas de formación, mejor, pues eso nunca parecía que terminaría de formarse en plenitud, tal aquellas añoradas “edad de oro”. Porque la “edad de oro” es una realidad personal e intransferible casi, aunque muchas “edades de oro” simultáneas y operativas pueden conducir al delirio de una Edad de Oro: mas tiende de inmediato a desaparecer entre las mismas cenizas de la hoguera provocada. Eso era en definitiva –estamos adelantando conclusiones, el equipo está funcionando – lo que Pujolito, el hombre del Colmillo Verde como lo conocían en su edad madura, entre bromas, hipidos, desplantes y comedias varias, vino a decirnos. “A confirmarnos”, concluyó elegante Yamamoto. Al lado de lo principal –nos apenó pero lo comprendíamos - : estaba cansado de tanta cháchara y tanta vida.

II.

LA CASA DEL NARANJAL se había ido extendiendo por la costa hacia el sur hasta llegar a engullir el Chiringuito de Eulogio, del que antes le separaban kilómetros y kilómetros de urbanizaciones turísticas, descampados y bosques quemados. Se había convertido, de hecho, en una ciudad singular, intersticio de nomadeo de gran vitalidad, y habían tenido que organizar una Alcaldía como en las otras macro-urbes, más bien una compleja gobernación de red modular similar a la de los hijos del agobio en Esmirna. Porque ese mismo había sido el caso. A la vez aque iba surgiendo la ciudad modular de hijos del agobio en Esmirna, con aquella Kakadín la del Pelo Verde a la cabeza, que lo que menos hacía pensar a todos los que la veían era en una Alcaldesa, de forma paralela se fue ampliando y ampliando la casa de don Borondón, sobre todo a partir de su muerte, hace ahora medio siglo, allí mismo en la gran plataforma que los Cavernícolas, como les llamaban a las comitivas de artistas nómadas, habían convertido en fuente monumental para juegos de luz y sonido y para baños espumosos y para combate erótico. El gran jardín que rodeaba el divertido monumento funerario, creación personalísima de Erik Anderson, el amado del Antigüo, se había

ido desarrollando y extendiendo según los diversos modelos ideales – Ideas – que había dejado descritos por extenso el mismo Anderson. “El desarrollo de los jardines”, titularon luego sus notas sobre los jardines de la casa del Naranjal, así como los de Knosos y Lesbos. Algunos de esos diseños se los había narrado directamente don Borondón antes de su desaparición, pero se habían ido retorciendo y enriqueciendo –había ya un museo de especies desaparecidas que era una maravilla, aunque te entraran ganas de llorar muchas veces – a golpe de asambleas de tormentas de ideas –siempre la vieja Idea ácrata mitificada de por medio – hasta convertirse en una verdadera selva / jardín botánico naturalista y tecnológico.

Para no traicionar una de las almas de la casa de don Borondón, la de biblioteca habitada, y con cuanto más jaleo de por medio y más vaivén mejor, aquel parque botánico – tecnológico –la maldición de las palabras que deben definir – tenía sus intersticios residenciales y de contactos, el intersticio mismo de nomadeo, con abundantes casas grandes, más comunales, y las llamadas de apalanque, más confortables y protegidas de incomodidades, más pensadas para las carrozas y viejos, como se había puesto de moda designar a la manera antigua un poco canalla. Los orígenes del paraíso de las islas, en fin. Pues eso. En uno de esos intersticios tenía su casa el Pujolito, en donde se lo podía encontrar primavera y verano, pues durante el otoño y el invierno se le solía sacar a paseo por otras latitudes, hasta donde él pudiera aguantar o desear. Ahora, con ochenta y pico, ya pasaba de carroza a viejo sin más y parecía que su apalanque final quería hacerlo allí, en la casa de don Borondón. Para él nunca había sido aquella, como para los jóvenes, la casa de Fito Naser.

Esta narración pretende ser formalmente correcta. Hace tiempo que l’Amanuenses, al revés que antes –y sobre todo a raíz del caso de Eliodoro el Negro, que dejó apuntada su autoría en “Los siete viajes de Gina Manfredi” – habían decidido dejar su nombre o sus nombres, en el caso de que uno continuara el relato dejado por otro, al final de cada texto. Resultaba más cómodo, por otra parte, para agrupar la maraña de textos o relatos producidos, sobre todo los escritos en papel a la manera clásica antigua, que eran objeto de arte cotizado para coleccionistas y grandes instituciones culturales archivísticas y bibliotecarias. El mito de la sagrada reliquia de las religiones o realigaciones antiguas. Eso eran: reliquia material de una historia en circulación digital desbocada, a la que había que volver de vez en cuando para serenar. El tesoro de la biblioteca de don Borondón como archivo y luego –con Fito Naser – cerebro central digital de aquella gran movida informe.

Todo esto viene a cuento ante cierta incomodidad inicial al pretender que esta narración sea formalmente correcta. Es una de nuestras certezas, de momento, hay que respetar al máximo las formas pues afectan de manera directa al contenido mismo, haciéndolo verosímil o manipulado hasta de manera inconsciente. Formalmente se quedó en que el relato debe de ser firmado, debe de identificar al autor para poder aceptarlo, y con las

nuevas maneras de narrar la autoría individual de cualquier investigación formalmente correcta es imposible. Yo mismo soy el equipo 5 Chics, las chicas Yamamoto, Tip y Carla, y los chicos Corino y Salvo. Y bien, ¿qué me decís? Pero esto es casi absurdo y hay que revisar las normas de Amanuenses, que ya ni amanuenses ni ná. Nosotrs –sí, nosotrs, como catalán o así, nosotros y nosotras – hemos tenido que subcontratar, como se decía, incorporar al grupo-equipo a l'Amanuense anonim, al de la Pluma. Ahí es nada. El original garrapateado por Yamamoto y Salvo, Carla y Tip, más el Corino, siempre reacio al garrapateo literario, y homogeneizado lo más posible por la Tip, la más literaria, va como va. Ya veis. El inevitable meandro, casi de mear –y esto, como casi siempre, es de la bruta Yamamoto.

En fin, perdonen las inevitables voces. Las voces de la barahunda o de la marabunta, que ni Corino lo sabía precisar. Y luego dicen que hay que saber de barcos para escribir de gente en barco o de motos para hacerlo de gente en moto. Lo que hay que entender es de gente, querids. Lo mismo que si se le hubiera querido exigir a Kakadín, la del Pelo Verde, de niña Kakadín la titi de los kikis, putón berbernero, saber ser Alcaldesa de un poblado. “¡Pues no, que una es una titi libre!”, habría contestado, “Y aquí hay que hacer lo que la marcha marque, y sin mamoneos”. Y a eso se le puede llamar perfectamente gobernar.

III.

...PUES. TRAS DOS DÍAS EN VALENCIA, las bellas Tip y Carla, los animosos Corino y Salvo y la Yamamoto se aparcaron unos días por la casa del naranjal o casa de Fito Naser, como le llamaban ahora a la casa de don Borondón.

El tono pausado y reiterativo es para domar fieras, perdón, armonizar voces, y soy yo, amanuense contratado, tío, y pongo esta nota para el amanuense segundo o para el tipógrafo, o vete tú a saber, que ya me pierdo .

Su hoja de ruta digital se portó de puta madre de bien, como decía la Carla, que ya conocía aquella zona y se le pegaba siempre lo más barriobajero y punkorro de las jergas, como se decía. Los alojaron en el estudio y laboratorio de narradores más próximo a la casa de apalanque del Pujolito, como seguía llamándole todo el mundo, aunque sólo lo conocieran de vista. A la Titina, sin embargo, la llamaban la Consuelo o la Entrambosaires. La Consu, mejor. Seguía tan menuda y delicada como decían los cuentos, pero mucho más pequeñita. Canosita, canosita, pero con unos prontos de arremango que se le salían los dragones por los ojos chisporroteantes.

- ¿El Pujolazo? ¡Sigue siendo un mangante! – había dicho la Consu nada más conocer a 5 chics, y al Corino se le escapó la risa. – Sí, sí, no te rías. ¡Un mangante de tomo y lomo! Por ahí andará ganduleando, el muy macarra.

Tenían su casa en la plaza central del poblado mayor del módulo de las carrozas con marcha, y era un barraconazo articulado que se retorció mal que bien por entre los árboles de un pinarcillo y un emparrado. Vivían allí con tres o cuatro más, según las épocas, pero eso sí, el Pujolito con su habitación taller en un extremo del barracón, bajo el pinarcillo, la Consu en el otro extremo, el del emparrado y el gallinero. Y entre ambos, los barraconcillos con jardín japonés para invitados y los salones de la Blanca Doble Sánchez, una de las estrellas más deslumbrantes de los Cavernícolas nómadas en cuanto a creación de espacios animados y con marcha. Eso, claro, en su juventud. En su época de carroza –normalmente a esa etapa de nuevo carácter se entraba con los sesenta cumplidos, pero algunos lo alcanzaban antes incluso, por prematuro agotamiento siempre muy relacionado con la excesiva actividad desplegada en la juventud – en su época de carroza divina –esas jergas – ahora la Blanca Doble Sánchez había coseguido civilizar o dulcificar aquellos barracones articulados bajo su dirección estética y que ya todos sabían que iban a terminar siendo conocidos en el paraíso de las islas como la casa de la Consu y del hombre del colmillo verde, o la casa del Pujolito sin más, en el módulo de las carrozas con marcha de la casa de don Borondón o del naranjal.

Esta tortura de tener que dar nombre a las casas y a las cosas, cuanto más sencillo y descriptivo mejor, esta tortura o suplicio chino. Tal vez lo que le pasa a la Yamamoto es que conoce el arte de los ideogramas, desconocido para 4 chics restantes. Al Salvo, sin embargo, estas letanías que él propone escribir con mayúscula – la Casa de la Consu y del Hombre del Colmillo Verde o la casa del Pujolito, en el Módulo de las Carrozas Con Marcha de la Casa de don Borondón – le suenan a los recitados religiosos de las iglesucas que aún quedan por su isla siciliana y que también había visto acá y allá en Valencia, sobre todo cuando Viejas Reviejas rezan rosarios y rosarios de letanías casi a lo budista, y con incienso, hasta ponerse en trance y gritar y profetizar. Pueden considerarse –esa necesidad de formalizar los textos, los discursos, los avisos – esos parajes enumerativos o denominativos, o como se desee, pueden considerarse como la oración vocal ritualizada de una ceremonia narrativa, de un espectáculo o de una representación. Tal el “Au temps que Berthe filée...” o “En tiempos de Maricastaña” o “Cuando los animales hablaban”, el tiempo de la fábula, pero esta vez verdadera, certificada por la autonomía misma del relato, con esas complejidades sobre las que no queremos volver –Tip, Carla, Corino, Salvo y Yamamoto – para no caer en el vicio de Amanuenses que se pierden en su propia péñola. En fin, esa complejidad de la literatura de avisos más refinada. A la que pretendemos acercarnos lo más formalmente posible.

Pujolito había insistido en que en su parte privada no interviniera la Blanca Doble, por una cuestión de principios: era su recinto taller y lo quería a su medida y gusto, por acumulación. Podía acceder a su zona de manera autónoma, además, y tras el pinarcillo había ido ordenando sus diversos paneles solares, con sus variantes polimorfas y polícromas, que era en lo que se enredaba en los meses que permanecía allí. Hasta hacía dos años había recibido grupos reducidos de jóvenes técnicos que le resolvían sus diseños y sugerencias, y eso le había entretenido bastante. Pero sólo hasta hacía dos años: ahora andaba de nuevo desganado, además de que consideraba terminada su obra escultórica, su flor solar. Los paneles solares polícromos y móviles formaban una

especie de magnolia en perpetuo movimiento sus pétalos multicolores y siempre cambiantes. “¡Un flipe del viejo!”, se le escapó a una de las técnicas del último equipo que terminó de montarlo, y al Pujolito no se le había escapado aquel comentario espontáneo y supo que estaba pasando de carroza con marcha a simplemente Viejo, como le gusta escribir al Salvo, con mayúscula.

- La Blanca Doble no tiene por qué entrar en mi taller, ya tiene bastante espacio para sus cachivaches. Aquí sólo tiene que venir si quiere dormirse una siesta culebrona conmigo, porque está buenísima. Pero nada más.
- No le hagas caso, Blanca. Sigue siendo un bestia macho y no lo puede remediar – intentaba mediar la Consu.

Blanca Doble Sánchez acababa de llegar como carroza algo prematuramente, no había llegado a los sesenta todavía, pero se encontraba algo debilucha y lo de estar cerca del Pujolito terminó por animarla. Y allá que se llevó consigo su colección personal de los cachivaches más queridos que se quiso traer de su residencia invernal de Cavernícola en la costa dálmata antigua. Allí había conocido a la Alta Gracia Entambosaires, hija de la Consu –y todos sabían que también del hombre del colmillo verde, el Pujolito, pero este no se daba por aludido, lo que todos le agradecían – habían hecho buenas migas y en más de una ocasión la había acompañado de visita a aquella casa que ahora iba a ser también la suya de carroza. En fin, lo de siempre. El mundo era un pañuelo.

5 chics nos pasamos gran parte del tiempo de espera del Pujolito y de las primeras sesiones con él en el salón de la Blanca Doble, básicamente tres prismas o paralelepípedos alargados que se cruzaban en un centro cupular. Más de la mitad de las superficies de muro de los paralelepípedos estaba acristalada, lo mismo que la estructura cupular central, y podían aclararse y oscurecerse, así como mudar tonalidades cromáticas al gusto con una serie de filtros ingeniosos e imaginativos. En aquellos detalles se podía apreciar la intervención del Pujolito, el hombre del colmillo verde por entonces para todos, y sus experimentos con el viejo sabio don Antonio el de los Espejos, experto vidriero. Y era sobre aquel Ahmed Pujol, el hombre del colmillo verde, la historia – o historias, mejor – sobre la que ahora 5chics le querían tirar de la lengua: a un anciano que parecía no importarle que le conocieran de nuevo por su nombre de chaval, Pujolito. “La de vueltas que ha tenido que dar el mundo para esto”, sonrió algo apagadillo el Pujol –creo que es hora de que le encontremos un nombre diferente, adaptado a su nuevo carácter, y nada más sobrio que volver al nombre materno de origen. El primer nombre original suyo había sido <el hijo de la Montse Pujol>; luego, Ahmed Pujol, mulato claro, el Pujolito, y finalmente el hombre del colmillo verde. En fin, tanta recapitulación ya cansa, letanías.

Fue aquella la primera entrevista que 5chics tuvimos con él.

Antes de que el Pujol nos invitara a entrar en su taller, tuvimos varias entrevistas de tertulia y risas en los salones de la Blanca Doble –o la Blancadoble, como nos sugirió que escribiéramos pues le gustaba más así, la definía mejor decía. Por eso los salones de la Blancadoble habría que intentar describirlos con minucia, con el perfil conceptual incluso de lo allí desplegado, pues eso era aquello, un despliegue de espacios recoletos y explanadas comodísimas para andarse por allí desmayad’s o espatarrad’s, que a eso tendía la cosa en cuanto te descuidabas.

Pero Tip dice que ella no está para eso, que lo haría soso y sin perspectiva, sólo enumerando objetos singulares, mini-bibliotecas antiguas o rincones de sonido o de simulaciones, o la sauna/hamam y la piscina en uno de los extremos del prisma acristalado más sobresaliente por sobre el pinarcillo hacia el mar, hacia levante. Levante del levante, Oriente. La Blancadoble sabía lo que se hacía y el propio Pujolito, mejor Pujol sin más desde ahora, estaba encantado; así se lo dijo varias veces a lo largo de las primeras entrevistas –puro abordaje, con perdón – pactadas con la Consu para que resultaran más casuales u ocasionales, lo que sucedía sólo en los momentos en los que el Pujol decidía acercarse por los salones de la Blancadoble; a veces, a la piscina levantina, a veces a la sauna/hamam, las más a leer algo o revisar alguna vieja grabación. Por ello el espacio es clave para terminar de focalizar al viejo Pujol en el inicio de la desgana.

Como está muy filmado y documentado, Tip dice que deja la descripción para alguien más experto en ellas y –a pesar de las protestas de Yamamoto, que no se conformaba con los registros digitales y quería también uno literario – a este amanuense contratado le dijeron que cortara por aquí, se lo pasara a los tipógrafos o a quienes correspondiera, y si querían que convocaran un concurso juego para prácticas sobre descripción literaria de: Los Salones de la Blanca Doble en la Casa del Pujolito –definitivamente había recuperado su nombre infantil ahora en su paso definitivo a la vejez – y de la Consu, en el Módulo de Carrozas Con Marcha de la Casa de don Borondón, en la Casa del Naranjal. La letanía retórica de las denominaciones. Al gusto de Salvatore el palermitano, Salvo para los amigos, una de las voces de 5chics. Pues eso. Más tarde, pues la cosa era importante, Yamamoto decidió que lo mejor era encargarle un texto sobre “Los salones de la Blancadoble” al Kiko Rivas, alias Quico, que había sido uno de sus mejores colegas; a 4chics restantes les pareció bien, aunque el problema mayor era que el Rivas no paraba y era difícil – a no ser por motivos sentimentales – que se animara a hacer algo que se saliera de lo que estuviera haciendo que siempre era lo que más le apasionaba; y ahora andaba con la pintura a la manera antigua, al parecer, muy minuciosa y que precisaba constancia y gran taller.

IV.

AHMED PUJOL, EL HOMBRE DEL COLMILLO VERDE, ese había sido el nombre que había adoptado el Pujolito para su edad adulta. Lo de adoptar es sólo un decir, pues cuando a un le comienzan a llamar de una manera ese va a ser el nombre verdadero se ponga como se ponga'l un. Esa particular dictadura de los nombres. Fue al tercer abordaje cuando consiguieron convencer al Pujol para que les contara algo con tiempo por delante, en la piscina levantina. Se habían pasado la primera semana por allí a diario por los salones de la Blancadoble, con todo el material a punto y los guiones elaboradísimos. El Pujol tenía ganas de darse un baño aquella mañana temprano y todos coincidieron en la piscina. Ya los conocía de un par de presentaciones anteriores, en un almuerzo con ocasión de un asado de la Consu y en una audición de música de un mezclador que andaba por allí y que tenía una colección espléndida de nuevos cantos de pájaro instrumentados. Mas en la piscina era diferente: estaban solos, sin gente alrededor contando historias siempre interesantes, hablando de lugares nuevos o dando avisos.

La Consu se lo había dicho esa mañana: “El Pujol quiere venir a la piscina temprano”. Y 5chics se fueron para allá cuanto antes para hacerse los encontradizos. Allí se los encontró el Pujol, nadando y enredando por los alrededores de la piscina con hamacas, colchonetas y flotadores, todo ello diseño de un loco valenciano antiguo que andaba ya de carroza perdido por ahí, por un intersticio de nomadeo oriental al parecer.

Sólo desde la inocencia es posible planear recoger por escrito el paraíso de las islas ya demasiado mitificado. Porque sólo desde la inocencia – esa belleza inconsciente de sí – alguien querrá aproximarse a la verdad, o a la realidad sin más. Y sólo desde la inocencia más desencantada siguen las diferentes generaciones de chics preguntándose por pormenores aparentemente sin importancia de un pasado en el que quieren encontrar vayan a saber quién y qué. Pero como cada primavera aquello reflorecía y se reproducían los viejos fenómenos del nomadeo, y cada vez con más necesidad de perspectiva narrativa de la realidad. La cosa había estallado con lo del sexo y lo que se llamó <la memoria del sexo>, que causó grandes conmociones por doquier, antes de terminar el debate narrativo total con el total olvido, sobre todo por parte de los jóvenes, y con el desapasionamiento general. Aquella especie de bache que alarmó al demógrafo Paulov, en los últimos años del Antiguo, hace medio siglo ahora, y terminó con aquella campaña de “¡Chicas, a parir, que esto se acaba!” y con los que luego se llamaron <niños del 68>. Los cuarentones de ahora, cuando 5chics intentan armonizar sus recursos narrativos.

Las grandes movidas de los antiguos, que parece que estaban un poco para allá, como dicen por Valencia. Pero de las que estaba impregnado hasta los tuétanos el paraíso de las islas, nuestra realidad. Por eso el interés de chics y chics por todo lo que sonara a arañar en la memoria de carrozas y viejos, ya más tratables y achantaditos por eso de las invalideces varias. Yamamoto, para eso, tenía un despliegue de técnica espectacular que a tod’s tenía encantad’s. Para la piscina había elegido su línea manga de mujer-felina, tal la antigua Cat-woman de las pelis americanas: Yamamoto-Cat, de ahí lo de Catalina como la terminó llamado el Pujol tras los primeros encontronazos dialécticos. El anillo grabador de sonido digital y la registradora de imagen alojada en su pulsera elegantísima, así como la montura compleja de sus gafas acuáticas le daban aire divertido. El Pujol se dio un baño temprano con un buen largo a nado relajado, y ahí comenzó el primer acoso de Yamamoto-Cat con su despliegue captador de todo lo captable registrando y registrando en una danza de nadadores de ritmo lento. Fue muy divertido, y al salir ya el Pujol le decía Catalina. “¡Eh, la Catalina, qué habilidades circunvalativas!” Al salir del agua el traje de baño del Pujol refulgía. Era un traje enterizo, como el de los buzos, pero sin mangas y hasta la pantorrilla, muy ajustado como el de los ciclistas y las últimas modas de los trajes deportivos de los corredores de pruebas de velocidad, más que entre los de fondo. Todo azul, pero lleno de pulpos rojos por las nalgas, los pechos, caderas y entrepierna, parecía un figurín de comic algo macarra. Y encantado con la Yamamoto, que enseguida le dio un masaje de espalda que lo dejó como nuevo.

Entrar en materia resultó fácil. El colmillo verde aún refulgía en la sonrisa del Pujol, y mucho más en la carcajada cómica y algo teatral que se permitía de vez en cuando, que parecía bien ensayada o, mejor, con sabiduría incorporada a un repertorio expresivo. La Yamamoto no se quedaba atrás a la hora de utilizar también sus trucos de repertorio expresivo, también ensayadísimos a pesar de su juventud de recién veinteañera.

- Las jóvenes y los chicos de ahora tenéis querencia por el colmillo verde del Pujol, caray! – se lamentó la Consu Entrambosaires, que se había incorporado al corrillo de los invitados para enterarse de las historias que pudiera evocar el Pujol -. En la media docena de viajes de conocimiento y de contactos que pasaron últimamente por aquí, por lo menos la mitad le preguntaron por el dichoso colmillo verde del Prisciliano de los demonios. Ya se pusieron una vez de moda los dientes de colores, y ya veis lo que pasó; que la gente terminó detestando a los que los tenían así, y hubo de ponerse de moda por puro instinto las tinturas de dientes para que fueran reversibles sus efectos, o para volverlos al blanco primigenio o para variar las gamas de color. Pues una estupidez como otra cualquiera, que a tantos se llevó por delante prematuramente.
- Cállate, Titina, por favor, que vas a asustar a estas chics tan simpáticas. – Y luego a 5chics, como para disculpar a la carrocita Consu – No soporta que se me vengan a interesar por mis encantos eróticos.

Ya todos reían, Consu la que más. Para Corino, aquella gente era rarísima. No perdía ojo a los diferentes registros de su multi-todo, y en un par de ocasiones debió ajustar la pulsera de Yamamoto, sobre todo nada más salir del agua. No le daba tiempo a seguir las conversaciones, pero en los fragmentos que captaba de aquí y de allá, le parecía que hablaban de naderías. Para él, el hombre del colmillo verde era el de los barcos de bajura y las instalaciones solares, de manera que a aquel Pujolito que intentaban reactivar sus colegas no conseguía comprenderle. Por otra parte, Corino sentía que tenía otros orígenes y otros intereses. Para él, Pujol era el mejor diseñador de pateras mediterráneas de propulsión eólica y solar, y lo que más le interesaba era su taller y la rosa solar que acababa de terminar y que ya había divisado desde fuera, desde la base del bosquecillo de pinos, pero a la que no había podido acercarse todavía. Mas parecía que el Pujol ya había encarrilado una narración.

- El colmillo verde para mi fue un regalo de Prisciliano Manfredi, el hijo de la Gina, pero para él había sido antes un regalo del padre del cuchillo, Lauari Buudmi. Eran regalos que se hacían entonces, y luego decayó la costumbre, para celebrar un cambio de carácter, que se decía, no exactamente de edad; era un regalo más sutil que el regalo de aniversario o cumpleaños, por ejemplo, otra costumbre que decayó tanto que llegó a desaparecer y ahora se la intenta restaurar de manera limitada y como más seriada por quinquenios, decenios y así. Para mi fue un regalo muy importante y por eso me lo quise poner como uno de mis caninos, una reacción algo tardía de salida de adolescencia todavía, pero para mí importante y de la que no me había de arrepentir. Cuando vino la moda de los dientes de colores, sin embargo, no se me pasó por la cabeza repetir la operación; las cosas son como son, no hay que llevar las cosas más allá de sí mismas, no hay que banalizar la realidad. Mi colmillo verde es en honor de Prisciliano Manfredi, que me enseñó todo lo más importante que sé en mi vida

de adulto, y sentí la orfandad antigua tras su muerte, tampoco hace tanto tiempo, como si tras su desaparición yo hubiera regresado a la orfandad del Pujolito deseoso de encontrarse un día con su padre Hamuín. Nuestras viejas sagas...

La cosa parecía que podía comenzar a marchar.

Entre los papeles que la Yamamoto le había pasado a 4chics, había uno que les mereció particular interés porque apenas lo podían comprender: “Para una narración no nacionalista y no confesional hay que ahondar en las fronteras como nuevo centro de intercambio y progresión hacia alguna parte. Pues lo mismo que la anarquía no es lo contrario de orden sino de mafias de poder – o formas elitisto-mafiosas de organizar un orden –, lo contrario de la ciudad no es el campo sino el descampado, el campo violado o degradado”.

Parecía elemental, pero no lo comprendían. No comprendían eso de nacionalista y confesional, les parecía retórica antigua, de cuando la gran guerra que decía, la GG o la risa.

V.

LOS APADRINAMIENTOS habían resultado muy beneficiosos para la marcha, la vieja tradición familiar y mafiosa pero convertida en compromiso formal primero y luego en ley poco a poco por todos los gobiernos, ante la presión popular por el éxito de la experiencia en el paraíso de las islas.

Fueron un corredor de automóviles y un futbolista muy famosos del momento los que lo comenzaron pactando con la fundación Manfredi-Borondón. Luego, un músico fronterizo y rompebolas se unió con entusiasmo al dúo para formar una nueva “trinidad creadora”, como los comenzaron a denominar con sorna los bienpensantes tradicionales, por decirlo de alguna manera. Pues eso. El piloto Campano y el futbolista Titán fue esa pareja inicial. <El Campanu> llamaron al primero en su tierra, como le decían al primer salmón pescado en el río en una nueva temporada de pesca. El futbolista Titán era otro fronterizo sublime, el más elegante físico masculino en movimiento que recordaban los operadores de imagen. El cantante Chau Mao, por su parte, era el cantante más barriobajero y tenaz de todas las fronteras.

Pues bien, el trato fue sencillo: ellos cobraban las tarifas más altas posibles del mercado, pero como “padrinos” de los intersticios de nomadeo del paraíso de las islas el noventa por ciento de esos contratos los canalizaban hacia el apadrinamiento de un intersticio concreto o de una red; el otro diez por ciento restante les servía para su casa particular,

con frecuencia también la de su familia ampliada con lo que la cosa daba para muchísimo y era una felicidad.

Aquella trinidad –Campano, Titán y Chau Mao – se convirtieron en una centrifugadora de marcha, centrifugando acumulaciones centripetadas y centripetadoras –miserables desde el punto de vista ético o moral – y consiguiendo un efecto multiplicador de resultados tangibles –“comibles, bebibles y follables”, como decían los más traviosos – que encandilaron al más recalcitrante de los señores financieros, mister X, como tantos de ellos aquejados de elefantiasis generada por la insaciabilidad.

Con la nueva fórmula, aún cuando se hiciera presente la insaciabilidad –y parecía que esto era cuestión de edad sin más en un mundo de clasificaciones priorizadoras y paternidades sin apenas alma – ésta podría ser perfectamente neutralizada por los efectos centrifugadores. Pura dinámica conductista. Desbordando los perfiles psicológicos individuales. Una maravilla.

De ahí el primer nombre que les asignaron los más repipis, la <trinidad creadora>, pronto abandonado por el de <el trío calveras>, mucho más popular: los tres deportistas –el Chau Mao era imbatible en los <maratones cantantes> - tenían muy buen carácter y les encantaba instalarse en los intersticios de nomadeo más calientes y vaiveneros.

Y, cómo no, la casa de Fito Naser, antes de don Borondón, era uno de los lugares predilectos del Trío Calaveras para sus nomadeos de descanso y relax entre campaña y campaña. No era frecuente encontrárselos por allí a los tres juntos, sus diversos compromisos profesionales los tenían de un lado para el otro por lugares diferentes, pero sí era frecuente encontrarse cuando a uno cuando a otro.

Tres mujeres reaccionaron nada más empezar a formalizarse el Trío Calaveras, a las que llamaron <las tres gracias>. Pero ya volveremos sobre ellas.

Y todo esto venía a cuento porque el mes que 5chics pasaron en el módulo de los carrozas con macha –al gusto de Salvo sería: Módulo de los Carrozas con Marcha de la Casa del Naranjal – una semana aparcó por allí el Chau Mao y fue una delicia la fiesta que les montó a aquella gente en la playa una noche de gran luna hasta el amanecer. Durante la que el Pujol les terminó de narrar la historia de su colmillo verde que iniciara al principio de sus entrevistas.

VI.

EL COLMILLO VERDE del Pujol tenía una larga historia tras de sí, y hay que remontarse al padre del cuchillo, Lauari Bujudmi, y al tiempo de J.B. y de la gran guerra, la GG o la risa. A antes del tiempo de la risa, se podía decir, y todos

lo entenderían perfectamente. Era un regalo del jefe de los capitanes de la dentadura áurea, Yamel el Inflexible, al padre del cuchillo en agradecimiento a su ayuda en el viaje a la princesa Fatema y al saharauí Salem desde el desierto hasta el mar en una huida fundacional que la Yamamoto está empeñada en que no hay que evocar aquí para no liar más de lo que la tenemos liada esta narración. Y Tip se lo agradece, así como el Amanuense contratado. El regalo era una esmeralda espectacular que el padre de cuchillo trajo en principio al cuello como talismán. Después de haberlo empeñado en un par de ocasiones en sus nomadeos, decidió convertirlo en uno de sus colmillos inferiores, con un tratamiento especial que le había logrado hacer Elenita III, gran experta en dentaduras, y que fue una innovación técnica muy celebrada y de gran éxito posterior durante sucesivas modas estéticas. Apenas hubo que hacerle retoques formales porque la forma de la gema era exactamente esa: un colmillo o canino adaptable con exactitud a la estructura mandibular del guaharaní blanco y negro al mismo tiempo, ya fuera invierno o verano, el Bujudmi; se convirtió en el más refinado de sus dientes de colores – oro y plata sobre todo – y al sonreír el colmillo esmeralda refulgía. Prisciliano Manfredi, a la muerte de Gina Manfredi, había cubierto su nomadeo juvenil de la mano del padre del cuchillo, de acá para allá por el paraíso de las islas, con aquel programa formativo básico global y simultáneo que había constituido la primera obra maestra de la red del paraíso de las islas después de la guerra, perdón, después de la GG, de la risa.

PARA LA RED KEPLER había sido por primera vez utilizada la expresión “magia de las ordenadoras” pues a los niños y a las niñas eso les parecía magia. Que en Esmirna, Palermo y Valencia pudieran seguir el mismo programa día por día del año, como antiguos santorales o días conmemorativos mundiales, había alcanzado los niveles nunca soñados por la magia / armonía de las esferas de los primitivos científicos y analistas. Se le llamó Red Kepler a la nueva criatura, y ella ofició de hada madrina de generaciones y generaciones de niños y chavales del naciente paraíso de las islas. Desde la generación de Prisciliano Manfredi, de nomadeo por la Red Kepler de la mano del inquieto padre del cuchillo. En ocasiones se quedaba una temporada larga en un intersticio de nomadeo con casa de los niños bien estructurada, y como el hijo de la Gina tenía puertas y corazones abiertos por doquier. Pero en cuanto podía se escapaba con el padre del cuchillo. De isla en isla y por la costa, cada vez más recalando en instalaciones de reconstrucción agrícola de descampados y bosques quemados, que con frecuencia los llevaba a la gran muralla verde sahariana, cada vez más sofisticada. Más tarde Prisciliano se aventuró sólo por ahí, por otras redes egresadas de la Red Kepler misma, y pasaron años sin verse o encontrarse de nuevo el Bujudmi y él. Andaba por zonas boscosas alpinas cuando se enteró de la despedida del padre del cuchillo en la casa de la Montse Pujol y de su retiro a la ciudad de los vientos, antigua Guajarán, y casa del reloj de sol, y allá que se desplazó de inmediato. En la despedida entre Prisciliano y Bujudmi – el padre del cuchillo se iba definitivamente a su mar Sahara, al sur del sur, nadie intentó hacerle cambiar de idea y a última hora se le unió en el viaje María de la Soledad Muñoz Dolores – en la despedida en la ciudad de los vientos, Guajarán, el padre del cuchillo se hizo extraer el colmillo verde y se lo regaló a su antiguo pupilo, hecho ya todo un hombre que nomadeaba y se las había por su cuenta con toda normalidad. El milagro de la eternidad, la realidad.

Y Prisciliano Manfredi se lo había regalado al Pujolito en una idéntica circunstancia, cuando ya comenzó a valerse por sí mismo en el nomadeo. Así como Prisciliano siempre trajo el colmillo verde como talismán, no se le había ocurrido para nada instalárselo dada su buena dentadura, al Puolito, siempre más juguetón, sí que se le apeteció instalárselo en su mandíbula, pero a ser posible en la superior. Fue bastante trabajoso y la Elenita III hubo de emplearse a fondo, ya uno de sus últimos trabajos maestros pues se jubilaba y quería instalarse de carroza en la Scala del golfo de Rosas, por la Ampurias del Ampurdá. La Grecia Catalana, como decían algunos socarrons. El paraíso más paraíso del paraíso de las islas para muchos entusiastas dell aquell que diu. O algo así, que en Valencia la Tip se pierde mucho por los vericuetos de la lengua.

El caso es que fue ponerse el colmillo verde el Pujolito y empezar a ligar de nuevo desafortunadamente como en sus mejores tiempos de adolescente precoz por la Ibiza clásica de la casa de la Pujol. Con el nomadeo a la sombra del Manfredi por los talleres de carpinteros de ribera y los pequeños astilleros de barcos de bajura y barcas de pequeño cabotaje, se había ido normalizando un poco en sus aficiones y pulsiones erótico-festivas, entretenido como parecía estar con otras novedades tanto o más entretenidas que el simple hacer deporte, como él decía de chaval, o el dale que dale, que también podía decir como eufemismo. Y todo ello terminó en aquel técnico Pujolito enamorado de la navegación a propulsión eólico-solar. El hombre del colmillo verde que conocía y admiraba Corino, el único que le interesaba. Y esa era, así de sencilla, la historia del colmillo verde del Pujolito.

- He decidido, para cortar el rollo –como él decía – morirme con el colmillo verde puesto y que la gente haga después con él lo que quiera. Sí, sí, con el canino, y que quede el canino verde en la canina. Puede ser un buen esqueleto. Que la gente haga con él lo que quiera, y si es alguna canallada, mejor.

A Carla le dio pena que Pujol rompiera aquella cadena de regalos que venía de tan antiguo, pero el Pujol le decía que eso era una payasada. Carla volvía a la carga porque era muy testaruda: “Puede rifarlo, o dárselo a alguien que le caiga bien, o dármele a mí...” Y el Pujol se reía. “Tutéame, Carla, por favor”. En el tira y afloja entre la Carla y el Pujol acerca del futuro o destino del canino esmeralda, llegaron a un acuerdo. Tenía que ser algo que diera lugar a una fiesta –la fiesta del Canino Esmeralda sin ir más lejos – y además que generara todos los más problemas posibles para que creara mucha movida. Podía ser en honor del Manfredi, un in memoriam, en los jardines de Knosos, en donde había decidido apalancarse al final de su vida de Viejo ya, de lo que no había pasado tanto tiempo, o podía quedarse en una cosa de por aquí, por la casa de don Borondón. Al final el Pujol decidió que se quedara la cosa cerquita, que ya no tenía el cuerpo de marcha y de vaivén, que Candía estaba lejos y le daba ya pereza un nuevo viaje a levante. Lo que al final les pareció más revolvedor fue relacionar la fiesta con algo clásico borondoniano, y se acordaron de un viejo comunicado de Amanuenses en una de sus reuniones tortuosas de las de antes, que ahora son una sosería; decían que Erik Anderson sabía que don Borondón se había llevado consigo a la tumba al menos dos cámaras de fotos que permanecían allí abajo, bajo la fuente monumental, sin rebelar. Pues bien, esa podía ser la relación que generara más complicaciones: el Pujol quería que el colmillo verde –el Canino Esmeralda – se le añadiera al ajuar que se conservaba con los restos de don Borondón, pero con la condición de que se extrajeran las dos cámaras fotográficas que decía el Anderson, más las filmadoras que se sabía que

estaban allí soterradas con el Antiguo, siguiendo sus órdenes más estrictas de que no se tocara nada en absoluto de lo que tenía consigo en la plataforma circular giratoria en el momento de su descenso a bajo tierra. También se sospechaba que sus catalejos habían sido manipulados por los técnicos de Spalato para que filmaran todo lo que observara el aparato, y eso eran las últimas imágenes contempladas por el Babilónico. En fin, se basaba para eso el Pujol, y esto dejó encantads a 5chics, en una cláusula o coletilla final en el testamento borondioniano que a todos había dado ciertas esperanzas de que un día pudieran verse aquellas imágenes: “De momento”. O sea, que aquella prohibición estricta de no tocar nada de su cuerpo ni de su ajuar, era sólo “de momento”.

- Pues bien, ha llegado el momento. Mi colmillo verde por las filmaciones de don Borondón el Babilónico, conocido en oriente como don Sargón el Antiguo.

5chics prometieron al Pujol que si así lo hacía, ellos se constituían en equipo promotor y ejecutivo a su servicio durante el tiempo de lanzamiento del negocio. Y creían que a la gente le iba a entusiasmar la idea: las últimas imágenes registradas de don Borondón. Una bomba mediática, como decían los antiguos. Un juego divertido más para crear movida. Movilizar. Movistar. Mmm.

VII

EL AMANUENSE CONTRATADO TOMA UN RESPIRO. Si no fuera por la Yamamoto, que no hace más que recortar y recortar para que la narración sea legible, esto sería el acabose. Y no es culpa de la Tip, que se lo trabaja muy bien, ni de Salvo, que le echa una mano en todo lo que puede, así como a Corino en su parte más técnica. Pero es la Yamamoto la que se ha adueñado del relato, y a ella lo que le interesa es el hombre del colmillo verde en su dimensión de sex-símbol de un tiempo muy divertido del paraíso de las islas. Además, a pesar de sus reticencias, la Consu Entrambosaires también tenía mucho que contar y había que aprovecharse de ello.

Fue en el concierto de Chau Mao en donde la Yamamoto creyó que había llegado el momento perfecto para abordar al Pujol que le interesaba. La fiesta se había fijado para la primera gran luna del verano, la anterior a la que llamaban “la luna de don Borondón”, y terminaron haciéndola en la explanada ante la fuente o mausoleo del Antiguo casi por inercia, pues era el lugar más adecuado para los conciertos maratón con toda una noche por delante como aquel; sobre todo si se calculaba, como era el caso, que iba a haber mucho movimiento de visitantes campistas. Entre la explanada y la playa había varios jardines de acampada, con calles que confluían en el área de conciertos y que servía también de primera acogida para recién llegados aún con su hoja de ruta o de viaje digital incompleta. Las rutinas de los intersticios de nomadeo principales como aquel. Tanto al Pujol como a la Carla les pareció el concierto de Chau Mao la mejor Ocasión para presentar el intercambio Canino Esmeralda –enseguida se fijaría el nombre de aquel nuevo objeto de culto, podría decirse: La Esmeralda Canina o la Canina Esmeralda, esa tendencia generalizada a feminizarlo todo – por <las últimas imágenes del Antiguo>, que a tod’s se les antojó noticia de primera por su alto

contenido mítico y simbólico. La Carla, que ese día había conseguido desbancar a Yamamoto en su proximidad al Pujol, pues ella se había constituido por unanimidad en promotora de esa acción o movida, se había adornado con su aderezo de guerra o de batalla, como decía, el dos piezas mini-cuero rojo con la rebequita o chaleco de los parches cibernéticos de comunicación y las botazas con tensores, que le daban un aire al caminar con los flamencos rojos en algunas de sus danzas. Normalmente la Carla pasaba desapercibida por sus atuendos de colores neutros y muy prácticos de complementos acoplados, pero en las fiestas se transformaba y pasaba a poner por delante de todo en su apariencia su propio físico brillante de joven hembra nórdica de talla mediana y proporciones áureas, según el canon que Salvo le calculó un día, entre bromas, utilizando sus medidas de pierna, torso, cabeza y brazos. “¡Ajajá, la Carla Canon!”, había bromeado el Pujol mientras hacía titilar su canina verde. En esos días de fiesta la Carla, además, se soltaba el cabello, normalmente recogido en moño flojo y alto, con algún pañuelo a lo musulima a veces, y su melena tirando a rojiza o cobreña le daba aires de leona. Espléndida la Carla Canon, la Leona. El Pujol estaba encantado con la nueva movida; como hacía muy buena temperatura, se embutió la faja de carroza más ligera que encontró en su armario, se puso unos calzones seruel de sedilla roja y el capote negro de verano con pastilleros y complementos, sobre todo buscas y recordatorios seriados. Era lo que más le molestaba en su nuevo carácter de carroza con marcha, pero previejo ya, el pastilleo de la tensión arterial y los medidores de pichiteces y robulinas dislocadas. Pero el cortejo que llevaba –hasta la Consu se apuntó, toda vestida de blanco vaporoso, excitada por la nueva movida pujolera – le daban esa apariencia que debía tener, que le correspondía por su propia naturaleza desarrollada de Gran Carroza. El Salvo, a veces, se subía a la Consu a caballito para que viera mejor a la gente y se cansara menos, y ella iba encantada con su chochete pequeñito –como decía el bestia del Pujol a carcajadas – en la nuca del Salvo, encantado con aquella carga ligerita, pues no pesaba más que una niña, de felicidad. No iba a presumir poco el palermitano más tarde de haber llevado a la Titina a caballito en un concierto del Chau Mao en la casa del Fito Naser; además, también él tenía grabadora-registradora de anillo e iba a conseguir unos tipi-chips de la Titina Entrambosaires que hasta le podían promocionar por su interés y hasta premiarlo.

Junto al pino gigante desde donde el Erik Anderson espiaba día y noche al moribundo Borondón, habían levantado unos estrados semielevados, como contrarréplica al escenario del fondo para los músicos, y en esos estrados habían habilitado saloncillos confortables, con tumbonas y servicios higiénicos particulares, para invitados delicados, carrozas aunque fuera con marcha y hasta viejos animosos, y siempre se llenaban hasta los topes. La Yamamoto había conseguido reservar uno de esos miradores con tiempo, y al saberse lo de la Canina Esmeralda los coordinadores de espacios –con el Fifo Comotú a la cabeza, uno de los imprescindibles – los alojaron en la más preeminente, la que llamaban la Nave de los Cantamañanas porque era en donde solían alojar a los invitados importantes de visita en la fundación Manfredi-Borondón, normalmente políticos importantes de la Federación Oeste o de la Unión Roja o financieros de campanillas afectados o aquejados de insaciabilidad y que venían a solicitar algún consejo, la mayoría de las veces sólo para lavarse la cara, que decían. No era un apodo con malas intenciones, el de Cantamañanas, sino que se refería a la pinta que solían traer esos invitados, que contrastaba mucho con la pinta de los viajeros de conocimiento y contactos y con la mayoría de los nómadas y merodeadores. Al Pujol le encantó que lo alojaran en la nave de los Cantamañanas, pues la conocía de un par de ocasiones

anteriores nada más, como acompañante cortés de alguna visita. Esas visitas que cada vez le cansaban más, las de cortesía, siempre interesadas, y cuya repulsión absoluta era signo de carrocería precoz con peligro de carrocería sin marcha, o sea, de vejez prematura o final. Ahora estaba allí con visita, sí, pero de gente de viaje de conocimiento y de contactos, gente interesada, con ilusiones o con marcha. Tenía, además, en el mirador sobre la explanada, todo un sistema de catalejos, anteojos de larga vista y filmadoras de lo más entretenido. Yamamoto pidió a Corino algunos acoples técnicos con la tecnología del mirador de los Cantamañanas y de nuevo planeó un asedio al Pujol.

Al atardecer, nada más instalarse en el mirador sobre la explanada, comenzaron las fuentes su apertura de movimiento, color y sonido, y habían logrado un tempo lento, de cámara lenta, con sonido minimalista muy relajado que podía facilitar la conversación. El Pujol se había apoltronado en un sofá del mirador y 5chics andaban por allí, con la Consu de un lado para otro para que eligiera el acomodo que más le satisficiera. Terminó en otro sillón más pequeñito pero más en primera fila que el de Pujol, allí a su lado. La Carla preparaba alguna frase corta que quería recordar en la presentación del rescate de las últimas imágenes del Antiguo por la Canina Esmeralda. Yamamoto aprovechó para instalarse en el sofá al lado del Pujol, y le sintió mientras le decía: “Acabo de ver una nueva peli del hombre del colmillo verde en <novedades procaz>”. El Pujol le devolvió la sonrisa, muy tranquilo: “Falsificaciones de los mafiosos de la filmográfica Bolly-Holly, querida”. Cuando comenzaron las luchas eróticas del final de la apertura, con las que se había puesto de moda cerrar ésta durante unos diez minutos, para dar paso a los teloneros primeros con novedades de grupos de la zona, el Pujol las siguió con uno de los viejos catalejos y la Consu con unos prismáticos. Yamamoto volvió al asedio. “Tiene que contármelo, Pujol; dicen que usted fue un gran campeón de lucha erótica. ¿Siente nostalgia?”

El Pujol se la quedó mirando un rato, y luego suspiró.

- ¡Ujú, la Catalina! ¡Pues claro que fui un gran campeón, el mejor durante un quinquenio, y luego me aburrí, ¿comprendes? Como pasa con todo lo que no es más que experiencia de conocimiento y de contactos. Era el mejor porque era el más descarado y deshinibido, y aún no era consciente, aunque te parezca mentira, de mi propia figura y atractivo. No era un presumido, vamos. De eso no fui consciente, por lo menos, hasta cincuentón. Y trátame de tú, por favor, Catalina, que si no me pareces una socióloga.

Yamamoto estaba encantada. “¿Y nunca hizo usted, perdón, nunca interpretaste para cine procaz?” El Pujol echó una carcajada y alargó la mano hasta dejarla en el brazo de la Consu, allí a su lado.

- ¡Mira qué dice la chica, Consu! Yo no hacía cine procaz, yo era procaz, que es muy diferente. Yo hacía lo que me daba la gana y la gente hacía lo que le daba la gana con el material que filmaba cuando yo hacía lo que me daba la gana, y la cosa es tan simple que aún me asombra que siga habiendo reticencias sobre mis películas. Además de que la mayoría, si no todas, mira tú, porque yo nunca fui consciente de interpretar para una peli procaz, todas son falsificacines con varios actores que se me parecían, el último dicen que se me parece muchísimo

todavía... falsificaciones de los mangantes de la Bolly-Holly, que se forran con ello y, para colmo, hacen ascos a contratos o acuerdos con la Manfredi-Borondón. Los sinvergüenza.

Yamamoto seguía encantada. No se perdía ripio ni expresión que no captara su cuerpo serrano y cibernéticamente ajustado, manga tentadora. La Entrambosaires pareció animarse también:

- Las filmaciones de los cinco campeonatos de lucha erótica que ganó el hombre del colmillo verde, son por lo menos diez horas en el montaje que tenemos en lo de la Blancadoble, y siguen siendo una hermosura. Yo ya no quiero verlos con el Pujol porque se pone muy gallito y le entra gana de marcha y es un pesado, pero sola las veo de vez en cuándo, seleccionando dos o tres escenas en las que renace mi Pujolito de toda la vida, el de la casa grande de la casa del huertito de los almendros de la Montse.

La borde de la Yamamoto parecía enternecida, lo mismo que Salvo, Tip y el Corino que se habían sentado por allí.

- Bueno, lo que pasa es que yo era un exhibicionista y me lo pasaba tan bien en los combates que tenía a las cámaras prendadas de mí, y yo no me daba cuenta pero me lo pasaba bomba y nadie me decía nunca para nada que aquello lo iban a trapichear para pelis procaz, además de que a mí me importaba un rábano, ¿comprendes? Pero una vez que me enseñaron una moderna peli del hombre del colmillo verde por un actor de Bolly-Holly que se me parecía mucho físicamente, hacía tales guarradas y aspavientos que me dio vergüenza ajena y propia al mismo tiempo, y eso no se lo perdono a los Bolly-Holy de mierda que lo enmierdan y caricaturizan todo sin pudor alguno.
- En lo de la Blancadoble no entra ni una de esas falsificaciones –terció la Consu-. Ni las mejores siquiera. Lo que pasa es que a veces te cuelan alguna porque esto del vaivén sin freno de las redes tiende a insaciabilizar a su vez y es un lío.

Después de los primeros teloneros, Chau Mao inició la primera parte de su actuación y a la segunda canción tenía a todo el mundo como motos. El cantante se había vestido para el concierto maratón igual que el Pujol, los cosabidos pantalones seruel de sedilla roja y la casaca o chaleco negra con las transmisiones incorporadas. Al terminar la tercera canción, con aires salseros afro-americanos, Chau Mao anunció un comunicado del hombre del colmillo verde por tele-chip y en una gran pantalla del escenario que hasta entonces había estado acoplada con la música, apareció la Carla –la Cala Canon de Schics – con el breve comunicado. Dijo con voz clara.

- El hombre del colmillo verde quiere rifar su esmeralda canina – Y Chau Mao repitió con más énfasis – El Pujolito quiere rifar su colmillo verde.

La gente aplaudió y silbó encantada. “¡Que lo rife, que lo rife!”, corearon algunos. De nuevo se animó la pantalla con la Carla:

- Ya lo ha hecho, y le ha tocado a don Borondón. –El Chau Mao lo repitió con unos acordes de guitarra. –La Esmeralda Canina le ha tocado al Antiguo. ¡Que saluden las fuentes!

De las fuentes salieron chorros de agua que regaron la zona de bailons y hubo rumores, risas y jolgorio.

- Pero ha sido un premio cange: se la cambia por las filmaciones de sus últimos días que el Antiguo guarda bajo la fuente.

Chau Mao hizo corear a todos:

- ¡Queremos las filmaciones que están bajo la fuente del Antiguo! ¡Viva la Canina Esmeralda del hombre del colmillo verde!

Esa fue la cuarta canciónailable del concierto; al Chau Mao le había encantado la idea cuando se lo dijeron y supo y consiguió que a la gente también le gustara el negocio. La operación Canina Esmeralda, una nueva movida.

VIII.

A MEDIANOCHE EL PUJOL PASABA DE TODO y de lo único de lo que tenía ganas era de irse a dormir a su módulo personal del taller. Carla la Canon se brindó a acompañarle y lo mismo hizo el Salvo con la Consu, que ya la última hora se la había pasado dormidita por el sofá de la Nave de los Cantamañanas. No había querido tomarse nada del pastilleo, decía que a ella lo único que le daba todo era dolor de cabeza; pero, eso sí, tenía buen sueño y en cuanto quería donde fuera se quedaba dormida como una bebé. La Yamamoto les consiguió una góndola en un momento. Así les llamaban allí a los mensajeros, en su vertiente de portacarroz, que solían ser los primeros encargos a los recién llegados de nomadeo y que aún no sabían hacer nada. Había algún gondolero adulto ya, o hasta casi viejo, pero esos eran los <gondoleros viciosos>, que decían –una variante de los “mensajeros viciosos”, que hay gente para todo – los que se lo pasaban tan bien gondoleando por ahí que hasta llegaban a cambiar con frecuencia de intersticio de nomadeo para seguir pasándolo bien gondoleando; o sea, los viciosos, ya fueran mensajeros, gondoleros u otra cosa, eran los vocacionales, pudiera decirse, los que hacían ese oficio o esa función por puro placer y podían hasta morirse haciéndolo, y eso no se podía recompensar con nada. O sea, con todo. El gondolero que consiguió Yamamoto era de estos últimos, un gondolero vicioso viejísimo; nada más llegar, la Yamamoto, la Tip y el Corino se fueron a merodear un rato por la fiesta de bailons que estaba en su apogeo con un Chau Mao incansable y ocurrente, se veía que bien estimulado y con mucha marcha. Pensaban aguantar, y aguantaron, todo el maratón musical.

El gondolero viejo y el Pujol se conocían y éste le decía el Góndola, mientras que el Góndola al Pujol le llamaba el Canina Verde. El Góndola casi no veía pero le habían instalado esas moderneces del automático y manejaba con toda seguridad y soltura.

- Mira, Canina Verde, el botoncito de las coordenadas, el botoncito de marcha y a dormir. Te lleva solo, ¿ves? Y yo a charlar con los viajeros. Tengo bebibles, fumables, chocolate caliente y prensa. Si el viaje es largo, hasta nos da tiempo a echar una partidita.
- Anda, Góndola, que no somos turistas. Ya sabes que vivo aquí al lado, y una partidita contigo puede durar toda la noche y las chicas salir hasta sin braguitas, que aquí nos conocemos todos. –Luego se dirigió a Carla y a Salvo para presentar a su colega carroza – El Góndola es un nómada del gondoleo, se conoce al dedillo todos los intersticios principales; y con este aparato que puede conducir hasta un ciego pues lo puede teclear cualquier viajero, feliz. Anda, Góndola, ¿por qué no nos enseñas tu sudario? –El Góndola se reía y sacó de un compartimero un paño muy bien plegado, blanco y bordado con hilos de oro un motivo solar, completamente redondo. –Es el mantel damasceno con el que quiere que le entierren, el muy macabro, pues dice que ya no sale de su góndola último modelo a tierra firme ni loco. ¡Ah, hemos llegado! Gracias, Góndola, pásate un día por el taller.

Cuando se estaban despidiendo, al Góndola le llegó mensaje de nueva mensajería y se fue. En verdad, su nave era una pocholada, circular como los platillos volantes del cine antiguo, y con un interior confortable, los viajeros en círculo en sillones abatibles ante una estructura central polivalente que el Góndola tenía cuidada y abastecida. Era un diseño antiguo del Bloch, la góndola para cenas, como se la había denominado. El módulo más mínimo para un nomadeo civilizado. Como todos se merecían para su vejez. “Eso, chavals”, rezongó el Pujol. Después de dejar a Consu en su cama gigantesca, en la que se quedó hecha un ovillo en un rincón, el Pujol insistió en irse a su módulo taller a dormir; la Carla Canon le acompañó hasta allá, también para espiar un poco en aquel espacio personal al que, por una cosa o por otra, aún no les había invitado. La gran cama del Pujol estaba a la puerta misma, era con lo primero con lo que se topaba alguien al entrar, gigantesca, parecía una cama elástica de parque público infantil; todo el resto, salvo unas instalaciones sanitarias y de ejercicio en un rincón, rodeado de espejos, todo lo demás era taller. El Pujol encendió un momento los reflectores y lamparitas para que Carla echara un vistazo general, y luego se despidió.

- Carla Canon, ya soy un vejestorio y no pudo efrecerte nada divertido personal. En un par de días, si queréis, os enseño algún cachivache del taller y todos a su casita. Ya estuvo bien para este viaje.

La Carla Canon recogió a Salvo en lo de la Blancadoble y se fueron dando un paseo hasta la fiesta, que estaba allí al lado.

Hasta media mañana siguiente no se encontraron 5chics en su albergue, y planearon ir cerrando con el material que tenían reunido. Yamamoto no estaba satisfecha y pretendía provocar aún más al Pujol en el sentido que le interesaba, pero la Carla la convenció al final: había visto al Pujol algo cansado, había que darle su tiempo a Corino para que se enredara con él en el taller, y operación retorno, a ser posible cuanto antes para darse un garbeito por tierra de Hamuines si era posible. A la operación retorno le decían también Operación Ulises, en memoria de aquellas campañas lanzadas por el J.B. en el origen del paraíso de las islas; mas la Yamamoto dice que eso no viene a cuento explicarlo aquí. Todo se interrumpió de repente ante un mensaje del Pujol para la Carla Canon,

Leona, decía el mensaje: que en cuanto pudiera pasara a verle por el taller o por lo de la Blancadoble. Carla salió de inmediato para allá y Corino quiso acompañarla por si en el entretanto podía echar una ojeada por allí, con la disculpa del apoyo técnico ciber.

- He soñado mucho esta noche –le dijo el Pujol a Carla en la biblioteca de viajes al lado de la piscina de lo de la Blancadoble, en donde habían quedado en verse - . Mucho y divertido, no eran pesadillas ni nada que se le pareciera, pero me desperté en un momento con una imagen muy fija y clara: mi propia calavera con su colmillo verde, la verdadera canina del canino verde, mira tú. Y me gustó, ¿ves? Creo que no debo extraerme el colmillo verde, para componer tan bella canina, así que hay que revisar el proyecto de fiesta del cange de canina por pelis del Borondón, ¿qué te parece?

A la Carla y al Corino les entró la risa. Lo primero que se le ocurrió a la Carla y así se lo dijo al Pujol fue que la gente no iba a pasar de las pelis y habría que hacer obras para recuperar lo que hubiera de audiovisual allá abajo, entre los restos del Antiguo. Todo el mundo lo había pedido formalmente, y aquello era inevitable ya. Corino opinó que había que mantener en secreto el cambio de decisión del Pujol hasta, por lo menos, el inicio de las obras, pues con ese motivo se había solicitado y ese motivo del cange había parecido bien a todos para empezar unas obras así allí, en un lugar tan delicado por la marcha permanente que soportaba; luego, ya se vería. De todas las maneras, la extracción de la Canina Esmeralda era algo para la fase final del proceso, pues constituía el arranque de la fiesta propiamente dicha. Había tiempo suficiente para preparar bien la cosa, e incluso días antes de lo previsto para la operación se podían difundir los rumores del cambio de plan y ver lo que pasaba.

- Mirad esto –les dijo de repente el Pujol a Carla y a Corino, y les mostró un mapa animado que tenía desplegado en la consola expositor grande de la biblioteca de viajes de lo de la Blancadoble, en donde seguían con ese parlamento -. Son los jardines de Knosos, la zona en donde está enterrado el Manfredi. Todos los sueños de anoche terminaban ahí, y me removieron los recuerdos de la última visita que le hice al Prisciliano Manfredi poco antes de que se muriera el viejo.

La Consu apareció por allí para ver qué se estaba tramando, y nada más saber de los derroteros de la conversación no pudo dejar de meter baza.

- Eres un sentimental, Pujol. Es mucho mejor el plan de cange de la Canina Verde aquí que el viejo plan de un traslado final a Knosos, con la incomodidad de los cambios de residencia y tal, que ya no estás para esos trotes. Y si te obsesiona el que metan tu esqueleto con el Manfredi en la rosaleta de los mártires de la tecnología de Knosos, pues que te lo lleven allá después de que te mueras por mensajería funeraria, que es una cosa facilísima de hacer. ¡Esta manía que os está dando ahora...! – y no la dejó terminar el Pujol.
- No te pogas así, Estambulina, es que me hacía ilusión estar aquí y allá; pero al mismo tiempo me apetece que mi canina quede como está, como la soñé anoche, la canina con la canina verde o con la Canina Esmeralda, que suena muy bien como letanía, ¿o no?
- ¡Claro que suena bien, Pujolazo, pero no se puede ser tan artista que se esté preocupado por la apariencia estética de tus huesos, caray!

La Consu echaba chispas por los ojos, en un arranque de carácter, y al Corino le entró la risa. El Pujol la había llamado Estambulina; era su nombre de adulta, de cuando se instaló en Estambul para dedicarse a educar a sus gemelos Alta Gracia y Estambuli Entrambosaires; el nombre elegido se lo pasó después al gemelo varón, y ella decidió llamarse la Consu sin más ya de carroza con marcha después de su reencuentro con el Pujol, más de veinte años atrás. Nunca en esos veinte años había abandonado, en su retiro de carroza allí al lado del Pujol, a la sombra de los equipos del Fito Naser, sus actualizaciones de la Red Kepler, que era lo que más le divertía hacer, con sus bancos de imágenes y contenidos de toda la vida, de lo mejor de sus desvelos.

La Carla Canon quiso recapitular, pues aquello se estaba yendo de Úbeda para Babia y nadie parecía aclararse. El problema, terminó confesando el Pujol, es que empezaba a sentirse acojonadete, como él decía, “el muy macarra”, rezongaba la Consu, y no sabía si largarse a Knosos, que le decían que estaba tan animado como el Naranjal, o quedarse con la Consu allí, pues ella decía que lo tenía claro, que de su gallinero no se movía ya, que estaba encantada con su cama y con los salones de la Blancadoble.

- Has estado estos veinte años últimos tranquilísimo aquí, de carroza con marcha y considerado, y ahora te da el agobio del nomadeo, aunque sea tan a tiro hecho y nada aventurero. Yo ya me sé lo que se me apetece para mí, que es el gallinero y mi cama, y reconozco que no tengo ni ánimo ni fuerzas para más. Aquí siempre hay animación y jaleo, además. Con lo de la escultura solar y los experimentos con don Antonio el de los Espejos con las tonalidades del vidrio – siguió Consu, dirigiéndose a 2chics – el Pujol se portó divinamente, ocupado con cosas que le enrollaban y daban marcha. Y ahora, de repente, cuando ha decidido dejar el taller como mero expositor de viejos materiales e instrumentos, va y le empieza a entrar el canguelo de a dónde planear que vayan a dar sus huesos, la Canina Esmeralda incluida.

A Corino no paraba de entrarle la risa a cada réplica de ambas carrozas, aunque se apenó cuando la Consu dijo lo del abandono del taller del hombre del colmillo verde, del Pujol, para él mítico lugar. Era signo del inicio de la desgana, la vejez. Corino le consultó a Carla en un aparte, mientras Consu y el Pujol seguían con sus pugnas dialécticas, una idea que acababa de tener para intentar enredar al Pujol en algún proyecto divertido más inmediato que pudiera entretenerle, acorde con su obsesión con su propio esqueleto y con la muerte, que eso venían a decir los sueños y obsesiones con los que andaba. Si tanto le fascinaba su propia calavera con la canina verde, lo mejor era que pudiera visualizarla realmente, objetivarla, e incluso esculpir media docena de ellas para que pudiera distribuirlas por los lugares que quisiera y de alguna manera satisfacer así los compromisos que creía tener adquiridos a lo largo de la vida. A Carla le pareció bien, podría funcionar. Se lo comentaron al Pujol y a la Consu y también les pareció bien. “Tiene buena música esa idea”, comentó jocosa la Entrambosaires. Corino les siguió perfilando el plan. Si les parecía bien esculpir varias versiones de la calavera del Pujol con la canina esmeralda, podía hacerse cada una con un material diferente e incluso articuladas o compactas, a ser posible a tamaño natural; al Pujol se le veía más animado a medida que perfilaban el nuevo diseño polivalente, aún literario nada más pero que visualizaba perfectamente, como en su sueño de la noche anterior, e incluso

avanzaba variantes divertidas, como ponerle a una de ellas lucecitas de destellos en las órbitas oculares.

- ¡Hay que avisar a Salvo! Debe ponerse manos a la obra de inmediato – dijo Carla Canon, tan animada como cuando surgió la idea del cange canina por pelis –. El Salvo nos puede dejar listos los dibujos patrón esta misma tarde, y antes de irnos dejamos en marcha la movidilla, que ya veremos cómo la acoplamos a la que ya está en marcha del cange. ¿Qué os parece?

Consu Entrambosaires, encantada, los invitó a todos a un almuerzo tardío de huevos y fruta. Los 3chics del albergue se incorporaron enseguida a lo de la Blancadoble y almorzaron los <huevos en desbandada>, como le decían a una fuente de huevos fritos, duros, escalfados y en tortilla, desde diminutos de codorniz a grandes de oca y algunas veces hasta de avestruz. Toda la tarde anduvieron a vueltas con los dibujos de Salvatore en torno a la canina del hombre del colmillo verde y sus posibles desarrollos formales y de materiales. Para lograr el modelo más real, el Salvo le tomó medidas al Pujol de su cráneo y mandíbula, orejas, distancias interoculares y demás. Y consiguió un retrato descarnado que a la Consu le pareció retrato muy favorecido.

IX.

EL AMANUENSE CONTRATADO QUIERE FELICITAR AQUÍ A LA TIP por la fidelidad lograda, como sin querer, a lo que trataran en aquel parlamento secreto el Pujol y la Consu, la Carla y el Corino. Bien es verdad que contó con todo tipo de registros digitales de la Carla, y sobre todo del Corino, el mejor técnico de 5chics; pero de todas formas le salió bastante ajustado. En verdad, de la escuela de Yamamoto. Pero sí quiere protestarle este amanuense contratado que a casi todos haga <ilusionar> y <encantar> por cualquier cosa. Una idea cualquiera, y ¡hala!, todos ilusionados y encantados con lo que sea. No sé, pero me sorprende. Y que, a continuación, vayan y se <enrollen> o <enreden> con ese lo que sea, puro argot barriobajero, pura contaminación acústica. Porque a uno, en este caso, amanuense contratado –uno va de becario a contratado y viceversa con entera naturalidad por la vida –, le resulta casi doloroso al oído una retórica tan macarra, se la mire por donde se la mire. “Pues te aguantas, becario contratado o lo que seas, que eso es lo que hay y a una le gustan las atmósferas respirables para expresar lo que la gente expresa con espontaneidad”. Aunque no me he aclarado mucho –el entrecomillado es de la Tip, y ya vuelvo a ser el contratado – sigo con la copia para'l tipograf o para quien sea ya.

Cuando 5chics se despidieron a finales de julio de la Consu y el Pujol, ya tenían la agenda completa para la próxima temporada, e iban a tener que pasarse el mes entrante organizando los cierres de hojas de ruta con tiempo para que no hubiera interferencias y tuvieran que recurrir a última hora al viaje de conocimiento y de contactos simple, a la aventura, que siempre era más incierto aunque mucho más divertido a la larga. Mas si

querían sacar adelante lo del cange canina por pelis, fuese cual fuese la fórmula final, y lo de la serie escultórica de caninas con canina esmeralda -¡vivan las letanías retóricas!-, tenían que ponerse las pilas desde ya, como decía la gente rápida de expresión. Corino convenció al Pujol de lo que más le interesaba a él personalmente: había que reactivar los laboratorios y lavaderos de vidrio del taller para algunas pruebas, pues un par de esculturas podían plantearse en ese material y podían aprovechar para innovar en tonalidades. El Pujol le había mirado arriba y abajo como para calcular sus capacidades, y le dijo irónico: “Pero tú, ¿sabes algo de química del vidrio?”

- No exactamente. Lo mío es tecnología digital, pero tengo formación de ejecutivo y le puedo montar el equipo de trabajo como grupo de prácticas especializadas con el técnico que usted prefiera al frente. – El Corino hablaba con seguridad, su morenez oscura sonriente. – Si la Carla Canon está decidida a coordinar de manera conjunta cange y serie escultórica, yo le monto el equipo técnico de materiales y producción. Usted a mandar y ya está.

El Pujol sonrió. “No me trates de usted que pareces un sociólogo”, le respondió sin más, pero se veía que no le desagradaba, en principio, la propuesta. Luego le había enseñado el taller, del que solamente una mínima parte, en el ángulo opuesto a su módulo personal exclusivo, era necesario poner en marcha de nuevo para lo que tenían que tratar del material necesario, realmente una minucia para la marcha que había tenido en sus buenos tiempos, durante el montaje de la flor solar. Corino conocía tan bien el proyecto de la flor solar, así como los mecanismos principales de la patera a propulsión eólica y solar, que el Pujol estuvo encantado de comentar con él los pormenores técnicos y anécdotas del tiempo de la experimentación y primeros ensayos exitosos, cuando vivía todavía el Prisciliano Manfredi. El Pujol se entusiasmó casi al contarle el montaje de la gran armada de pateras a tracción eólica y solar con la que habían nomadeado durante un quinquenio todos los veranos de intersticio de nomadeo en intersticio de nomadeo; el Manfredi iba al frente y se lo pasaron muy bien mensajeando Cavernícolas de acá para allá, con sus instalaciones artísticas y escenografías disparatadas. Tras el último viaje del quinto verano, Prisciliano Manfredi le había regalado al joven Pujolito el colmillo verde del padre del cuchillo –aún no le decían la canina esmeralda – y desde entonces había nomadeado solo y adoptó el nombre por el que le conocerían después. Pero Yamamoto dice que esto se sale del guión –y Tip se lo agradece, así como el contratado – y que ya está bien. Corino salió encantado con la visita al taller con Pujol –encantado de encantamiento real, mágico, todo allí le encantaba, le ponía, que se dice – y en la flor solar charló un rato largo con el equipo que la manejaba y gestionaba, una agrupación que había comenzado como 5chics, de visita de prácticas un verano, y se había ido reciclando hasta terminar de poner en marcha la flor solar, nomadear en su presentación y promoción y, finalmente, quedarse al frente de la instalación completa y formar el equipo de relevo. La vida.

El primero de agosto 5chics tomaron una nave en Valencia para pasar a Ibiza, a la casa del huertito de los almendros de la Montse Pujol, en donde había pasado su infancia el Pujolito, y el plan era seguir en otra nave hasta la ciudad de los vientos, antigua Guajarán, para adentrarse, a pesar del calor, un par de semanas por tierra de Hamuines. Ese era el plan cerrado de la hoja de ruta que tenían, pero en Ibiza se complicó mucho la cosa –la Yamamoto dice que no hace falta que salga nada de eso en este relato – y salieron con tanto retraso que no tuvieron más de una semana para pasear la estepa del

entorno de la muralla verde, la mítica tierra de Hamuines, origen genético profundo del Pujol.

Eso del origen genético profundo del Pujol es en buena parte una broma léxica, que diría la Tip, para Yamamoto una tontería expresiva. El Pujol era de padre Hamuín, negro de físico poderoso, y de madre catalana, la Montse, había crecido sobre todo por las islas ponentinas y se había instalado, a partir de su nomadeo juvenil con el Manfredi, en las islas levantinas, con viajes de adulto por todo el mundo, antes de apalancarse en la casa de don Borondón, por entonces ya de Fito Naser aunque no para el Pujol, para quien seguía siendo la de don Borondón o la del Naranjal a secas. Lo había hecho después de un acuerdo con Estambulina Entrambosaires para instalarse una al lado del otro o viceversa, a fin de garantizarse una mayor tranquilidad y sosiego, pues se tenían querencia mutua y se llevaban divinamente. La sabiduría antigua de los hindúes. Una metáfora diminuta, como la Titina, del eterno retorno propiciado o generado por el amor. Genéticamente allí todos eran ya seminómadas del paraíso de las islas, y ya era eso ser. No hacía falta más, o si se quería adentrar alguien en minucias por juego –los juegos de ADN eran última moda – pues no había más que ponerse a jugar y ya estaba.

Quien más interés tenía en el viaje a la muralla verde y tierra de Hamuines era Yamamoto, y por eso lamentó profundamente el incidente ibicenco que les hizo llegar tarde a los enlaces y retrasar casi una semana el viaje a Guajarán, la ciudad de los vientos. Lo lamentó más porque, de alguna manera, ella se sentía culpable del retraso. No había sido exactamente así, sin embargo, pues Schics estuvieron de acuerdo en esperar hasta el límite posible en Ibiza, causa de ese retraso; además, no se barajaba para nada la <culpabilidad> de nada ni de nadie como variable de análisis, pues era el azar, la realidad, lo que se imponía cuando se presentaba una Ocasión clara que había que aprovechar. El caso fue que la Yamamoto en Ibiza no hizo más que aparecer una noche de luna por la fiesta correspondiente en la ciudad alta, y se convirtió en la estrella de la noche del verano. Ella no quiere que entremos en ello en esta narración, aunque pienso que alguien de otros grupos de los que estaban por allí lo recogerán en sus relatos, sobre todo la danza del museo en donde la Yamamoto deslumbró y tuvo que adquirir dos o tres compromisos, animada por Schics...

La casa del huertito de los almendros ha desaparecido por completo, ni rastro de algunos de los escenarios del relato “¡Polvo dorado, Pujolito!”, pues, y lo mismo la casa grande donde señoreara la Titina Entrambosaires. Ahora entendimos la reticencia del Pujol a hablar sobre la casa del huertito de los almendros; a una pregunta de la Yamamoto sobre ello se hizo el despistado, comentó algo con la Consu que le ahizo reír, y a continuación nos contó un chiste que contaba el padre del cuchillo un tanto procaz, y terminó diciéndonos que no quería hablar de Ibiza. Todo ahora en la isla es un continuo de construcciones modulares con jardines interiores más bien angostos, y cúpulas climatizadas de cristal con reliquias de especies desaparecidas y servicios y comunicaciones para turistas y nómadas. Un poco agobiante, pero con una marcha que a Schics inevitablemente, con Yamamoto o sin Yamamoto, habría cautivado como cautivó. Corino dice tener un material espléndido registrado, pero –signo de que va para adulto – le falta tiempo para tratarlo y lo tiene en el hondón de sus materiales brutos.

En otra Ocasión será. O tal vez Corino sienta la Necesidad de volver a ese material en un momento del futuro suyo personal en el que necesite recapitular y serenar perspectivas que pudieran tender a la distorsión. Parece que a todos llega una situación así, y dicen ser bueno que suceda pues sales de la crisis con más marcha. Eso opinan sociólogos y psico-ché de los que tanto habían dado la lata al hombre del colmillo verde y a los que el Pujol había terminado detestando: huía de su lado como de una plaga de virus juguetones. Ocasión y Necesidad, como siempre, divinas pasajeras del carro de la fortuna, góndola en nomadeo, letanías en alabanza siempre de la fortuna y la felicidad, amadas del Antiguo.

En el viaje a la ciudad de los vientos, antigua Guajarán, que hubieron de hacer en nave experimental de paso desde Formentera, hubo un tramo en el que les siguieron los delfines. A 5chics eso les produjo una euforia especial. Era la nave un prototipo eólico-solar pensado para espectáculo y transporte de chiquillería; había adoptado la forma de galeota clásica de cuando los grandes corsarios muladíes, eso sí, completamente mecanizada. Era de las que llamaban de 22 bancos, con 22 grandes remos a cada lado, y en las diferentes bancadas se habían simulado muñecos galeotes o robots articulados, muy realistas, que impresionaban tanto a la chavalería como a la gente adulta. Su creador era un equipo combinado de humanistas historiadores, navales y robotiks; habían hecho escala en la Sabina de Formentera para recoger a un par de chics de su equipo que tenían allí compromisos ese verano, y que habían sido el enlace de viaje para 5chics a través de la Yamamoto que les había contado su problema de pérdida de enlaces de sus hojas de ruta. A los de la galera les daba lo mismo ir en una dirección que en otra, querían que fuera viaje de nomadeo azaroso, y la disculpa de llevar a 5chics a la ciudad de los vientos era magnífica para visitar aquella ciudad.

Las comunicaciones funcionaron bien; en el puerto viejo los esperaban los enlaces de 5chics y un montón de gente que se había congregado al saber que iba a entrar en el puerto la Galera Muladí, como la habían denominado los correveidiles de los avisos. Era temporada alta de verano y cualquier acontecimiento como éste se convertía en motivo de varios días de fiesta. Yamamoto, aquí, fue inflexible; dejaron en la ciudad de los vientos a los veinticinco o treinta chics de la galera muladí, alojados en la casa del reloj de sol, de la época del Bujudmi e intersticio de nomadeo principal de la zona, y se fueron con mensajería urgente a la gran muralla verde, a la tierra de Hamuines. A Salvatore y a Tip les apetecía enredarse un par de noches por allí, pero la Yamamoto consiguió atraerse a Carla y a Corino y dejaron de inmediato Guajarán. A Rumano Cipriano, que era el que hacía de capitán o arreez de la galera Muladí, Corino le pasó copias de algunas filmaciones del Pujol últimas y quedó en enviarle otra copia del trabajo cuando lo tuviera más elaborado; el Rumano se quedó encantado –todo pura magia ya – e incorporó el material al fondo de avisos de la Muladí. Rutinas de la normalidad de la cortesía del nomadeo por aquí y por allá. La vida.

X

EN LAS POBLACIONES DE HAMUINES salieron a meshuí por noche, con velada nocturna incluida, o sea, con fiesta. Al final 5chics estaban todos para allá, que dicen, pero felices con el material obtenido. Sobre todo la Yamamoto, pues la Carla y el Corino estaban ya más pendientes de lo que se les avecinaba con la preparación de las fiestas del cange y de la serie escultórica de caninas que de otra cosa; el Salvo y la Tip se convirtieron en asistentes de la Yamamoto, y los registros principales, como los guiones, los llevó ella como prioridad.

La hamuina Warda acompañó a 5chics por las poblaciones hamuinas, y al final de la semana ella y el Salvo estaban muy compenetrados en todo y habían quedado en viajar juntos en las últimas etapas de la fiesta del cange de la canina del hombre del colmillo verde. A Warda le interesaba también el Pujol –de ahí que estuviera con el equipo 5chics – aunque por allí a quien recordaban más era a su padre Kader, uno de los artífices de los intersticios modulares de la gran muralla verde, las poblaciones de Hamuines. Ahmed Pujol había viajado poco por aquellos parajes, a visitar a su padre Hamuin, como por entonces se estilaba hacer, nada más comenzar su nomadeo con Prisciliano Manfredi, y de él tomó su interés por las energías eólica y solar. Luego apenas había vuelto, no tenía esa querencia fuerte de los Hamuines de volver y volver, que a veces era un incordio más que otra cosa. Al Pujolito joven le tiraba más el mar. Por eso en la zona no se guardaba mucha memoria suya y, por el contrario, sí de su padre Kader. Aquella misma población donde Warda les había recibido, Timi le decían, era una de las primeras surgidas por las necesidades de la muralla verde próxima y había creado el prototipo de gran construcción subterránea con bóvedas solares, con múltiples entradas pero la principal en el oasis de Timimún. En el Timi, en esos momentos, Hamuins como tales no llegaban a la mitad de sus habitantes, pero todo el mundo se consideraba así y el continuo intercambio de todo tipo de fluidos hacía que fuera estúpido plantearse cuestiones tan simples. El poder de captación erótica de los Hamuines era famoso –así como la gran fertilidad de las Hamuinas – de manera que Salvatore andaba pareadito perdido con la Warda. Eran gajes del nomadeo y de los tiempos, y mejor que siguiera siendo así. Del Timi pasaron a otra población más adentrada aún en la estepa sahariana, hacia la que estaban a punto de terminar el combinado de comunicaciones sabuterráneas pesadas, de la amplia red de túneles y cúpulas solares intercaladas; pero aquello parecía que se estaba convirtiendo en un turturist de promoción de zona más que otra cosa y la Yamamoto se puso nerviosa. “Warda, parecemos turistas, ¿comprendes? Creo que cometimos un error de guión incluyendo esta visita tan larga”. Pero la Warda y el Salvo ya estaban encantad’s –sí, de magia – y la Carla y el Corino iban ya descaradamente a lo suyo, la formación y estructuración de los equipos para la fiesta del cange, y no paraban de mensajear y mensajear. El meshuí de la cena de la nueva población se hizo bajo la cúpula solar, pues el exterior era estepa desnuda: aún no habían comenzado los conductos del agua al exterior para cúpulas climatizadas de superficie con cultivos y museillos de especies desaparecidas, que era la fórmula más extendida.

A Corino le interesó mucho todo lo que iban viendo y lo que les explicaban de las poblaciones subterráneas y registró lo que le pareció más interesante sobre soluciones prácticas, en particular lo referente a los rebaños de ovejas, cabras y camellos y sus nomadeos subterráneos y de superficie. En las veladas de meshuí la Yamamoto se

animaba mucho, además del éxito que tenía con Hamuines y Hamuinas, pero al despertar por la mañana volvía a alterarla la sensación de sentirse turista y se desesperaba. Les convenció para volver a Timi y de allí planear la operación retorno. A Warda la apenaba que no quisieran visitar más poblaciones, pero al final también la convenció Salvo de que iban a estar mejor y más relajados en Timi hasta cerrar el regreso a Valencia, esta vez por avión para abreviar. La última velada en Timi, en superficie, cerca de Timimún, bailó el ballet de Esther Llordens que estaba por allí de nomadeo, y a 5chics, Yamamoto incluida, les pareció que aquello había merecido por sí mismo la pena de haber llegado hasta allí. Era la luna llena de agosto, la que solían llamar la luna de don Borondón en muchos lugares, también por la gran muralla verde, allí en la estepa sahariana particularmente hermosa.

De nuevo se cuele el tono hagiográfico antiguo en este tipo de relatos literarios, ni la Tip ni el contratado, sabiéndolo, son capaces de esquivarlo o de driblarlo. Otros registros no estrictamente literarios tienen, sin duda, recursos mejores para evita ese tono, tan perjudicial para el relato mismo como se vio cuando se pusieron de moda los martirologios. Los mártires de la droga y los mártires de la carretera fueron pioneros en este tipo de relatos, pero al mismo tiempo crearon todos los tics que adoptaban los viejos martirologios religiosos, sobre todo los clásicos católicos, protestantes y calvinistas, o los mártires nacionalistas de todos los pelajes y tendencias. El hartazgo llevó al abandono del género, y ahora parece resurgir en estos ejercicios narrativos literarios de actividades o memoria de grupo de trabajo. Es una lata la retorización de la realidad en cuanto te descuidas.

El viaje aéreo a Valencia de 5chics fue rápido y sin novedades molestas, y en Valencia se dispersaron cada cual a su universidad, instituto o escuela; al final se les unió Warda, que acompañaba a Salvo a Palermo, en donde quería visitar amigos, algunos Hamuines. Corino, antes de volver a Sofala del Oro, como habían vuelto a llamar a su ciudad de origen, pasó un par de días por el módulo del Pujol y la Consu para terminar de concretar su encuentro en la próxima primavera; podía instalarse con parte de su equipo en alguno de los barracones de invitados con jardín japonés, que eran muy cómodos y estaban bien equipados, y en el taller ampliarían las zonas que precisaran. Todo cerrado y en orden, un aburrimiento de normalidad. La Consu estaba muy guapa, vestida algo así como de colegiala, menudita. Y el Pujol, con abaya negra y muy sonriente, les dijo adiós desde la puerta del gallinero y el emparrado de la Entrambosaires, allí a su lado. Definitivamente, había decidido que no se separaba de su canina verde, y ya vería cómo se replanteaban el cange pero él no se moría sin ver las pelis últimas del Borondón el Babilónico.

FINAL.

El último día en Valencia, antes de la dispersión, quedaron en reconocerse como equipo Yamamoto, pues ella había sido la que más dejó su huella en los resultados, y ella quedó en estructurar el material generado por la experiencia del viaje de 5chics. Seguirían en

contacto con la Red Kepler. Y aquí termina este capítulo, preparado al alimón por la Tip y el amanuense contratado, al que ahora le ofrecen otra beca o contrato –lo que prefiera – si desea continuar la experiencia literaria con los equipos de Carla y Corino que se avecinan, pues en el paraíso de las islas nunca se acaba nada, todo lo único que hace es siempre empezar de nuevo. Y este contratado se lo pensará, pues tiene ganas de ensayar un relato nuevo, más personal, menos retórico y académico. En fin, pues, vale ya.

LA CANINA ESMERALDA O LA NO-NOVELA DE UN CENTENARIO DEL PARAISO DE LAS ISLAS.

El primer centenario de la Gran Guerra y muerte de Juan Bravo – desdramatizado por la gente como primer centenario de la risa, por esos canales incontrolables y festivos de darle nombre a las cosas, a la gente y a los tiempos – el primer centenario de la risa provocó un alboroto entre amanuenses antigú y nuevos equipos narrativos que aún dura o perdura. En una nueva asamblea de Patmos se captó que cuanto más veterans amanuenses eran más defensors de la manera tradicional antigua de trabajar, relatos literarios de autor previos a otro tipo de relatos, y amanuenses más jóvenes y chavals o chics más defensors de empezar por fragmentos impresionistas que a posteriori otra gente convierta o reconvierta en otros soportes hasta el literario mismo. Un pequeño lío tal vez sólo retórico. Pero el milagro es que la gente mantenga el entusiasmo por narrarse y narrar; y, más aún, que lo mantenga en la vejez. Lo iluso de la ilusión. Y la vieja sospecha de que sólo una utopía pequeño burguesa puede servir de puente entre contrarios y por ello aproximarse a lo libertario o libertador. El camino del medio o el tao. La corriente vital. Pues lo que llamaban pequeño burguesa o pequeño burgués, la frontera del cable del funambulista, es –o puede ser, siempre el azar rondando – el no-lugar de donde podían imaginarse o surgir transformaciones que merecieran la pena considerarse por recurrir a un tipo de racionalidad clásica oriental, siempre tan precisada. Estaba bien así, se concluyó en la gran asamblea en la que se discutieron estas tontunas. Y era una amanuense novata, citando a don Borondón, la que había cortado por lo sano: “Está bien así, dejadlo fluir”. El sabio Antiguo como autoridad; si él se hubiera enterado, seguro que le habría hecho reír.

El amanuense contratado anterior no se dejó convencer y se fue de prácticas a otra parte, finalmente, así que soy otra amanuense; me interesaba algo lo del Ahmed Pujol, el hombre del colmillo verde, y la Estambulina Entrambosaires, su Consu querida de cuando carrozas, pero lo malo era que no podía desplazarme de acá para allá con Carla y Corino, así que me ofrecí como amanuense contratada, eso sí, con contrato mínimo de dedicación salvo el tramo final de redacción global. Desde mi módulo u observatorio en las afueras de un poblado estepario satélite de la gran ciudad del interior Madrid, controlo y estructuro lo que me van enviando los equipos de Carla y Corino, y luego me dedico a lo mío, al zoo, que este es el poblado que atiende a la reserva zoológica más extensa de todas estas estepas. Pero eso no viene a cuento aquí.

Lo primero que hizo Corino para el asunto de la serie de Caninas del Pujol fue contactar con la central de Cavernícolas y de inmediato recibió un montón de ofertas e ideas; se lo temía, y en una intensa semana de fogueo cruzado, como se decía, consiguieron concretar todo en una docena de piezas del mismo tamaño natural, pero de materiales diferentes, salvo la canina esmeralda misma. Y quedaron para la caravana de Cavernícolas de primavera. Otro equipo cavernícola con Carla Canon perfilaron

escenarios y contenidos de la fiesta del cange para la luna anterior a la de don Borndón, primera del verano ese año como la mayoría de las veces, una parte de cuyo material había de salir con la caravana de primavera y otra parte con la del verano. Eran equipos muy eficaces ya, acostumbrados como estaban a aquel ritmo moebius, como le decían, sin principio ni fin calculable. Pero el equipo principal y más complejo de desmontaje de la fuente sobre la plataforma circular giratoria hubo de ser organizado con la gente de Spalato, herederos de aquellos que habían ideado y levantado la plataforma de don Borondón, ya más de medio siglo atrás. Uno de ellos, Sergei de Spalato, era ya casi viejo, carroza con marcha de la misma edad del Pujol, y él fue el que revisó los archivos de los Cavernícolas de Spalato y organizó el previo con los planos históricos de la plataforma y fuente de don Borondón, así como sus instrucciones técnicas de usos y desmontajes. Sencillo pero laborioso, lo normal. Un aburrimiento.

Equipos disparatados y loquísimos –se habían ganado a pulso generaciones y generaciones de ellos el apodo ese que tenían, los Cavernícolas – con Carla Canon y Corino de vaiveners –vaiveneros y vaiveneras, un grado más apenas de mensajers – o <ángeles o mercurios alados portadors de avisos y marcha>, como les querían decir también, sobre todo la gente analista más repipi y retórica. “Este semestre de vaivenero, mira tú”, se lamentaba de vez en cuando Corino, en momentos de mayor vaivén, y como para desengrasar, y luego se reía. Pero sabían todos los equipos y agrupaciones –las maestranzas, como les decían – que en la primera gran luna del verano, previa a la de don Borondón, todo tenía que estar montado y dispuesto, estuviera como estuviera la producción final. Muchas veces, cuando no estaba terminado todo del todo para la fecha fijada, mejor y más divertida era la fiesta. Las maestranzas Cavernícolas, un mito más de la formación del paraíso de las islas, con sus instalaciones invernales de creación y desmadre por la costa dalmata, montenegrina y albanesa; cada primavera y cada verano sus expediciones o caravanas con la producción invernal de los compromisos innumerables que coordinaba la Central de Cavernícolas, se dispersaban por todas partes, cada vez más lejos y cada vez más partes. Muchos talleres de Cavernícolas se habían convertido en intersticio de nomadeo, museo o mausoleo lúdico de viajes de conocimiento y de contactos, generadores de marcha –movistar de nuevo –, se habían integrado en la Red Kepler. Así había sucedido, por ejemplo más notable, con la cueva de Mario Pinto Godinho, el inolvidable creador del Niño con Paloma primero y luego de la Niña con Palomo también, a raíz de la GG o de la risa, y que en su madurez había diseñado la plataforma giratoria de don Borondón. Letanías y letanías para amanuenses fatigats y antigús. Las Maestranzas de Cavernícolas, un mito del paraíso de las islas que en estos momentos parece que tiende a la dispersión total, confundido con la realidad.

De las maestranzas de Cavernícolas de la escultura que participaron en el negoico, no llegaron a poder terminar a su gusto nada más que diez piezas de la Canina del Pujol o la canina de la canina esmeralda, como le decía también mucha gente. Muy bellas, eso sí, un par de oro y un par de plata, dos o tres blancas marfileñas, una roja deslumbrante y otro par de ellas del equivalente al antiguo cristal de cuarzo o de roca; de estas

últimas, una de ellas estaba completamente articulada, como rompecabezas. Los fragmentos de trabajo, las basuras y los inconclusos, sin embargo, constituían también un espléndido muestrario de ideas y despieces en ocasiones de mayor belleza aún que la producción final seleccionada; Carla Canon convino con Corino en incluir una amplia muestra de ciento cincuenta o doscientas piezas de aquellos ensayos previos, fragmentos o inconclusos. Más mensajería, más y más madera, más marcha o movistar de nuevo. Todos encantados. A mandar, pues todo es posible y no como en Bolly-Holly.

El Pujol, en cuanto pasaron a medirle el cráneo tres o cuatro veces a mediados de otoño, desapareció del módulo de carrozas del Naranjal y se fue a invernar al Caribe, que era uno de sus destinos favoritos en los últimos años. Ya le había dado bastante la lata el Corino y algunos Cavernícolas para poner en marcha el ala del taller de vidrio, y habían tenido que reponer un montón de materiales y colorantes. Ya estaba bien. “Me voy al Caribe y ahí os dejo”, les dijo y se fue. A Corino le apenó que no se interesara más, sólo lo mínimo, y le apenó porque eso era para él inicio de la desgana. Más tarde, a la vuelta del Caribe –había nomadeado por allí, no se había fijado en ningún lugar más de tres días – antes de volver a lo de don Borondón el Pujol quiso pasarse por Knosos, y ahí se le reunió la Consu, que había aguantado ella solita los vaivenes de Carla Canon y Corino, con su mano izquierda y facilidad de quedarse dormida en cualquier sitio. Muy bien. En los jardines de Knosos pensaban quedarse un par de semanas, pero al final se quedaron más de un mes. Imaginando o sabiendo cómo estaría de agitado y animado el Naranjal, con las obras de la fuente de don Borondón para la fiesta del cange de la Canina Esmeralda por las pelis del Antiguo, mejor no aparecer por allí hasta la fecha misma de la fiesta a ser posible. Ya estaba bien, además, ya era suficiente con la tele-control a que los tenían sometidos, cada uno por su lado, Carla Canon y el Corino.

Vuelve la amanuense contratada al cambio experimental de pluma, esta mucho más pesada, pues ha notado –en este su retiro en el observatorio del zoo cercano a la gran ciudad del interior – que en no pocas ocasiones cambia el fluir del pensamiento y se adecúa al cambio de fluir del instrumento de escritura, de la pluma en este caso. Se nota mucho, en verdad, el cambio de teclado de máquina de escribir al teclado de ordenadora personal. Pero en mi caso la experimentación va con el más sutil aún cambio de estilográfica tradicional, un subderivado de otros instrumentos como los lapiceros de grafito, las plumillas duras, los rotuladores y bolígrafos y polígrafos innumerables, de puntas duras mínimas a verdaderos punzones o ligerísimo plumón. Sólo con tiempo largo por delante se puede alguien dedicar a tal disección desestructuradora o deconstructora, a pesar de que ya los sabios calígrafos y pintores orientales teorizaron sobre la importancia de las tipologías del pincel y de la tinta. El estado de las cosas, la realidad.

EN LOS JARDINES DE KNOSOS al Pujol le fascinaba, sobre todo, el hecho de que a Prisciliano Manfredi lo decidieran enterrar en el museo de los mártires de la tecnología, pues para nada veía relación entre esa vaga denominación de mártires de la tecnología y su antiguo padrino el Manfredi. Estaba claro que él quería quedarse en Knosos, y allí se había apalancado al final en los módulos de carrozas con marcha, hasta el final; pero

podían haberle dedicado algo en cualquiera de los otros jardines, el de navegantes, por ejemplo; no en el de los mártires de la tecnología. Tuvieron que inventarse, además, de alguna manera, una razón más o menos coherente, y para ello recurrieron a una vieja historia de la infancia del Manfredi, a su afición y a sus triunfos con la bicicleta. De niño, con su madre Gina en Gozzo, se aficionó mucho a la bicicleta, y allí que andaba subiendo y bajando por los tramos más empinados de la isla en bici, cuando no andaba por la mar. El primer año de nomadeo con el padre del cuchillo se lo pasó muy bien y apenas tuvo tiempo para montar en bici en un par de ocasiones; pero a raíz de la muerte de Gina Manfredi en Trapani, a Prisciliano aún niño le entró una fiebre especial por ese deporte y comenzó a ganar todo tipo de competiciones infantiles, que por entonces aún se estilaban mucho. Ya campeón de campeones durante dos temporadas seguidas, vino aquel bache fatal para las bicicletas que fue la desprogramación de su fabricación y estudios de mejoras, y ya no hubo más competiciones. Todos se volcaron en los nuevos artefactos, cada vez más parecidos a las escobas mágicas de las brujas de la mitología clásica. Prisciliano, campeón de campeones en bici, se quedó sin qué para la marcha que hasta entonces le había mantenido en máxima tensión, colmado el deseo. Fue mejor así; para entonces parecía haberse alejado ya definitivamente de los vagos fantasmas del remordimiento, surgidos a raíz de la desaparición de Gina. Los relatos que le habían ido llegando poco a poco, entre hagiográficos y de terror, con locura final de su madre y un Rocco que nunca desde entonces había vuelto a sonreír, se le habían ido afincando allí, en lo más hondo de su memoria infantil, y habían llegado a relacionar vagamente en la mente de Manfredi el inicio de su nomadero, tal vez algo prematuro, y la desaparición de su madre Gina. Sin duda que la bici le había ayudado a deshacerse de sus fantasmas inquietantes, sin duda. Y esa era una de las narraciones o razones posibles que podían justificar la presencia del inmemoriam de Prisciliano Manfredi en el museo de los mártires de la tecnología, esa dudosa historia de la desaparición de la bicicleta. Una historia más baladí si cabe por el hecho de que luego volvió a irrumpir la bici en los gustos de la gente; aunque ya no se hacían competiciones para encontrar campeones de campeones, que parecían pruebas un tanto primitivas y poco refinadas, sí había concursos de habilidades, danzas en bici y similares, a veces un poco estrafalarias pero siempre divertidas y, en ocasiones, circenses.

Al Pujol y a la Consu aquello les hacía reírse y les relativizaba aún más de lo que tenían relativizada la costumbre de los inmemoriam temáticos que se habían puesto de moda para atraer a gente a intersticios de nomadeo necesitados de más marcha, por ejemplo. Para Pujol tenían un puntito de macabro aquellas costumbres, pero al mismo tiempo le gustaba visitar el jardín en donde se conservaba el inmemoriam del Manfredi, con sus filmaciones completas, recreaciones y cronogramas. A veces lloraba de nostalgia al repasar algunos fragmentos queridos de aquel material, y con frecuencia rememoraba a Prisciliano Manfredi a petición de otra gente que anduviera por allí, de visita o de estancia más larga de conocimiento y de contactos. Pues eso, lo de siempre. Para Pujol y Consu era lógico que Prisciliano estuviera allí, pues quería dejar sus cosas en Knosos, pero que estuviera en el jardín de los mártires de la tecnología por algo tan banal como su afición a la bici, les parecía casi una pitití, como se decía en plan cursi por no decir tontera. La culpa la tenía –dentro de esa vaguedad azarosa que es la culpa – el coordinador del jardín de los mártires de la tecnología: lo que él quería de verdad eran las plantaciones azarosas, a lo que había dedicado su vejez final el Manfredi, cuando el Pujol le había ido a visitar por última vez. Era aquel coordinador de una hornada de polivalentes, como les decían, empeñados en canalizar nomadeos a base de santuarizar,

o mausoleizar, o museizar, que para todo había, y así crear intersticios nuevos o reforzar intersticios más antiguos pero que pudieran estar languideciendo. La invención de la tontuna de la bici para quedarse con el fondo Manfredi era eso, una estupidez, aunque el juego que le dio al jardín azaroso de los últimos años del Prisciliano se puede decir que salva el experimento. El Pujol, en las pocas ocasiones que aparecía por allí, ya apenas se dedicaba a otra cosa que a ensimismarse con cada diminuta plantación, con cada diminuto jardín azaroso.

A medida que Prisciliano Manfredi había ido perdiendo vitalidad y marcha –su paso de carroza sin marcha a viejo desgano – había ido dedicando más tiempo a sus macetas azarosas, como comenzó llamándolas, las primeras de las cuales las había traído de Gozzo, del huerto de su casa de la infancia, a la que se había retirado un año de adulto antes de su instalación definitiva en Knosos. La técnica era sencilla; una maceta mediana con tierra normal de por allí, la dejaba sin sembrar o plantar nada para que ella misma azarosamente verdeara o verdiciera. La media docena de macetas medianas iniciales pasaron poco a poco a ser campitos espontáneos más amplios en minipiscinas o minicontenedores, y con el tiempo se trajo tierras de otros lugares que generaban campitos diferentes, hasta que Prisciliano rodeó su casa en Knosos, en los módulos o áreas de carrozas con marcha, con macetas y campitos, y comenzó a estructurarlos en avenidas principales y secundarias, con diferentes alturas escalonadas de campitos y otros recursos, como cúpulas mínimas semiclimatizadas para pruebas de tierras de otras latitudes que la gente le empezó a traer en sus viajes de conocimiento y de contactos; a la sombra del muy visitado intersticio de nomadeo que eran los jardines de Knosos, diseñados entre otros por Erik Andereson, el amado del Antiguo, seguían desarrollos y desarrollos de nuevos de sarrollos. La ley de la vida. Y del amor.

Yo, como amanuense contratada, estoy dando todas estas explicaciones al margen de lo que la Carla Canon y el Corino me envían como material literario. Lo hago así tal vez porque tengo tiempo lento por delante en este observatorio del zoo, y porque me gusta recordar viejas historias, yo que fui siempre lectora inquieta e investigadora. De alguna manera, escribo para poner en limpio, para aclararme, para saber. Para intentarlo, al menos. La evocación lineal de las plantaciones azarosas del Manfredi, hoy magníficas en su desarrollo en los jardines de los mártires de la tecnología, me sirvieron de distracción en esta espera de novedades; en este observatorio, siempre a la espera.

El Pujol y la Entrambosaires apuraron su estancia en Knosos todo lo que pudieron. Pujol había traído consigo del Caribe un par de saquitos de tierra de un paraje muy fértil que le había fascinado, y los últimos días pasaba toda la jornada en las plantaciones azarosas, disponiendo el campito que se preparaba con esa tierra bajo una de las cúpulas semiclimatizadas. Alargaron la estancia todo lo que pudieron, pero al final, en el momento del regreso a Valencia, a la casa del Naranjal, aún no había surgido ningún brote apreciable y el Pujol supo –la Consu se lo apuntó – que había de volver en otra ocasión aunque sólo fuera por curiosidad ante el aspecto que había de tomar su campito azaroso del Caribe que acababa de dejar dispuesto para la floración; en memoria, cómo no, de un viejo amigo y colega mayor, el Prisciliano Manfredi.

EL REGRESO AL NARANJAL DE VALENCIA del Pujol y la Consu, ya bien entrado junio, se debió a la insistencia de Carla y Corino, impacientes por su tardanza y ausencia. Los salones de la Blancadoble estaban animadísimos a todas horas, parte principal de las piezas que habían traído las maestranzas de Cavernícolas se habían ido desplegando por allí y ya, aunque en plena instalación todavía, no paraba de desfilar la gente para chismorrear y tener qué contar de regreso de sus viajes. El Pujol se instaló en la zona de la Entrambosaires para dejar con mayor libertad de movimiento al's poc's Cavernícolas que todavía tenían que utilizar un ala del taller; recibían a la gente, tanto él como la Consu, en la biblioteca de viajes junto a la piscina, una de las alas más tranquilas normalmente de los salones de la Blancadoble. Todos los barracones con jardincito japonés estaban ocupados al máximo por la gente de los diferentes equipos, que combinaban con los diferentes albergues por donde los habían ido distribuyendo; el vaivén era incesante, desbordando casi al's vaiveners.

Entre Carla Canon y Blancadoble Sánchez consiguieron que aquello no se desbordara. La zona del gallinero y vivienda de la Consu, con Pujol instalado en la casa también, consiguieron mantenerla al margen del bullicio y todo era paz allí. Hasta pasado el mediodía nadie rompía su clausura, y algunas tardes la Consu organizaba una merienda-cena con velada de conversación en donde iban apareciendo los últimos perfiles de la exposición y fiesta del cange. Sobre todo, una cuestión principal: si Pujol decidía, como estaba claro, no extraerse la Canina Esmeralda original, ¿por qué objeto material sería sustituida para el cange por las pelis últimas del Antiguo? La velada en la que al fin llegaron a un acuerdo fue en una de las cenas tempranas de la Consu Entrambosaires. Había llegado de visita Alta Gracia Entrambosaires; la Consu se sentía más Estambulina que nunca y entre las dos prepararon una cena turca para la ocasión, a la que invitaron a Carla, Corino y Blancadoble; con el chico que acompañaba a Alta Gracia, el americano Chito Gomes, eran siete, un número perfecto para ese tipo de veladas. A la vuelta de Knosos, el Pujol había comenzado a preparar en el gallinero, bajo el emparrado del porche de lo de la Consu, media docena de macetas azarosas nada más llegar, como una distracción apacible nueva, y se las enseñó a los invitados antes de cenar, orgulloso y contento con los brotes de hierbajos silvestres que habían comenzado a apuntar y que regaba al atardecer.

- Quiere llevarlos a Knosos, al jardín del Prisciliano, en la próxima visita que le haga –les señaló la Consu entre risas. – El Pujol se está volviendo un sentimental. Quiere también ver cómo evoluciona el campito cubano de Matanzas que dejó allí preparado esta primavera, y a mi no me molesta acompañarle en ese viaje para una cosa así, amorosa y tierna – y la Consuelo Entrambosaires miró a Pujol así, amorosa y tierna.
- ¡Ah, del amor, Consuelo! – sonrió el Pujol.

Todos quedaron suspensos unos segundos y Carla y Corino, como por instinto, activaron todos sus mecanismos de registro. Que el viejo hombre del colmillo verde hablara del amor podía ser un pequeño acontecimiento memorable.

- Háblanos del amor, Pujol. ¿Por qué el hombre del colmillo verde se consideraba esclavo de eros, esclavo del amor? – Carla Canon se lo había casi susurrado al oído, y Pujol cerró los ojos un momento y miró a la Consu, en la cabecera

- opuesta a la suya en la mesa larga y ancha de la concina que los reunía aún. Podía comenzar el verdadero banquete.
- Chica, mi primer amor fue doble, la Montse y la Titina, y esa doble naturaleza de mi amor me marcó para todas mis vidas. Así de simple. Luego le llamé amor a otras cosas más gimnásticas; al principio me intrigaban e inquietaban, luego me divertieron mucho y, finalmente, en el tiempo del hombre del canino verde campeón de campeones de combates eróticos, llegué a considerarme esclavo de aquel amor que había logrado sublimar. Fue una plenitud, como todas las plenitudes perecedera.
 - ¡Anda con este comediante vanidoso! – intervino la Consu, centelleante como siempre en sus arranques o prontos. – Te habías pasado un montón, Pujol, estabas atacado de insaciabilidad y ya estabas comenzando a comportarte como un cerdo maleducado. En tu quinto trofeo ya te mostraste tan maleducado que todos andan diciendo que ahí arranca la serie de cine procaz del hombre del colmillo verde, que tanto te irrita ahora.
 - ¡Ni la Montse ni tú me comprendísteis nunca, Consuelo! ¡Fuisteis unas tiranas para mi!
 - ¡Y tú un borrico que lo confundías todo, sobre todo lo del sexo y lo del amor!

Aquello prometía y la Alta Gracia Entrambosaires temblaba. El Chito Gomes hizo ademán de intervenir, pero el Corino le dio un pisotón por debajo de la mesa y un codazo admonitorio, mientras le guiñaba un ojo y le hacía un gesto de silencio, tío, deja discurrir la gracia sin interferir. Chito comprendió de inmediato.

- Titina era la amante que no tiene amante porque su amado es un amante ocasional. Así es como se puede decir. – El Pujol había dicho esto con los ojos entornados, muy erguido en su silla, pero en unos momentos la Canina Esmeralda refulgía por entre una de las comisuras de sus labios en amplia sonrisa –. Pero el Pujolito tenía sus poderosas razones para convertirse, sin darse cuenta él de ello, en un amante ocasional... Sí, sí, poderosas razones. Ocasional en su más estricto sentido, enamorado de la ocasión, de la fortuna, del azar. Un eros tan fuerte como un dios, que lo proyectaba con fuerza a su salimiento de sí, a su despilfarre gozoso. ¡Nunca me comprendísteis, ni tú ni la Montse! La Montse, que sí, que sí, que me había dado la teta de crío porque era muy sano para los dos, pero que nada más, que ya estaba bien, que era muy mayor y que era un aprovechado. ¿No era así, Consuelo? Y la Titina qué, que si el cuélebre o el culebrón y la gacelita, el lobo y la Caperucita, y que nada de na... ¡Ah, el amor y las ocasiones! Pues mira tú.

Pujol se quedó muy tranquilo, ante el silencio general, y entornó de nuevo los ojos, adoptando aire melancólico.

- Comediante y vanidoso, eso es – intervino la Consu, muy tranquila también y como dirigiéndose a Alta Gracia. – Amantes y amadas del Pujolito se simultaneaban y se sucedían sin fin, como un carrusel, como un tiovivo, ninots y ninots fallers valensiás, y luego vuelta a la carga con que <si no me quieres, Titina>, <si eres una ingrata>, y tontunas por el estilo que a una le sonaba a pío, pío de pajarito de dibujos animados. ¡Anda, y qué morro que tenía el Pujolito! Y que, cómo no, heredó el hombre del colmillo verde en sus años mejores de galán

del paraíso de las islas en casi todos sus intersticios de nomadeo. ¡Pues vaya elemento, como para fiarse de él!

- Sí, ya sé que ahora andas con eso, pero entonces, la Titina que eras bien que le decía al Pujolito en cuanto se le terciaba que él era su gran amor, su amante-amado primero, ¿o no? – el Pujol se había animado y la Consu asentía divertida a sus andanadas retóricas – Y cuando quisiste tener descendencia biológica, ¿no buscaste al Pujolito y no le encontraste como te había prometido? ¿Y no te lo hice a la medida, como estaba convenido, eh? Luego pasó lo que pasó porque eran así los tiempos, y la descendencia era tuya y la primera crianza y el padre desaparecía para evitar fijaciones, como se decía, aquellas costumbres tan divertidas de las que ya no queda ni la mitad de la mitad. Pues eso. Ahí estaba el amor y ahí sigue estando, mi Consuelo.

Consuelo Entrambosaires asintió sonriente a la última zalamería del Pujol y la Entrambosaires hija estaba conmovida y emocionada. “¡Hele, el amor!”, no se pudo contener Blancadoble. “No, si una ya lo sabe, pero también a una a veces se le apetece oírsele decir así, como quien no quiere la cosa”, le dijo por lo bajo la Consu a la Blancadoble Sánchez; luego se levantó, se acercó al Pujol y empinándose sobre la punta de los pies le dio un beso sonoro en todo lo alto de la cabeza.

DESDE LA SOLEDAD DEL OBSERVATORIO DEL ZOO esta amanuense contratada siente una especie de envidia sana por la Carla Canon y el Corino; su inmersión en la acción misma como vaiveners, su fogueo y su aprendizaje gozoso. Están en su <edad de oro> y sólo con el tiempo, su transcurso y consunción progresiva de ese estado ideal, podrán ser capaces de narrarlo de manera comprensible para quienes vendrán, la nueva realidad. Podría decir que, de momento, delegan en mi, aunque tal vez la mejor narración de todo esto la hagan ellos más adelante con la perspectiva de la madurez y el envejecimiento. De momento, disfrutan con la acción misma, aunque saben que su formación les lleva justamente a saber narrar en el futuro con nueva perspectiva. Ellos serán los maestros futuros de la narración no nacionalista y no confesional, la narración de la frontera. Es significativo que ni la Tip ni el amanuense contratado anterior entendieran esos términos antiguos, nacionalismo y confesionalidad, con los que se había intentado dar nombre a los dos demonios enemigos –nacionalismo y confesionalidad – de los antiguos relatos: son demasiado jóvenes y su realidad vital, su <edad de oro> personal ya no contaba con ello; habían contado con otras formas organizativas que en nada tenían que ver con las formas organizativas institucionalizadas que habían tenido que sufrir o vivir sus mayores, padres y abuelos del paraíso de las islas. Yo misma, amanuense contratada que, dado el fluir que ha tomado el texto, creo conveniente presentarme también, aunque antes haya de consultarlo con Carla Canon y con Corino básicamente. Cuando en la Central de Amanuenses que coordina con mimo Fito Naser, el Gran Programador y casi anciano pero con marcha, supieron de los proyectos de Carla Canon – la fiesta del cange – y de Corino – la serie de caninas esmeraldas –, se pusieron de inmediato en contacto con Carla, Corino y conmigo, y nos dijeron que ya que el Pujol y la Entrambosaires I se prestaban a la idea, lo cual era una magnífica noticia dada su edad, era mejor que yo me encargara del relato literario de las acciones desde mi centro operativo del observatorio del zoo, que me dejaba mucho tiempo por delante, y así me servía de entretenimiento estimulante; también, nos aclararon, por mi perfil vital más experimentado y fronterizo,

aunque sólo debía hacer el trabajo que hubieran tenido que hacer amanuenses contratad's de lo más normalito, o sea, poner en limpio la información que me proporcionaran los grupos comprometidos en la movida. En este caso, Carla y Corino y los registros de sus grupos respectivos. Inmersa en la acción desde mi observatorio del zoo, centro operativo de vaiveners, a mi edad. Pero el hombre del colmillo verde se merece esto y mucho más, y sarna con gusto no pica, que decía la sabiduría antigua pre-neo-canónica, así, para entendernos, pues los tiempos cambian que es una barbaridad, Pichi. Y que me perdone Corino y la Carla Canon esta inmersión abrupta en el texto, pero es que no me puedo contener. Tal vez por eso el Fito Naser, que es muy listo, decidiera meterme en este fregado. Y si esto no quieren la Carla y el Corino que lo incluya en el relato final, pues lo quito y sanseacabó, pues el resultado se entenderá igual. Mi ser fronterizo es posible que se note algo en los ramalazos de argot que aquí y allá puedan surgir, pero eso lo disculparán por mi origen mismo, astur-moldava que dicen que soy, una antigua niña de la guerra que pasó por todas las últimas furias trágicas de nacionalismos y confesionalidades y sobrevivió para venir a instalarse en la vejez con marcha, o carrocería, que dicen ahora la nueva juventud, en el entorno de esta ciudad del interior estepario ponentino, en el corazón de las Españas de las Asturias y las viti-ciudades. Pero tal vez esté desbordando el relato –el texto, que dicen – con mi irrupción algo estemporánea. El tiempo libre por delante con el que cuento en este observatorio, movistar sin duda, y los primeros ataques de la insaciabilidad, que esto último parece que es cosa de la edad. En fin.

Tampoco sé muy bien por qué venía todo esto a cuento. Tal vez sólo viejas obsesiones, como las de la pluma estilográfica o los nacionalismos y confesionalidades malvadísimas... y en mis tiempos de juventud todavía amenazantes. No saben lo que se han quitado de encima, esta juventud afortunada del paraíso de las islas. Ni puta idea que tienen, y perdonen el pronto. Si Carla y el Corino no quieren, esto ni se lo pasamos a tipograf's o a quien proceda. Pero en la biblioteca de don Borondón quiero que se quede así. Y perdón, Carla y Corino en primer lugar, por la irrupción.

“Nos parece de puta madre, tía, déjalo todo”. Y Carla Canon y Corino, encantados, parodiaron a los rockeros antiguos con desparpajo de Lavapiés, como se decía. Mas lo que más les gustó a Carla y Corino de la irrupción de esta amanuense astur-moldava fue la clarividencia definitoria de las Españas, las Asturias sin vino y las grandes macro-urbes vitivinícolas. Si no hubiera sido por la Red Kepler, aquello no se sabía cómo habría terminado. A Carla y a Corino les pareció una genialidad expresiva; sólo conocían las Españas por los viajes de conocimiento y de contactos, como se decía, pero ahora comprendían la riqueza de sus baretos y lugares de marcha urbana juvenil, que era al fin y al cabo lo que los había metido en aquel fregado en torno al Pujol que los tenía ya, como vaiveners, de hoz y coza en la primera fase de la profesionalización de adultos. Eso era, una buena definición de un lugar. Las Españas.

Una vez resuelto este pequeño o gran problema de la autoría –lo canónico, oiga, lo reglamentario o acordado – intento volver al asunto principal que nos reúne a

todos, las últimas movidas del Pujol, el hombre del colmillo verde. O la Canina Esmeralda, como se dice ahora.

EN AQUELLA CENA MEMORABLE EN LA QUE EL PUJOLITO Y LA TITINA HABLARON POR ÚLTIMA VEZ DEL AMOR EN PÚBLICO, se terminó resolviendo finalmente el asunto aún pendiente de la fiesta del cange: qué se iba a canjear por las pelis del Antiguo, la justificación de la fiesta. La cena es más memorable todavía por la cantidad y calidad de filmaciones y registros de todo tipo, pero sobre todo –siguen siendo las reinas de las ondas – por las imágenes, el cine. Carla Canon y Corino estaban a ello porque sí, para mandármelo todo a mi, al operativo del observatorio del zoo, pero la Blancadoble Sánchez tampoco se perdió la oportunidad, inquieta y avispada como siempre había sido, con olfato de arte. Y la Entrambosaires hija, o Entrambosaires II –y ya había III y se anunciaba IV, los tiempos van a velocidades que es una barbaridad – la Entrambosaires II, después de las primeras emociones y sobresaltos ante los arrumacos de sus padres biológicos, para muchos de nuevo los padres verdaderos, tampoco se cortó un pelo a la hora de sus registros personales para recuerdos tan singulares e irrepetibles. El único que parecía no enterarse era Chito Gomes: enseguida se perdió por un rincón con una guitarra que traía siempre a cuestas, en los viajes de por ahí, y en momentos de calma les cantó fados y boleros. El Pujol se dirigió en un momento a la Consu, y todos sacaron sus antenas de alerta, voraces.

- Consuelo, ¿te acuerdas del montaje de la Teresa Margolles en lo del Manfredi en Knosos? El tatuaje con el signo de la fertilidad y de la vida de la Cabilia que el Manfredi quiso que le enmarcara la Margolles, se parece a lo que yo debo hacer con mi Canina Esmeralda – la Consu rezongó por lo bajo “ya sé a dónde quieres ir, bacalao”, y le animó con un gesto a continuar – Sí, es justo eso.

La literatura no es más que la transmisión de la vida y de su posibilidad misma, de la que depende. Si no, sería un puro lamento fúnebre, enumeración de desdichas.

Como si hubiera pasado un ángel, se hizo el silencio y Pujol continuó:

- Cuando canta un gallo algo parece que amanece. Prisciliano Manfredi, antes de morir, cuando ya no tenía ganas de pasear ni siquiera por los jardines azarosos de su casa de Knosos, hizo que viniera la Margolles y su equipo y le quitaran el tatuaje de la fertilidad y de la vida que se había hecho hacer en la nalga derecha, tatuaje que siempre había fascinado al Pujolito niño. Cuando se enteró el Pujolito de cómo se hacían los tatuajes, sí, yo mismo de chaval, ya no quise saber nada de aquello, pero tal vez lo tuviera presente cuando me encapriché con ponerme el colmillo verde con el amuleto que me regaló el Manfredi, el viejo colmillo del padre del cuchillo. Ya veis cómo son de sencillas las cosas. Las sagas del paraíso de las islas, pura letanía un poco adormecedora. Es el mismo amuleto que hoy quiero legar, como Canina Esmeralda, al fondo simbólico-ché del Borondón para poder romper el sortilegio de su cláusula testamentaria condicional. ¿Veis la similitud? La disculpa para una fiesta. Eso es. Ese es el

sentido profundo de lo que la Carla y el Corino, como estimulantes vaiveners, han conseguido que yo consintiera para centrifugar la marcha... Para mí, ya, de alguna manera –y miró a la Consú allí a su lado acurrucadita, ya todos por los sofás – será la marcha de la despedida.

No le gustó nada a Corino el final de las palabras del Pujol, aunque no dejaron de conmovérle. Por un misterioso instinto supo que los registros que tuviera de esas palabras debía hacérselos llegar a Yamamoto, pues ella iba a encontrar algo de lo que buscaba – movistar – del Pujol, de seguro.

- Como sabréis, y si no lo sabéis ahora os lo cuento yo –continuó Pujol con parsimonia – el tatuaje de la fertilidad y de la vida de la Teresa Margolles está sólo en depósito en Knosos, y sólo hasta el día en que se localicen los restos del padre del cuchillo Laurai Bujudmi, desaparecido en el sur hace más de medio siglo. – Hizo una pausa el Pujol; todos, más o menos, sabían algo de la desaparición del padre del cuchillo y de María de la Soledad Muñoz Dolores, mitos viejos del paraíso de las islas, así que continuó –. No es nada probable que encuentren los cuerpos del Bujudmi y de María de la Soledad Muñoz Dolores; posible lo es pero no probable. De todas formas, la permanencia del tatuaje del Manfredi en Knosos es también condicional, como las pelis del Antiguo en lo hondo de la fosa en la que están, y cuando desaparezcan de ese lugar que ocupan habrá que reemplazarlos por otro objeto / montaje / aviso que justifique una fiesta conmemorativa, y vuelta a empezar. Esa es la esencia viva del centrifugar, que no decaiga la cosa, que siga la vida. Si se llegaran a encontrar los restos del padre del cuchillo, el Manfredi dejó estipulado que el tatuaje de la fertilidad y de la vida se trasladara al inmemoriam que le dedicaran a su antiguo tutor en el lugar del encuentro, pues había suficiente material depositado en la casa de don Borondón o del Naranjal para lo que se quisiera hacer. Sólo en ese caso – y el Pujol hizo titilar la Canina Esmeralda, coqueto – en ese caso quiero que mi Canina Esmeralda vaya a sustituir en Knosos, en el jardín azaroso del Manfredi en el área de los mártires de la tecnología, al tatuaje de la fertilidad y de la vida de la Teresa Margolles. Letanía de letanías, mas no quiero adormecerlos. Mientras tanto, mi Canina Esmeralda se quedará aquí, en el Naranjal, en la fosa de la fuente de don Borondón, para sustituir como objeto material significativo las películas que se rescatan, otro objeto significativo, tal las antiguas reliquias de las religiones. Sencillamente, para que no decaiga. Pero creo que me estoy haciendo un lío. En fin.

A Carla Canon y a Corino les entró la risa. Creían entender por donde quería ir el Pujol pero al mismo tiempo no veían resuelto el problema. La exposición de la decena de Caninas Esmeraldas preparadas por los equipos de Cavernícolas ya estaba instalada en la cúpula central de lo de la Blancadoble y ya estaba teniendo mucho éxito con un goteo continuo de curiosos, a pesar de que aún seguían con los remates finales de la exposición secundaria de fragmentos y previos que pensaban tener lista en un par de días. “En dos semanas, Pujol, tenemos la fiesta de la gran luna de junio, la fiesta del cange”, recordó la Carla entre risas. “Y nos falta todavía ese objeto significativo para dejar en la fosa de don Borondón en lugar de sus pelis...”

- No hay problema, Carla. Todo lo tengo bien pensado. Quiero que en la fosa del Antiguo se conserve mi Canina Esmeralda completa, pero mientras no me muera eso no va a ser posible; por ello creo que lo mejor es dejar en su lugar la instalación de las diez caninas esmeraldas de los Cavernícolas, con un documento bien redactado en el que se explique que allí permanecerán hasta después de mi muerte, tras la que mi calavera completa, con la Canina Esmeralda original, pasará a ocupar su lugar y las diez copias se repartirán entonces, comenzando por Knosos, por los intersticios de nomadeo con más marcha del momento en que eso suceda. Como véis, lo tengo bien pensado: eso significa, por lo menos, una docena de fiestas más para el tiempo venidero, pura centrifugación... Ah, y con una condición por mi parte, que en cada fiesta haya combate erótico conmemorativo. ¿Qué os parece? Resuelto el problema.

Esta vez la que se hartó de reír fue la Entrambosaires I, tanto que la Entrambosaires II, Alta Gracia, tuvo que darle unas palmaditas en la espalda. Carla reaccionó enseguida.

- Ay que difundir un primer rumor, Corino, de que tal vez el Pujol no quiera extraerse el colmillo verde. Lo podemos redactar esta noche y mañana lo dejamos caer por el salón de la Blancadoble para que lo difundan los visitantes. Podemos dejar que circule durante tres o cuatro días más, y luego lanzamos ya el plan definitivo para la fiesta.

Todo estaba resuelto. El Chito Gomes interpretó un bolero de lo más arrastrado que todos bailaron antes de despedirse. La vida seguía igual.

LA NOCHE ANTERIOR A LA LUNA LLENA DE JUNIO, anterior a la de don Borondón, como aún se dice, la Consu invitó a cenar a Sergei de Spalato, que había venido a echar una mano en los últimos días. Tanto Corino y Carla como Blancadoble Sánchez no quisieron perderse la velada, y allí estaban en la cocina de la Consu, con un cocinero malayo que Sergei se trajo consigo, un fuera de serie en el arte culinario de la gallina. A media tarde había llegado el cocinero malayo y mientras preparaba la cena le contó a Pujol y a Consu sus viajes de juventud huyendo de las pestes que habían assolado su región y habían terminado con todas las aves domésticas tradicionales; el Cocinero Malayo era muy ocurrente y expresivo y chapurreaba una especie de lengua franca muy popular. Se hartaron de reír con sus historias y el Pujol hizo de pinche de cocina para él. Ya todos a la mesa, entre Carla y Corino consiguieron que Sergei evocara para ellos el tiempo de la instalación de la plataforma circular de don Borondón, medio siglo atrás.

- Yo era un chaval entonces –comenzó Sergei de Spalato en la sobremesa – como vosotros, recién veinteañero, y fue mi último viaje de conocimiento y de contactos, aunque ya entonces estaba anticuado llamarlo así; el montaje de la plataforma giratoria del Antiguo se convirtió en mi primera dedicación profesional plena. En Spalato habíamos trabajado durante dos cursos con grabaciones históricas de música de la época de juventud de don Borondón, que no era otra que la época inmediatamente anterior a la gran guerra o GG y muerte de Juan Bravo, hace ahora un siglo bastante largo, la que llamaban música rockera antigua. Para vosotros ahora, un tiempo antiquísimo, de antes de la risa. Casi el tiempo de la fábula. Pues bien, aquella recopilación musical, registrada con la tecnología del momento, que hoy os parecerá casi pre-tecnológica, de

arqueología fónica se podría decir, fue la contribución principal de las instalaciones de Cavernícolas que por entonces estaban fraguándose con fuerza por la costa dálmata. Del laboratorio de la escuela de Spalato nos seleccionaron a una docena de estudiantes más animosos para instalar en la plataforma del Antiguo en esta casa del naranjal el cuadro de mandos sincronizado con aquella recopilación musical rockera antigua, y acá que nos vinimos estructurados en equipos para turnarnos para mayor libertad de movimientos de cada uno; fueron los meses más memorables de mi juventud. El Antiguo venía a diario a las obras, como él decía, el pelo y la barba canosos, una túnica musulma blanca y el bordón, figura entre bíblica y céltica, de fuerte impacto plástico. Luego hubimos de acoplar los mandos de sonido a otro cuadro de mandos singular, que precisaron la sincronización de innumerables redes electrónicas y de cañerías y conducciones complejas para líquidos, sólidos y gases. La plataforma, además, era giratoria y elevable hasta lo menos diez metros, de manera que se convertía en un magnífico mirador en el centro de naranjal, y en torno a la cual Erik Anderson había planificado un jardín con amplia explanada central. Y en el centro de la plataforma giratoria, el trono del Antiguo -. Sergei de Spalato permaneció unos segundos como extasiado, tal vez intentando alumbrar en su memoria alguna imagen del Antiguo entronizado, tal un icono oriental. Todos conocían con mayor o menor detalle aquello y, quien menos, había leído en su niñez algunos fragmentos del relato “Don Borondón el Babilónico”, en el que el final de los trabajos de la plataforma circular giratoria inscrita en un cuadrado y con el trono-retrete central diseñado por Mario Pinto Godinho al gusto del mismo Antiguo ocupaban gran parte del relato. Pero no quisieron interrumpir el fluir discursivo de Sergei, el ángel o la gracia -. El trabajo del primer turno, en el que yo estaba, fue duro, contra reloj casi, ante la insistencia del Antiguo en que terminaran las obras, y en la fiesta de la entronización en la plataforma circular giratoria, creo que fue por la gran luna de mayo, o así, yo estuve de guardia y muy ocupado con un par de incidencias técnicas, hasta que todo terminó divinamente. Pero me había perdido la gran movida que fue aquello, con música programada por el propio Borondón a su gusto – tuvo toda la noche a la gente a salsa, samba, pasodoble y rumba – y un montón de instalaciones e intervenciones de Cavernícolas que luego pude ver proyectadas muchas veces. Cuando pasaron los siguientes equipos de relevo de turno, yo me quedé por la casa del naranjal todo el verano, pues me había enamorado de una bella Hamuina, compañera de albergue y en viaje de conocimiento y de contactos, y quería disfrutar de la marcha espléndida que había advertido a mi alrededor durante el periodo de montaje. Turistas, viajeros y comuneros o apalancados, como se decía, las acampadas estaban llenas y los albergues habían desbordado a programador’s y vaivener’s. Bueno, eso había sido siempre la normalidad, y era más emocionante así. Aquel verano con la Hamuína Aljarrubiya al lado, cada dos por tres fiestas en honor de don Borondón que nos ponía a cien desde la plataforma con la música mientras cada tarde se organizaban desfiles para agasajarle y distraerle, debió de ser uno de los momentos estelares de enamorado de mi vida. Y la luna de don Borondón, mi anagnórisis particular. Mi iluminación. Nunca más volví a ser el mismo...

Todos respetaron el silencio emocionado del viejo Sergei de Spalato; su emoción espontánea fluyó mansa entre los comensales de sobremesa, haciendo que sintiesen hasta físicamente el paso del ángel de la gracia, y Corino no pudo contener un susurro:

- Usted, Sergei, vivió el tiempo de las últimas palabras del Antiguo...
- Sí, claro; aunque ya os dije que era muy joven por entonces y no me enteré de la mitad de la mitad. El tiempo de las últimas palabras del Antiguo, como tú dices, y te ruego que me tutees pues si no me incomodas, ese tiempo de las últimas palabras para nosotros era el verano de la celebración, como le dio al Babilónico por decir ante la llegada sin parar de gente y gente al naranjal, de tal manera que hubieron de ampliar la zona de acampadas para que no se colapsara aquello. Para mí coincidió en ese verano la celebración de mi anagnórisis con la celebración del amor, con Hamuína Aljarrubiya al lado, a la que adoraba. Sólo tras la muerte ahogados de un joven griego y una joven también griega que sumió en el silencio al Antiguo, hube de interrumpir mi vuelo gozoso con Aljarrubiya por el naranjal para hacerme cargo de nuevo del control de mandos de la plataforma circular a causa del encierro final y muerte de don Borondón. Fueron quince intensos días, los previos a la gran luna de julio, desde entonces la luna de don Borondón.

“LO QUE NO PUEDO HACER, LO ESCRIBO. Para no volverme loco”.
Nuevamente se me viene a la cabeza aquí el viejo lema de amanuenses: “Lo que no puedo hacer...” Y quisiera, desde esta paz del Observatorio del Zoo, intentar explicar su sentido o explincármelo, pues al fin es lo mismo. Casi todos los que estaban con Sergei aquella noche, salvo el Cocinero Malayo que andaba por allí a lo suyo, y a veces se reía solo, enredado con sus cosas, todos conocían con mayor o menor precisión lo que estaba evocando el de Spalato. Pero yo, la amanuense contratada, aunque veterana astur-moldava, he preferido recoger por extenso los registros del relato de Sergei para refrescarme la memoria y religar sus fragmentos.

Y en esta sencilla operación – “No te cortes, fluye a tu gusto”, me dijo Carla, y Corino está de acuerdo – de nuevo me asaltó la curiosidad: ¿Por qué el Paco Barrios, uno de los amigos de juventud de Gina Manfredi – los eruditos del paraíso de las islas dicen que su desvirgador – los primeros relatos del paraíso de las islas le habían sonado a utopía pequeño burguesa? Ahora nadie entendería ya ese juicio, pues el concepto de burgués y burguesía alude a algo irreconocible que hay que explicar con detenimiento partiendo de modelos paradigmáticos antiguos como “sociedad estamental” y “sociedad de clases”, así como devenires históricos con su quiebra misma, ya sólo del interés de los especialistas y arqueólogos. Un orden – utópico, platónico – feudal o estamental y un orden –igualmente utópico – burgués, ambos profundamente, radicalmente elitistas o aristocratizantes, que al degradarse generaban por pura dinámica de supervivencia estructuras mafioso-familiares, habían intentado ser sustituidos por nacionalismos y confesionalidades variopintas, puro neo-primitivismo, capaces de distorsionar cualquier intento democratizador –como se decía como palabra mágica – que se

intentase ensayar. Y era en ese momento o contexto mismo donde el término “pequeño burgués” podía entenderse precisamente como esa frontera del hilo de acero del funambulista como lugar de tragedia posible, sí, pero también de posibilidad de transformaciones, de belleza. Era la verdadera frontera desde la que situarse para observar los diferentes poderes, todos orgullosos y pretendidos centros; centros ciegos la mayoría de las veces al hondón de sus márgenes degradados hasta la miseria y el descampado por su dinámica centripetadora de recursos para endurecer o blindar aún más ese centro duro y cada vez más paranoico. Todos afectados de insaciabilidad cantripetadora, creadora de dolorosa realidad al sólo ver en su entorno ganancia o peligro, enemigos. En la frontera hay que ser una buena nadadora o un buen nadador. Esta amanuense contratada astur-moldava es ya experta, peregrina de las fronteras. Tal vez por ello –lucidez del viejo Fito Naser, previsión del gran programador o el gran provocador – estoy aquí, en este ensayo de relato que me fascina, fragmento de fragmento sin calculable final o fin. Tomás Moro y Tomás Campanela fueron dos utopistas muy conocidos y de final desastrado ambos, se lo mire por donde se lo mire, con propuestas utópicas o modélicas con excesos comunitarios tales que llegaban, en el caso de los solares de la Ciudad del Sol, a la comunidad de esposas para la generación. En ambos –paternalistas, estatalistas e institucionales – con obsesiones homogeneizadoras en las que el azar era asesinado en el ara de la programación y el cálculo. Estilización de una realidad, espacios fangosos o laberínticos, voluntarismo de las construcciones racionales. Puertas abiertas a cualquier perversión por el más mínimo deslizamiento de matices en la narración de esa realidad o en su percepción misma.

El dolor de la utopía clásica, casi microcosmos galileano toscamente ordenado; mi experiencia astur-moldava de nomadeo y apalanche final en la vejez –aunque carroza con marcha todavía que el Fito Naser, ya lo tengo claro, quiso que se distrajera con algo estimulante en este Observatorio del Zoo desde el que escribo – mi experiencia me dice que las historias del paraíso de las islas que hasta ahora se han narrado más que utopía pequeño burguesa pueden considerarse pura anti-utopía o no-utopía, el estallido de una realidad azarosa y sin reglas, abierta a todo lo más increíblemente divertido si la dejaran respirar en paz, y no la anularan insaciables fundamentalismos, todos catastrofistas y paranoicos, destructores de aquellas divinizadas razón y natura de nuestros clásicos utopistas más optimistas y desdichados. Otro más lúcido lector de los primeros relatos del paraíso de las islas vio en ellos un prontuario o un muestrario de reglas para ser feliz en el infierno, y no me pareció una mala lectura aquella; si no hubiera sido porque eso significaba la demonización de la realidad y con ella la demonización de razón y natura también, que decía el bendito Campanela. De alguna manera creo que las narraciones del paraíso de las islas resultaban ser, precisamente, la gran inversión de una realidad demoniaca o infernal, la única posibilidad de esa gran inversión al menos como proyecto vital viable. Una nadería, lo mismo que su contrario, sin apenas consistencia al margen de una “edad

de oro” individual, casi intransferible y perecedera o con fecha de caducidad. Más que un cómo ser feliz en el infierno podría ser un cómo montárselo para driblar ese mismo infierno, cómo facilitar y potenciar el goce de la realidad y de la vida. Cómo intentar sin más ser normales en un proyecto liminar de sencillamente vivir y dejar vivir, se sobreentiende que de la mejor manera posible para todos.

- Aquel verano de la celebración, que decía el Antigo, el tiempo de sus últimas palabras, como se dijo después, yo también estaba aquí – comenzó a decir Pujol, mientras Sergei de Spalato seguía en una suerte de ensoñación al evocar la luna de don Borondón –. También, como Sergei, era mucho más joven. No tan joven como nuestros vaiveners Carla y Corino, por supuesto, aunque estéis sin duda mucho mejor preparados que yo lo estaba entonces para el nomadeo y la acción, como estoy comprobando. Yo estaba por entonces en mi plenitud vital de treintañero, y aquel verano de la celebración, que dijera el Antigo, en torno a las fiestas y desfiles que casi a diario se hacían aquí, fueron para mi también los últimos contactos con Prisciliano Manfredi, ya mi extutor, antes de su retiro a Knosos. La muerte del Antigo y el retiro a Knosos del Manfredi se asocian para mi, con ese verano de la celebración y de las últimas palabras del Antigo. No hay destino trágico. Hay destino así.

Todos estaban expectantes. La Entrambosaires I se sonrió y le hizo un gesto discreto a Carla, allí a su lado, para que activara sus registros. Siguió Pujol.

- Prisciliano acababa de recibir la noticia poco fasto, aunque aún no nefasto, de la enfermedad que había de terminar minando su cuerpo espléndido y había decidido ya su retiro a Knosos. Acababa de llegar de su último viaje americano y había terminado de coordinar con la casa de don Borondón la media docena de intersticios de nomadeo claves del Caribe y de Venezuela; se sentía algo agotado, aunque seguía eufórico, como siempre había sido. El día que el médico Aldobrandini le descubrió la enfermedad degenerativa, de efectos retardables pero sin cura definitiva conocida aún, Prisciliano quiso visitar a don Borondón en su plataforma y Leila Naser me avisó de todo, pues sabía de mi amor por mi tutor, el hijo de la Gina. No hablaron para nada de la enfermedad descubierta activa en Prisciliano, pero se veía que sabía cada uno que el otro sabía... - Hizo una pausa Pujol, pero continuó enseguida –. Leila Naser no había abandonado nunca la casa del Antigo desde su llegada aquí, casi una chiquilla, en su huída de Alejandría de un matrimonio apalabrado que no le satisfacía. Siempre había sido, después, la abuela de la casa; Leila I, Leila la Vieja, llegarían a llamarle más tarde, y fue la gran dama de la ceremonia de entronización del Antigo en la plataforma y su muerte aquel verano memorable. Mitos fundacionales, delirio de las letanías... En la entrevista de Prisciliano con el Antigo, nada más enterarse por el doctor Aldobrandini que su cuenta atrás había comenzado, también Leila ofició de gobernanta, como a ella le gustaba llamarse; don Borondón había charlado con Prisciliano de recuerdos comunes de Gina Manfredi y, al final de la entrevista, el anciano quiso contemplar el tatuaje de la fertilidad y de la vida que aquel llevaba en la nalga derecha y Prisciliano inició un divertido desnudamiento o striptís para que don Borondón lo observara con detenimiento de entomólogo por unos segundos prolongadísimos, imagen registrada por

algunos de los presentes y que todos contemplamos después muchas veces y desde muchos ángulos porque se había hecho muy popular, siempre las imágenes con algo de procaz fueron imágenes de éxito y regocijantes. A mi me emocionó particularmente la escena, aquel bello cuerpo del Manfredi ya en el inicio de su decadencia, y lloré con el gesto de Leila Naser, emocionada – al fin y al cabo habían sido amantes un tiempo atrás – cuando cubrió la desnudez de Prisciliano con su capa de seda negra mientras le abrazaba.

Blancadoble Sánchez, con un punto de emoción en su voz, le recordó a Pujol que todas las filmaciones de ese momento se podían ver allí mismo, pues tenía copia de todo lo sucedido aquel verano de las últimas palabras del Antiguo, uno de los atractivos mayores de los fondos documentales de los pabellones que ella coordinaba en el módulo en el que estaban.

- Ya lo sé, y en ocasiones vuelvo sobre ellas. Mas me divierten más, sobre todo, los desarrollos digitales que sobre esas imágenes proliferaron luego, con desenlaces divertidísimos, muchos de ellos procaces, incluso, en los años de la euforia como se dice ahora, cuando la gente pareció enloquecer con el sexo redescubierto como juego. Y creo que don Borondón era una especie de profeta juguetón, o algo así, un cachondo mental sin más. Yo creo que nos provocaba. Yo, al menos, ese verano enloquecí en el naranjal, y creo que aquella marcha me duró los cinco años de mis campeonatos ganados de luchador erótico. Para mi que comenzó todo el día de la muerte de la parejita griega, Constantino y Melina, creo recordar que se llamaban; los encontraron en la playa ahogados y abrazados, y cuando retiraron sus cuerpos en unas angarillas improvisadas que encontraron por allí, pasaron por delante de la plataforma del Antiguo y éste lloró sobre los cuerpos muertos. Se encerró en la plataforma luego, y ya no volvió a pronunciar más palabras. El encierro del Antiguo en la plataforma nos tuvo a todos en vilo durante las últimas semanas de su vida, y cuando nos dio una pista al solicitar catalejos y anteojos de larga vista y pasarse las horas y los días observándonos por el naranjal a todos, comenzamos a organizar para él cabalgatas y espectáculos divertidos al atardecer que parecían interesarle y distraerle pues no cesaba de observarlos. Y luego supimos también que tampoco cesaba de filmarlos. Yo mismo le pasé, por medio o a través de Erik Anderson, con el único que parecía mantener intimidad y contacto, pues se había instalado ya definitivamente en el pino alto frente a la plataforma del Antiguo, le pasé una cámara digital de las más sofisticadas del momento; luego Erik me confirmó que él le había proporcionado más material. Justamente lo que ahora queremos recuperar; por lo que me he prestado con vosotros a esta actividad que me está poniendo como una moto pero que al mismo tiempo me está agotando. Sé, además, que yo estoy en más de una de esas filmaciones. Y tengo o siento cierta morbosa curiosidad.

El colmillo verde del Pujol refulgía. De nuevo en vísperas de otra celebración gozosa, la de la recuperación de las últimas imágenes del Antiguo. Estaban ya despidiéndose para separarse, cuando apareció como una exhalación Fito Naser e hizo estallar una burbuja olorosa, picante y afrutada, que los envolvió a todos en el porche de la casa, en plena despedida. Era una cursilería que se estaba poniendo de moda, como un detalle o un

regalo refinado del visitante, y el Pujol hizo gestos como para apartarse moscas de la cara. “¡Uff, el Naser y sus fragancias tropicales!;A dónde vamos a llegar!”

- No quería pasar por aquí sin entrar a felicitaros a todos, a Pujol y a la Consu y a los vaiveners... Os está quedando perfecto. Y tú, Blancadoble, tienes los salones en todo su esplendor. Y la serie de Caninas Esmeralda, perfecta en su sobriedad.

Carla y Corino estaban fascinados por la burbuja olorosa; pensaron incluso que los enervaba, tal fue la sensación del pronto inesperado. Cuando se repusieron, quisieron aprovechar la ocasión de tener tan cerca al Naser para enriquecer sus registros y le preguntaron si recordaba el verano de la muerte del Antiguo, sobre lo que habían estado tratando.

- ¡Bah, yo era un crío! Debía andar por los 7 u 8 años; las fiestas de los mayores, por entonces, nos parecían una pesadez y un aburrimiento porque en esas fiestas todos se ponían muy tontitos. Además, estábamos en la informatización profunda de la casa de los niños y su integración en las redes de las casas de los niños y en la red Kepler, y no parábamos... No teníamos tiempo para las cosas de los mayores y, por ello, ni nos enteramos de la muerte de don Borondón. Sólo años después la apreciamos, pero yo no la tengo en la memoria casi. Sí recuerdo perfectamente la muerte de Constantino y Melina porque eran el papá y la mamá de Héctor, que se quedó en la casa de los niños con nosotros y nos explicó malamente qué era un papá y una mamá de los antiguos, aunque creo que él tampoco lo tenía muy claro. Así que lo siento mucho, Carla, pero bien poco os puedo ayudar.

Pero Carla insistió.

- Ahora todos conocemos el Naranjal como la casa de Fito Naser, y a todo más como antigua de don Borondón.
- Ya, pero eso vino después, y para mi fue siempre la casa de don Borondón. La empezaron a llamar así cuando la casa de la computadora en su expansión se comió la biblioteca, las agrícolas y las demográficas y todas las dependencias que conformaban la casa del Antiguo, la biblioteca habitada que decían o la casa Borges, como hubo una temporada que se puso de moda llamarla, cuando los primeros intersticios de nomadeo argentinos nos llenaron el Mediterráneo levantino y ponentino de vaiveners ché divertidísimos e imaginativos. Fue la casa de la computadora la que fagocitó, como una ameba, a la casa de don Borondón. Y como yo andaba coordinando desde allí las nuevas redes, pues terminaron diciéndole así, la casa del Fito Naser. Eso no son más que meras letanías a las que sucederán otras letanías nuevas, otros gustos y asociaciones. Pero a lo que venía, que muchas felicitaciones a tod's y hasta mañana. Yo no me pierdo esa fiesta.

Todavía, antes de separarse todos, Fito Naser se dirigió muy simpático a Carla y a Corino.

- Me dice la amanuense contratada que está muy contenta con los registros que le enviáis, que son muy vivaces.

BUENO, PUES ESO. QUE PARECE QUE LES GUSTA cómo está quedando el relato, la cosa. Ese vacío que puede generar transformaciones, desarrollos otros, esa obsesión de supervivencia gozosa. Ya tengo claro que es Fito Naser quien nos ha terminado enredando a todos, comenzando por el mismo Pujol, al que siempre mimó en extremo y al que terminó convenciendo para que se diese sus garbeos por el Caribe, ya de carroza con marcha instalado en los módulos del naranjal. Y yo misma estoy aquí, de amanuense contratada, debido a sus manejos. Con lo que la autonomía que les queda a Carla y a Corino en este episodio es más bien mínima, puro vaiveneo más que autoría propiamente dicha.

Sé que a Fito Naser le gustó mucho mi informe sobre el legado Vincent Carod, el pintor norteño que murió loco en la zona del chiringuito de Eulogio, algo más al sur de lo del Borondón. Vincent Carod no había tenido ningún éxito comercial en vida como artista pintor, entre otras razones porque nunca se lo había propuesto, y en los dos o tres últimos años de su vida había terminado instalándose en una nave del Eulogio que compartía con un gran almacén tecnológico. En la correspondencia del artista con un pariente de su ciudad de origen, entre marchante y administrador de sus bienes allá, Vincent Carod le fue dando una serie de instrucciones sobre las telas que de vez en cuando le hacía llegar, que fueron luego, una vez sistematizadas, la parte del león del legado Vincent Carod. Ya no recuerdo bien por qué, pero fue de recién llegada a aquel intersticio de nomadeo que era el chiringuito de Eulogio cuando me vi metida de lleno en aquel fondo documental y artístico que había que transportar aquí, a la casa del Naranjal, como legado del pintor a la fundación Manfredi-Borondón. A mi me divirtió el asunto; las cartas de Vincent Carod eran de un tono exaltado y vivaz, como a mi me gusta, sobre todo la vivacidad expresiva, con una especie de espíritu de contradicción que lo envolvía todo con un punto paranoico-crítico muy fructífero para la expresión cuando tocaba una de sus obsesiones dominantes, la conversión de su tiempo artístico material, real, en dinero, en “tiempo financiero”, como él escribía. Su pintura era un desparrame total de formas cambiantes y color, y pronto conseguimos una secuencia espléndida de su obra completa que complementó los originales conservados aquí, en el Naranjal. El año anterior a su locura total fue particularmente creativo; con grandes murales que él proyectó decoraron la última ampliación de la bóveda de conciertos del chiringuito de Eulogio, hoy una de las atracciones más apreciadas de aquel lugar. Pero lo importante de mi intervención en el asunto estuvo relacionado –movistar como siempre – con el material literario de Vincent Carod, y debido a mi formación específica de historiadora experta en paleografía o letras difíciles antiguas que hizo que me resultara bastante sencillo descifrar la intrincada grafía del artista pintor; mucho más compleja, por otra parte, que la del mismísimo Felipe II, cuya lectura conocía a la perfección. “Me preocupa que mi tiempo de felicidad y plenitud tenga que venderse”, fue la primera frase que me puso en guardia. “Y quiero defenderme y defender mi creación personal de la injusticia esencial, conceptual, de esa posibilidad que la deja en manos de desaprensivos corsarios financieros”. Me emocionó la lectura de frases como éstas; se me antojaban casi naïf de sencillas en la expresión de una angustia, y ya no paré hasta lograr el informe completo que tanto gustó al Naser, ya por entonces nuestro gran programador. En cartas sucesivas, Vincent Carod fue

redondeando su plan a la vez que aclarando sus reflexiones: “Me acabo de enterar y estoy indignado: una conferencia del banquero X, según su racionalidad económica, no puede darla por menos de mi presupuesto mínimo anual de supervivencia. Y eso es un insulto a mi tiempo de creación plasmado en un objeto que ese señor puede adquirir ya sea por gusto personal o como inversión, como se ha puesto de moda hacer”. Desde la conciencia de su propia valía y de la de sus pinturas y desarrollos plásticos siempre, Vincent Carod comenzó a obsesionarse por la distinción entre su tiempo real de vida y creación y lo que él llamaba su correlativo “tiempo financiero”; hasta el punto de que llegó a considerar prioritario en su quehacer encontrar una posible tabulación justa que le evitara “considerarse un gregario de sistema chorizo”, como había adoptado decir finalmente recurriendo al argot más comprensible para todos los de su entorno en el chiringuito de Eulogio, gente de nomadeo y vaiveners, así como algunos – poco todavía en ese tiempo – apalancados como él. Algunas consideraciones a su pariente y administrador en el norte sobre posibles compradores de sus cuadros, cuando se presentaban, me dieron también pistas interesantes; el hecho de que un cliente fuera hombre de negocios le inquietaba a tal punto que, a pesar de las protestas de su agente, pedía informes del cliente y terminaba redactando unos contratos peculiares que a todos divertían con sus condiciones a simple vista extravagantes o estrafalarias o, cuando menos, divagantes. Decía una de sus instrucciones: “1-30-1000 puede considerarse una escala válida para la sociedad antigua, que llamaban sociedad estamental o del antiguo régimen los historiadores académicos, clave para ensayar un cálculo del tiempo financiero de un individuo, en general, y en uno de esos niveles de la escala uno estaba integrado desde su nacimiento mismo en una sociedad paternalista o patriarcal primitiva y violenta. Hoy es completamente distinto todo, pues ni estamento ni patriarcado interfieren en la escala, y a pesar de ello dicha escala se va proyectando hacia niveles de difícil cálculo, 1-1000-10.000 para simplificar, y considerando el 10.000 a la manera china, o sea, como cifra inmensurable o incalculable. Sé que mi lugar en esta escala debe estar al lado –movistar– o a la par que Velázquez, por ejemplo, por poner un ejemplo que considero claro, pues de este artista ya en vida se sabía que estaba claro que estaba –su tiempo vital y financiero– en la escala 1000 del 1-30-1000. Mi tiempo vital sigue siendo 1 como tiempo financiero, reales ambos, y en la escala actual aquejada de insaciabilidad además, pero en ese lienzo que me dices considera que están encerradas o condensadas mil horas de trabajo intenso de pura creación; es ese tiempo el que debes reflejar, a la hora de fijar un precio a “Los demonios amarillos del otoño”, calculando a escala velazqueña o, por lo menos, de acuerdo con el tiempo financiero del comprador”.

He recogido esta cita algo extensa de mis notas porque, aunque no es la mejor, me pareció de las más sugestivas por su simplicidad. En ella fijaba el tiempo en horas de creación de un cuadro, en este caso “Los demonios amarillos del otoño”, uno de sus lienzos mayores y mejor conseguidos, con centenares de tonalidades que llegaron incluso a ser seriadas por un sofisticado programa digital; y, por otra parte, remitía el cálculo de un precio al tiempo financiero del comprador. Típico de Vincent Carod. En otra de sus cartas le regalaba un cuadro a su corresponsal, pero con una suerte de “contrato de regalo”; en el caso de que lo quisiera vender a un financiero u hombre de negocios, debía calcularle un

tiempo financiero de 50 horas según la escala óptima del comprador, más un plus o mejoramiento de cómo mínimo un tercio o un medio más de prima mágica pues era un cuadro del que se sentía particularmente satisfecho por estar muy logrado. Con todo aquel material literario fragmentario y disperso del artista pintor Vincent Carod elaboré el informe que tanto gustó a Fito Naser; lo abría con una de las afirmaciones emocionantes que de vez en cuando se le escapaban como obsesión dominante o paranoico-crítica, que dirían después, o como obsesión sin más: “No quiero ser gregario de un sistema que me desprecia”. Fito me dijo luego que mi informe le fue muy útil; las obsesiones de Vincent Carod que yo había sistematizado, mejor; le fue muy útil a la hora de elaborar los “contratos de regalo”, como se decía, del trío calaveras, el Campanu, el Titán y el Chau Mao, junto con la donación general a la fundación Manfredi-Borondón de la obra del pintor que hizo poco antes de volverse loco Vincent Carod. Pero esa es otra historia.

Eso es. Muy bien. Así está mejor. Carla Canon y Corino de Sofala agradecen a la amanuense contratada estas precisiones que les aclara mucho el alcance simbólico del laberinto en el que se encuentran metidos de hoz y coz. Gracias, Esther.

LA GRAN LUNA DE JUNIO que a todos había convocado y reunido allí para la fiesta del cange no defraudó a nadie. Las maestranzas de Cavernícolas consiguieron un preciso desmontaje de la fuente, cuyos elementos apilaron como escenografía o decorado del escenario principal del inicio de la fiesta, la fosa circular expedita en la que reposaban los restos del Antiguo tal y como habían quedado cuando éste había pulsado el botón de descenso a bajo tierra. Había estado la gente merendando y cenando por las diferentes acampadas, y tras el orto lunar – ese camino de luz en el mar que siempre conduce a ti mismo, como había dicho alguien – la gente se fue dirigiendo poco a poco hacia la explanada de la fiesta. Algunos pudieron asomarse a la fosa, a donde habían descendido Fito, Carla Canon y Corino con algunos técnicos más, pero la mayoría siguió el registro e inventario de la fosa por las grandes pantallas que se habían instalado aquí y allá. Se hizo un silencio expectante, casi sagrado, en el momento en que las cámaras recogieron el esqueleto de don Borondón, vestido con la túnica musulma blanca y con el índice apoyado en el botón de mandos todavía: fue el momento más emocionante de la fiesta. Sergei de Spalato explicó luego que esa espléndida conservación se consiguió con unas canalizaciones de gases consolidantes que Pinto Godinho había diseñado y programado como uno de los mecanismos esenciales para dicha conservación, y el único problema técnico que les preocupaba era si los gases consolidantes habrían podido dañar las películas y grabaciones. Porque éstas existían, y en abundancia.

Casi una hora se pasaron los diferentes equipos inventariando, recogiendo el material audiovisual que el Babilónico había conservado en un armarito próximo al trono-retrete, se veía a las claras que bien a mano, y alineando frente a dicho trono las diez Caninas Esmeralda que hasta ese momento habían estado expuestas en los salones de la Blancadoble del módulo del Pujol. Cuando salieron todos de la fosa, los Cavernícolas de la maestranza de las grúas bajaron en suspensión desde lo alto de la escenografía de la fuente la losa que sellaba el hueco circular, como un gran tapón a rosca, cuyo manejo

creó una espectacular danza de grúas. Una vez sellado el recinto –tapón que luego sería fondo de fuente – sobre la superficie circular y muy pulida, como pista de circo, durante diez minutos hubo espectáculo de lucha erótica y luego todo el mundo se dirigió hacia el escenario principal de la explanada, en donde iba a comenzar el concierto y los diferentes espectáculos que habían ideado para la celebración. En el cenit lunar, Chau Mao elevó, una vez más, la fiesta hasta el delirio, y cuando la luna había recorrido gran parte del cielo del Naranjal aparecieron en las pantallas las primeras filmaciones del Antiguo, mejor, las primeras muestras de las últimas filmaciones de don Borondón.

Pujol y Consu se habían trasladado al principio de la tarde al mirador de los Cantamañanas más próximo a la fosa del Antiguo, aún cubierta por una gran lona amarilla, completamente expedita ya para la exploración. Las maestranzas de Cavernícolas habían trabajado con extrema precisión y estaban finalizando la distribución de las piezas desmontadas de la fuente monumental que cubría la fosa funeraria – aunque todos se esforzaron porque se disimulase lo más posible, algo de funerario o macabro había en el ambiente – y dos o tres docenas de grúas a diferentes alturas, con las diferentes piezas del mecano desmontado, perfectamente sincronizadas, simulaban un telón escenográfico tridimensional y multicolor, con la gran pista blanca circular que había de servir de tapón o sello del foso abierto, en el centro del conjunto monumental móvil. Era una belleza aquella danza singular de grúas y Pujol y Consu no se perdieron detalle desde su mirador, al lado del pino alto que había ocupado Erik Anderson, ya árbol centenario, testigo vivo aunque mudo de las últimas semanas y días de vida del Antiguo. Vaiveners que había enviado Fito Naser a Consu y a Pujol les habían acompañado al mirador en una góndola ceremonial descapotable para que disfrutaran mejor del ambiente. Carla y Corino estaban muy liad's con los preparativos de la acción, con lo que no podían estar con la pareja de carrozas, y una vaivenera rubicunda y fortachona muy elegante – se llamaba Lamia, y decía su nombre con una gran dulzura – había transportado a la Consu, menudita y vestida de blanco, en un transportín de tirantes, como si fuera una bebé, allí suspendida sobre sus pechos. Chau Mao el cantante no había querido perderse aquella fiesta y había acompañado al mirador a Consu y Pujol, después de darse un recorrido por el montaje de los salones de la Blancadoble y admirar las Caninas Esmeralda cuando las embalaban para su transporte a la fosa del Antiguo. En el mirador de los Cantamañanas contiguo al que ocupaban Pujol y sus acompañantes, tenían instalado el laboratorio en el que debían tratar los materiales audiovisuales que encontraran en la fosa, y Fito Naser había aparecido también por allí para supervisar algunos detalles en los que tenía particular interés, como el hecho de que pudieran visionar, como decían los técnicos, al menos los fragmentos más sencillos de tratar o los menos delicados. También al Pujol se le notaba impaciente ante las filmaciones; por ello había insistido en estar lo más cerca posible del lugar del milagro.

Ya se había creado toda una rumorología en torno a las últimas filmaciones del Antiguo, y Segei de Spalato había contribuido no poco a ello con las conferencias y tertulias que le fueron pidiendo de aquí y de allá. En una de sus disertaciones sobre las características tecnológicas de la plataforma circular giratoria de don Borondón, dejó claro que la instalación musical mimada intalada al gusto del Antiguo conservaba memoria de todos los registros emitidos, y que tenía recursos técnicos muy sencillos para que Borondón pudiera sincronizarla con la grabación de imágenes, pues tenía sofisticados enlaces entre auriculares, megafonía y grabaciones. Un día, incluso, o una noche, mejor, porque le

elaboraron toda una puesta en escena para la audición, reconstruyó en la explanada el concierto de la luna de don Borondón, como le decían, la música que el Antiguo hizo escuchar a todos los presentes a la hora de su muerte; los acordes de Bob Marley y la voz de Violeta Parra, los fragmentos de Pink Floyd y aquel final terrible del alarido de “child in time” de Deep Purple que sobrecogió a todos cuando el Antiguo pulsaba el botón de descenso a bajo tierra. El momento en el que todo se había congelado en el tiempo, justo hasta esa noche misma de la gran luna de junio, previa a la luna de don Borondón, de más de medio siglo después. Nuevamente las letanías de letanías y el sueño recomponedor.

Esta amanuense contratada – la historiadora astur-moldava Esther, ya que Carla y Corino han querido que quedara registrado mi nombre, carroza con marcha en el observatorio del zoo de una gran ciudad esteparia, del interior – esta amanuense contratada está intuyendo, estoy intuyendo, reitero, que éste es su último relato. Aún no me asedia la desgana, salvo en algunos ataques esporádicos aún muy distanciados el uno del otro, pero la experiencia de la escritura sobre el tiempo de vidas ajenas y con frecuencia de gente desaparecida a la que quiere evocar a la luz de los registros conservados, le va susurrando, no pocas veces en el sueño, que se está aproximando esa nueva realidad personal. Es emocionante – el tiempo de la desgana – emocionante como toda nueva realidad que suele llegar sin que nada en verdad sepamos de ella sino por referencias literarias u otras. Una de las lecciones aprendidas es que hay que intentar por todos los medios que la curiosidad no se malogre, pues es motor principal de las ganas de seguir adelante, en el límite las ganas de seguir con vida. Corino, a pesar de su juventud, se ha mostrado a lo largo de este relato como un chaval de enviable lucidez.

- Gracias, Esther, meditaré sobre ello. Y gracias también por tus interpolaciones, siempre esclarecedoras al menos para mí.

La autoría de un texto literario o audiovisual es cada vez más compleja. Como es natural, priman las fuentes utilizadas, el diseño del relato mismo y la experiencia o ser del narrador. La complejidad aumenta a medida que el narrador mismo se va disolviendo en la realidad del relato. Por ello, una de las claves de estos relatos del paraíso de las islas está en l’amanuenses mismos, en su habilidad para desvelar posibles anonimatos que se puedan ir generando y dar todas las pistas para que el secteto se convierta en casa de cristal, en cada vez más <luz, más luz>, que dijera algún moribundo ilustre, ya no recuerdo si sordo o no. Porque a la hora de experimentar, hora siempre saludable, debe uno o una atenerse a alguna regla o verdad simple y liminar, como es para mí, mujer de la frontera, que el paraíso de las islas nace de la consideración del secteto como único pecado concebible, puesto que estuvo en la raíz de todas las dominaciones de los unos sobre los otros, durante el reino de la violencia patriarcal monárquica, por intentar decirlo de manera comprensible, que cada vez lo es menos por otra parte. Siento una gran placidez al descubrir líneas maestras del relato, el sabio dicho de “no son los tiempos uno”, y por ello me fascina más que me inquieta la

amenaza próxima de la desgana personal. Siento que mi edad de oro personal e intransferible está pasando ya, y sólo se mantiene por el hecho de ponerla al servicio de otras <edad de oro> patentes y muy hermosas, en este caso y principalmente para mí –son mis enlaces – Carla Canon y Corino de Sofala, vaiveners a punto de su edad adulta. Y esa placidez me embarga y emociona. Mas debo seguir, coronar, ensayar un final, siempre nuevo arranque o principio, cabos sueltos de hilos de trama que hay que tramar y destramar, maestros.

LA PRIMERA FILMACIÓN QUE CONSIGUIERON RESCATAR en el improvisado laboratorio del mirador de los Cantamañanas les transmitió a todos los presentes una gran paz. Era el amanecer del último día de vida del Antiguo; la cámara fija sobre el horizonte marino, la escena se iba aclarando poco a poco con un despliegue espectacular de nubes de paso y de tonalidades o tornasoles cambiantes hasta la irrupción magnífica del sol. Como introducción sólo aparecía la fecha de filmación, y luego surgía la música y la voz del Antiguo, levísima, decía algo así como “Música de Misián – eso parecía decir, Misián – y filmación en homenaje a Chu-Dávila que filmó en Formentera el amanecer del milenio nuevo y ya nunca pudo dejar de ser artrista de la luz”. Y luego, sólo música y alba, amanecer y orto solar durante casi una hora. Al final, de nuevo la voz en of del Antiguo, con una sola frase lenta y desgana: “Despertad de nuevo al nuevo amanecer”. Y nada más. Todos estaban emocionados y el Fito reaccionó de inmediato.

- Carla, avisa a Chau Mao: ya hay material disponible. Que anuncie la última fase de la fiesta del cange.

En cinco minutos, el Chau Mao estaba en lo alto del escenario principal. Había puesto como motos durante un par de horas a la gente y estaba, en un anexo del escenario, tomándose unos pinchos y unas birras cuando le avisó la Carla Canon. Se echó un capote rojo chillón fosforescente por encima de los hombres y se encaramó con una pirueta en el centro del escenario.

- ¡Atención tod’s! ¡Comienza el milagro! La primera de las últimas pelis del Antiguo está lista y se titula “Despertad de nuevo al nuevo amanecer”. Carla Canon os la presenta

Se apagaron las luces ambientales y se encendieron todas las pantallas. La Carla Canon anunció la peli: “Dura unos tres cuartos de hora y don Borondón dice en ella que tiene música de Missian y que es una peli en honor de Chu-Dávila que filmó en Formentera, una isla ponentina, el amanecer de un nuevo milenio y ya nunca pudo dejar de ser artista de la luz. Es lenta pero hermosísima y os aseguro que os puede emocionar. Estreno absoluto, chics, primera visión”. Y todas las pantallas se reactivaron al unísono con el alba y amanecer del último día de la vida del Antiguo, antes de que la luna llena de junio terminara de ocultarse por la colina del Naranjal. Hubo para todos los gustos. A alguna gente le dio por llorar o meditar extáticos, y a otra gente de sensibilidad menos sofisticada les dio por hacerse el amor en parejas y hasta en grupos, aunque los menos. Era un encantamiento o un milagro, como había anunciado el Chau Mao, que se había tendido cuan largo era en el escenario, entre los instrumentos musicales d su grupo, cubierto por el capote rojo fosforescente y sin perderse detalle de aquel amanecer,

último que don Borondón contemplara en este mundo con el que sabía que iba a seguir comunicado. El milagro anunciado, la magia de la comunicación posible y esencial.

Los dedos rosados de la aurora o la del alba sería... Cuando terminó la peli del Antiguo con sus palabras lentas y claramente reales, de ultratumba como decían los góticos, “despertad de nuevo al nuevo amanecer” comenzaba de nuevo el amanecer. En el tiempo real, la edad de oro de cada cual, y mucha gente aún afirma hoy que fue un amanecer idéntico al de la filmación del Antiguo. Son o serán leyendas del paraíso de las islas, como las antiguas leyendas urbanas que decían, pero en más extremadas si cabe, por eso de la fluidez de la comunicación que neutraliza los mecanismos clientelares de la exclusión. Mitos y leyendas del paraíso de las islas, letanías.

Pujol no paró hasta que no consiguió ver todas las filmaciones recuperadas del Antiguo. Consu se mostraba divertida ante la nueva vitalidad del carroza que ya era el antiguo Pujolito, y animaba a Carla Canon a no cerrar el asunto. “Tiradle de la lengua, Carla. Al muy cabrón”. Habían conseguido recuperar muy bien un ochenta por ciento del material, y el veinte por ciento restante necesitaba ser enviado a Spalato por problemas técnicos que sólo allí podían resolver, en el museo de la tecnología no lineal, o algo así, que le decían los especialistas arqueólogos del pre-digital. Las eternas letanías si no jergas. Fito Naser asignó una copia de todo el material para el fondo de los salones de la Blancadoble y el Pujol se quedó satisfecho. Como intuía con fuerza o sabía, en fin, él era uno de los protagonistas de aquellos registros, y la Entrambosaires I no paraba de reirle sus arranques de reticencia ante algunas piezas fílmicas.

- Cuando supimos que don Borondón ya no iba a abandonar la plataforma, su trono-retrete diseño del Pinto Godinho tan cómodo y polivalente, nos apenó; pero pronto vimos que el Antiguo nos perseguía por el Naranjal con sus catalejos y aparatos ópticos, casi a todas horas, incluso cuando elevaba la plataforma y echaba todas las lonas. Creo que sobre todo en esos momentos era cuando más nos espiaba. Seguía siendo un guasón. Se nos ocurrió organizarle desfiles al principio, y pareció gustarle la idea pues elevaba la plataforma a lo más alto y acomodado en su trono-retrete nos observaba y, ya lo véis, nos filmaba también e incluso nos comentaba, cuando más humor tenía, como si estuviera narrando un espectáculo deportivo o una fiesta. A la larga, esas son las verdaderas últimas palabras del Antiguo. Casi, casi, me atrevería a decir, su testamento vital, así como suena, su última y magna obra maestra de vitalidad. Luego me di cuenta de que algunas tardes, mientras andábamos por el Naranjal o por la playa de cachondeo, o de juegos amorosos, don Borondón desde lo alto de la plataforma nos observaba. En alguna ocasión yo le hacía algún gesto, como cuadrarme en dirección suya o dar una volterea antes de saludarle, y me pareció que en la mayoría de las ocasiones me devolvía el saludo con algún guiño, incluso con un espejito en un par o tres de ocasiones. Eso me animó a hacer locuras para él, me ponía muchísimo sentirme observado por el Antiguo, a quien quería más que a mi padre Hamuín o que a Prisciliano Manfredi, no sé porqué, casi tanto como a mi madre Montse o a ti, Consu, por entonces, aunque nos viéramos poco, todavía mi Titina más querida... - La Consu le sonrió a Pujol, pero por lo bajo le dijo a Carla Canon, allí a su lado, “Ya verás, ya verás. ¡El muy cabrón!”. Pujol estaba encantado con sus recuerdos y ni se enteró del juego de la Consu. Siguió: - Cada vez que me enamoraba, y había días que me

enamoraba dos o tres veces, aunque esos días eran cada vez menos ya, me acercaba con mi nueva amada a alguno de los altozanos del entrono de la plataforma desde donde podía comunicarme mejor con el viejo mirón amado, y allí jugábamos un rato para él, sobre todo si a mi colega le gustaba también verse observada por el Antiguo. Porque, eso sí, yo siempre se lo decía, me parecía que era lo legal, aunque el hecho de que nos observara el viejo fuera sólo una posibilidad o un constructo paranoico mío y personal, una arista más de mi edad de oro un poco desparramada por entonces.

Pujol se quedó un rato mudo, como extasiado, pero nadie, ni siquiera Consu, rechistó. Estaban en la sala de visionados de los salones de la Blancadoble esperando la última remesa del material recuperado de las pelis del Antiguo, y la Consu suspendida de los tirantes tensores de Lamia, de la que no se había querido separar desde la noche de la fiesta del cange, más de una semana atrás, pues decía que era una vaivenera comodísima; como a Lamia no la molestaba nada una mochila pectoral tan ligerita, fortachona como ella era, se acoplaron a la perfección. Y allí estaban, la trono-Lamia y la Entrambosaires I diminuta, al lado de la Carla Canon, esperando que se terminara de explicar el redivivo Pujolito.

- Hoy creo que puedo decir que lo mejor de mis trucos en los combates eróticos los ideé para don Borondón. No era lo mismo, claro. En los combates eróticos hay reglas, aunque sean mínimas, como el no despojarse de las mallas o el traje que corresponda al programa. Pero en las acciones no sucedía así, tanto en las fiestas y cabalgatas como en más íntimas y particulares, si es que el Antiguo las seguía, que de estas últimas no lo sabíamos a las claras aunque ahora veamos confirmado que sí. Al principio, en realidad, fueron acciones muy espontáneas, como ya vimos algunas, yo le hacía saludos y monerías un rato, hasta que me cansaba, y luego me iba a corretear por ahí o a bañarme, si andaba por la playa. Luego, cuando comencé a jugar con alguna enamorada para él, sobre todo si a ella le ponía también, podíamos llegar a lo que fuera en el sexo y hasta a desnudarnos, ya olvidados o al menos inconscientes de ello, de que el Antiguo nos podía estar observando. Sobre todo si estaba con las lonas echadas, que solía suceder. Y ahora siento que en esos casos precisamente, cuando más deshinibidos andábamos, era cuando el Antiguo podía captar, y él había de saberlo, la vida en su más espontánea belleza, la belleza inconsciente. – Hizo una breve pausa Pujol. – Don Borondón fue mi auténtico maestro. Por eso quiero que mi Canina Esmeralda verdadera se quede a su lado para todo el para siempre posible. Titina, te quiero.

Aquello sonó como un disparo. A la Entrambosaires I se le escapó un suspiro. Lamia y la Carla casi lloraban, y en ese momento llegó el vaivenero con las pelis que estaban esperando, y una nota escueta de Fito Naser: “Pujolito, eres el más grande”. Y nada más.

DEFINITIVAMENTE, este va a ser el último relato al que me comprometa ese usurero de los antiguos que es el Fito Naser. Siempre tiene que andar por ahí metiendo el rabo, el muy mariquita linda. Es que tiene, como todos y todas que se le parecen, un temperamento empático – un carácter – que no se puede aguantar en cuanto te das cuenta de ello. Es como si te sintieras utilizada, una

vez más, y una que fue de frontera en frontera rebotada ya no puede soportar que nadie la quiera manejar desde un centro. Creo que habría que revisar todas las Centrales, desde la central de Cavernícolas a la central de Vaiveners o la mismísima central de la Red Kepler, que ya nos puede parecer demasiado centralizada. En fin, rebotes que de vez en cuando una se agarra, y que quiere decir que tiene que irse a dormir, al descanso recomponedor.

Sueño reparador, cuerpo restaurado. Carla y Corino han venido a visitarme con sus registros últimos y para despedirse. Tenían ganas de conocerme personalmente, y aquí en el Observatorio del Zoo, después de ver algunas de las pelis rescatadas, charlamos un rato y se fueron de nuevo para sus lugares de origen, pues quieren este otoño volver a sus últimos estudios, Carla de perfil gestor y Corino de perfil más tecnológico, con planes amplios para después. Me emocionó su ilusión: tienen proyectos. Yo, por mi parte, me retiro a un tramo de costa norteña y cálida, más dulce de llevar que esta aridez esteparia demasiado manipulada para que aún siga habitable y pueda conservar algo de su antiguo esplendor, como el entorno mismo de este Observatorio del Zoo desde el que me despido. Salud.

FINAL

Somos el grupo Yamamoto original de nuevo, como habíamos convenido en llamarnos. Como habíamos convenido también, nos reunimos de nuevo en la Casa del Naranja – así, al gusto de Salvo – y vamos a cerrar aquí la “agrupación para trabajo de curso”, que luego derivó en “agrupación de viaje de verano”, y se convirtió para todos –Tip y Carla, Corino y Salvo, y Yamamoto – en viaje de conocimiento y de contactos prolongado, con resultado de gran fiesta / congreso final de y ahora qué. Letanía de letanías.

Yamamoto, la Manga – como le dicen ahora en muchos sitios, o Catalina, como le siguió diciendo Pujol en cuanto la vio de nuevo – recupera de nuevo el asunto que nos había conragado a 5 chics. Le encantó el resultado, con las interpolaciones de Esther, e incluso concluyó, con la seguridad que la caracteriza, que la mano de Esther la notaba incluso en algunos momentos del inicio – tan desconcertante en principio para quien se enfrentara sin conocimientos previos en el laberinto del texto – del inicio del trabajo del primer amanuense contratado al que sustituyera. Cuando se dispersó el equipo Yamamoto, cada cual volvió a su “centro” de origen para acreditar sus experiencias del viaje de conocimiento y de contactos: se había prolongado algo más de lo habitual éste, pero para todos había sido muy fructífero, dado el material de registros generado y manejado. Una nueva normalidad iba a comenzar para 5 chics: se prepararon para una nueva hoja de ruta para el otoño siguiente.

Yamamoto se quedó unos días con Pujol y Consu antes de volver a Ibiza, en donde había dejado abiertos algunos compromisos nuevos que la ilusionaban, pues le abrían puertas hacia una faceta suya que no había percibido hasta entonces, relacionada bastante explícitamente con el espectáculo artístico. Se quería dejar llevar un tiempo por su ramalzo exhibicionista recién descubierto, que fascinaba a todos y también a ella misma, pero antes quería llegar a captar del Pujol alguna formulación global de su experiencia acumulada que tuviera a bien dedicarle.

Cuando los salones de la Blancadoble y los módulos de Pujol y Consu se quedaron más tranquilos, después de la fiesta del cange, Pujol volvió a su ala del taller y la Consu lo acompañó casi todos los días, que aprovechó para hacer ejercicio en el gimnasio de los espejos, antes de que Lamia la recogiera para llevarla por ahí, a dar un paseo. Yamamoto se quedó en uno de los barracones con jardín zen para invitados y gente de paso, pero iba a encontrarse con Consu y Pujol desde la mañana temprano, a veces hacía gimnasia con ellos en lo de los espejos, y un día hasta se quedó a dormir con ellos en aquella cama gigantesca del Pujol. La enterció mucho verlos dormidos, la Consu hecha un ovillo y el Pujol alojándola entre sus brazos como si fuera una muñeca de peluche. La mayor parte de la mañana y de la tarde se la pasaban en la sala de visionado, enredados con las pelis del Antiguo. Los dos primeros días Consu les acompañó todo el tiempo, mas al tercer día no aguantaba más de media hora, de vez en cuando y al azar, y el resto del tiempo se iba con Lamia a dar una vuelta o a cacharrear por la cocina y el gallinero y huerto del ala de su casa. Pujol comenzaba sus sesiones a diario con un rato del amanecer del último día de don Borondón, y luego pasaba y repasaba el resto de las cintas e iba acotando en un seleccionador los fragmentos que más le satisfacían, e incluso los glosaba. Yamamoto estaba contenta e impresionada. Le gustaba sentarse en la sala que utilizaba Pujol, de pantalla mediana para ver a media distancia, a su lado, y procuraba no interferir demasiado en los comentarios que éste de vez en cuando intercalaba –y que ella registraba a su vez convenientemente – y en más de una ocasión se emocionó, muchas veces con el sólo paso de las imágenes ante un silencio casi religioso del viejo, sobre todo si Borondón había incorporado algún fragmento musical. Las imágenes, la música y el silencio, en pocas ocasiones las palabras. Y las palabras, aunque pocas, eran las verdaderas últimas palabras del Antiguo.

Al final de una de las filmaciones de gente por la playa, en barridos lentos a los que había incorporado una música de chirimías orientales, la cámara se había fijado en un fragmento de paisaje arenoso acotado por un potente zoom en el que había dunas de crestas onduladas que creaban un bello juego de zonas en sombra y zonas muy iluminadas por el sol. Allí se detuvo el teleobjetivo como media hora absolutamente fija la cámara, inmóvil. Sólo una persona irreconocible atravesó la escena en esa media hora, su sombra muy alargada hacia el mar, pues era atardecer tardío. Luego se interrumpía la filmación y se oía la voz del Antiguo: “La duna, un estilo”. A continuación recomenzaba la imagen de nuevo con la cámara fija sobre el mismo fragmento de paisaje de dunas, pero al amanecer; se podía tardar en reconocer la imagen, pues las sombras y las luces eran justo las inversas de la anterior imagen del atardecer. El Antiguo, además, había utilizado un truco fotográfico que luego pudimos calcular con exactitud: cada diez minutos había dejado una exposición de dos segundos, con lo que en tres minutos que duraba ese fragmento la faz iluminada y la faz en sombra del paisaje de dunas se había invertido casi por completo, en un movimiento continuo de bella exactitud visual. A Yamamoto le fascinó aquel potente fragmento, y más cuando descubrió que, aquí y allá, al final de algunas filmaciones, sobre todo de las más animadas de gente, don Borondón había vuelto a repetir el experimento visual con diferentes medidas, aunque siempre en la misma franja horaria aproximada, de 7 de la mañana o algo antes a casi las diez de la noche, unas 15 horas de luz sobre el paisaje de dunas. Al más extenso de estos ensayos, de un cuarto de hora – una exposición de diez segundos cada diez minutos debió ser la ratio utilizada – don Borondón lo había animado con música de chirimías orientales de nuevo, y al final, con un fundido en

negro, había añadido con voz lenta: “Idea significaba lo que se ve con los ojos... Idea es lo que se ve...” Y sobre el fundido negro una misteriosa cifra: 11-11-07.

Yamamoto se llevó consigo, de vuelta a Ibiza, todos los registros de la serie “La Duna”, y los utilizó profusamente como plantilla de muchas de sus acciones artísticas de aquel otoño. Estaba claro que era una serie condenada a ser muy popular en los intersticios de nomadeo más animados, tanto o más incluso que el último amanecer del Antiguo. En fin. El destino. Reiteraciones de la forma elemental, esencial. La Idea.

La víspera de la partida de Yamamoto, Consu quiso invitar a cenar a su cocina a quienes aún quedaban por allí rezagad’s; poca gente ya, pues Sergei de Spalato también se había ido. No así el Cocinero Malayo, que se encontraba muy bien en la casa del naranjal y aún no tenía ganas de irse a otra parte. Tenía a todos los módulos con gallinero sobresaltados y Consu le llamaba, entre bromas, el asesino del gallinero, el gran raposo. El Gran Raposu, como escribiría el Salvo. Por supuesto que cuando se enteró de la cena de la Consu, se brindó para prepararla.

Toda la mañana y toda la tarde se las pasó Yamamoto con Pujol en la sala de visionado de pantalla mediana con los pases de los fragmentos predilectos de Pujol. Sólo ante uno de ellos éste se había mostrado reticente, no sabía incluso si tenía derecho a pedir destruirlo, tal era su reticencia, hasta el límite de la vergüenza ajena: “Eso es, Catalina, me da vergüenza”. Yamamoto le convenció, finalmente, de la fuerza de su belleza y le dijo, además, que era uno de los que más la habían impresionado, con más de media docena de sobresaltos. Realmente era el más procaz, de sexo explícito y en ocasiones chabacano, pero lo salvaba –y Yamamoto se lo explicó convincente a Pujol, que al final hizo titilar su Canina Esmeralda para ella – lo salvaba la espontaneidad entre candorosa y canalla del aún joven del colmillo verde, el eterno Pujolito. “Ya no te perteneces”, había sentenciado al final la Manga. Pujol se quedó unos segundos silencioso y luego, en la pantalla el último amanecer del Antiguo, comenzó a narrarle a Yamamoto lo que recordaba del día de aquella filmación de don Borondón que en principio le disgustara.

- Recuerdo perfectamente ese día porque fue el de la llegada a la casa de don Borondón de Nico la americana. O la anglo-colombiana, como nunca se cansaba de remachar, un pequeña fijación que tenía. Eran los primeros días del verano y yo a Nico hacía mucho tiempo que no la veía, aunque habíamos mantenido correspondencia ocasional pero recurrente. Le agradecía que hubiera dado título a mi relato “¡Polvo dorado, Pujolito”, que le había dado a leer recién escrito, y siempre la recordaré con amor, del caliente, por ser mi última amante en la casa de mi madre Montse, en la casa del huertito de almendros de mi infancia. Debía tener unos veinte años por entonces y estaba buenísima, como se decía, de senos o tetas espectaculares y nalgas o culo que parecía levitar cuando lo bamboleaba. No te rías, porque era el gusto de entonces, al menos para mí, que de eso sabía cantidad aunque fuera un crío. La Nico llegaba ese día y yo había quedado citado con ella, cerca de la zona de dunas, en un campito resguardado de la playa por unos matorrales frondosos y algunos pinos. El campito se conserva aún hoy, aunque está ya bastante encajonado por los nuevos módulos y barracones tecnológicos, ahí debajo de donde está instalada la Flor Solar, y a veces me voy dando un paseo hasta allá para hacer pierna. Quedé allí con Nico la americana

porque era un lugar que a mi me gustaba para estar tranquilo y porque, además, había descubierto que se veía perfectamente desde la plataforma del Antiguo y a veces le saludaba desde allí y sentía que me devolvía el saludo en ocasiones, lo que me llenaba de una extraña alegría y casi me excitaba. Recuerdo que llegué un rato antes – la Nico se perdió y hubo de recurrir a un localizador, que por entonces comenzaba a usarse mucho – y me entretuve haciendo cabriolas para el Antiguo, pues tenía la plataforma en alto con las lonas plegadas y enfocaba con su catalejo en dirección al campito y a las dunas, en dirección a donde yo estaba. Me acaloré con las cabriolas –volteretas, el pino, cosas así – y me quité la camiseta de tirantes que llevaba y los serueles, de suerte que me quedé en bañador. Seguí con las volteretas y revolcones por allí, cuando llegó la Nico y me pilló en pleno éxtasis esibicionista... Bueno, lo que se ve en la peli, Catalina, qué te voy a contar.

Yamamoto sugirió poner en pantalla ese fragmento y Pujol, tras alguna vacilación, accedió a ello.

- Eso sí, quiero hacerte una advertencia o aclaración, Catalina. Cuando llegó la Nico... Eso, sí... llegó preciosa con un pijama de lamé plateado cortito y ajustado parecido al que yo le recordaba de la última vez que nos viéramos en Ibiza, y con una guitarra. La muy cuca, todo un guiño a nuestro último encuentro, lo menos veinte años atrás. Pero a lo que iba. Nada más llegar la Nico, y después de algunos abrazos y bromas sobre nuestros atuendos respectivos, mi bañador y su mini-lamé, le conté lo del Antiguo en la plataforma y cómo podía estar observándonos, y se la presenté con la mímica más expresiva que pude imaginar, y luego comencé a tontear con ella, pues también a ella la excitaba aquel juego erótico ante los ojos del viejo. En un momento nos dimos cuenta de que don Borondón había hecho desplegar las lonas: supusimos que se había cansado de nuestras chiquilladas, y nos olvidamos de él, de su presencia virtual, de alguna manera, y nos pusimos a follar como salvajes. Además, y era una novedad para mí, la Nico gritaba en el momento álgido del orgasmo y eso, de siempre, me había puesto como una moto. En fin, y esta es la advertencia que te quería hacer, para nada teníamos en la cabeza ni yo ni la Nico que el viejo nos estuviera observando y, menos aún, que nos estuviera registrando en imágenes. Es como una resurrección.

Pujol se quedó callado; se le notaba emocionado, mientras en la pantalla, con música minimalista desecuciada, por decirlo de alguna manera, la Nico y el Pujolito jadeaban haciéndose perrerías. “Es esa inconsciencia liminar lo esencial de su belleza”, le musitó Yamamoto al oído, y el Pujol se soltó a llorar.

Yamamoto se dio cuenta de que su experimento personal había terminado. No debía tensar más la cuerda del arco, debía ser piadosa. Se llevó a Pujol al hamam y le dio un masaje jabonoso que lo dejó como nuevo y ambos se fueron luego a preparar para la cena. Yamamoto sonreía cuando puso en orden todos sus registros y los acopló a su traje de guerra preferido, todo negro a lo cat-woman, ajustado a su cuerpo como un guante y con la espalda al aire. Diadema, gafas, collar, pulsera y anillo de grandes esmeraldas con minicámaras digitales y cinturón y botos receptores de datos con diminutas motitas destelleantes y fosforescentes. Su traje de más gala.

En torno a la gran mesa de la cocina de la Consu, en una cabecera ella y a su lado Lamia, Pujol en la otra cabecera y a su lado Yamamoto, elegantísima y obsequiosa, al quite, la cena transcurrió tranquila y afable. El Cocinero Malayo les preparó uno de sus últimos descubrimientos culinarios, gallina en pepitoria, un hallazgo regional para él que a todos hizo sonreír y a Yamamoto causó extrañeza. Pero estaba muy buena la gallina, o las gallinas, mejor, pues eran lo menos una docena de comensales, alguna gente técnica y vaiveners rezagad's. Yamamoto no mostró ningún interés en las presentaciones y cubría de atenciones al Pujol, también muy elegante con una túnica musulma anaranjada, pero algo alicaído. Al final de la cena apareció Fito Naser por la cocina de la Consu muy contento y los envolvió en una burbuja de aroma tirando a pachulino que a Pujol le dio tos y risa; a Yamamoto no pareció gustarle demasiado porque, mientras decía “prefiero las burbujas de colores”, se sacó de la bota una polvera y sopló sobre el Naser su contenido envolviéndole en un aura exageradísima amarilla y verde de lo más cursi. Al Fito Naser le entró la risa.

Yamamoto aprovechó la ocasión para abordar a Fito Naser, con quien no había coincidido nunca antes, hasta esa cena en casa de la Consu, y le explicó el mecanismo de las polveras de color refulgente, una novedad tecnológica de las insustanciales que tanto divertían a los snobs, tal las burbujas de olor con las que le gustaba vacilarle a la gente a Fito Naser; al parecer eran unos polvos neutrónicos que se adherían al receptor del soplillo según temperatura y exhudoración y adquirirían coloración e iridiscencia según las diferentes personas, más contrastadas y potentes en la gente más joven. Pero terminadas las explicaciones técnicas a un Fito levemente aureoleado en tonos verdes y amarillos fosforito, le espetó la Manga:

- El fallo máximo de tu sistema, Fito, desde mi visión del asunto, es que se pretende sucedáneo de la vieja Providencia de los occidentales, de alguna manera divinizada en las religiones clásicas mediterráneas. Para mi, oriental al fin, me resulta incomprensible.

Fito se quedó con la boca abierta. Pujol se dio cuenta y le hizo gracia: “A que no te lo esperabas, ¿eh, Fito? ¡Chúpate esa de la Catalina!” Fito era rápido y reaccionó al fin.

- Te puedo asegurar que no tengo un sistema específico, sólo facilitar.
- ¡Já, facilitar! Manipular, diría yo. Tu sistema de intersticios de nomadeo está haciendo aguas por todas partes, pura infiltración.
- Pues de eso es de lo que se trata, ¿no?

Terminaron riéndose todos del gesto de la Manga, sorprendida, pero que terminó riéndose con todos.

Y aquí creemos, 5 chics, que termina el relato. El inventario de las pelis del Antiguo queda para otra gente, así como para Yamamoto, si ella quiere, desmenuzar el misterio del legado del Pujolito, el hombre de la Canina Esmeralda. Ella nos había advertido de que había venido a visitar

al Pujol y a la Consu algo alarmada por una parte del material que le habíamos enviado, temiéndose lo peor, sobre todo con la constatación de que Pujol consideraba la fiesta del cange como la marcha de la despedida para él. Pero ya había visto que no –Fito se lo había confirmado: “Aún tienen cuerda para rato” –, el Pujol y la Titina tenían cuerda para rato. A otros les iba a tocar narrarnos su final.

La casi una docena de comensales de la cena en casa de la Consu la tiene perfectamente recogida en una serie última de pinturas el Carlos Bloch, y entre los invitados esa noche estaban Pepo de la Peña, cámara, Hadi, Pati la Fiorentina y el Cañete, vaiveners, así como la Maga de Oz, una Estambulina, Luisa la Jurídica y el Rajkuter, de viajes de conocimiento y de contactos.

FIN de LA CANINA ESMERALDA, la próxima nonovela del paraíso de las islas, en cuaderno azul Makro Paper y cuaderno Movistar, Casa del Tilo, 22 de noviembre 2007.

POST-SCRIPTUM

Remitido por Yamamoto a Fito Naser tras su visita a la biblioteca de don Borondón.

Imposible la afirmación o la negación rotundas, es preferible sugerir. Instalados en la eternidad del instante, resta un único destino: la lucidez de la soledad. En mi visita a la biblioteca de don Borondón para dejar allí la copia definitiva de la Canina Esmeralda, me entretuve unos días con algunas aportaciones últimas de amanuenses y otra gente, y entre muchos textos literarios sugestivos me topé con “La muerte del padre”, que creo que es muy representativo del hondón del tiempo del Pujol, no sé bien por qué, simplemente lo intuía. Y por eso quiero que figure al final de la Canina Esmeralda como post-scriptum, como decíais por aquí hace mucho tiempo. Paso, por el momento, de investigar la autoría, que se puede; quede para una futura asamblea de amanuenses, que seguro que descubrirán enseguida a uno de los suyos, y de los clásicos además. Seguro que Esther, nuestra amanuense contratada historiadora astur moldava, nos sabría sugerir cómo localizarle. Pero es mejor dejarlo para la asamblea de amanuenses, para que se diviertan, si es que siguen adelante con sus reuniones periódicas, si sobreviven a la Central de Amanuenses del Fito Naser y a las nuevas tecnologías de comunicación semi-instantánea. Personalmente, pienso que sólo podrán sobrevivir o conservarse esas reuniones como fiestas de calendario de intersticio de nomadeo, y no de otra manera.

También decidí, tras el encuentro con “La muerte del padre”, dejar esos “Previos” introductorios con el misterioso “don ES” – que comprendí de inmediato que estaba tras “La muerte del padre” –, profesor de doctorandos. Y entre esos previos, “Graveras” por ser muy representativo de esa nueva tendencia por todos registrada, que el nomadeo necesita cada vez más, dada su degradación dramática con los cambios climáticos feroces y el “sálvese quien pueda” arrasador, necesita cada vez más intersticios de nomadeo en cada posible escala cotidiana de viajero, o diaria, mejor, un intersticio por cada día de camino a pie y en cualquier dirección que conduzca a un gran intersticio de nomadeo estepario o costero. “Un nuevo nomadeo: las graveras de Andalucía” es un relato no escrito, pendiente, que pienso que actualizará, o puede hacerlo al menos, lo que a mí, Yamamoto, portavoz de 5chics en este caso, me hubiera gustado sugerir como conclusión de nuestra aventura con Pujolito, que es la Canina Esmeralda.

El párrafo “Post-novela” de los previos, para mí que remite de nuevo al misterioso “don ES”, el profesor conferenciante, esa antigualla. Y la verdadera introducción, finalmente, llega con la “Prenovela”: nos precisa el tiempo –el nuestro – y su manera de ordenarlo, la manera de datar. Ya lo sabemos todos, en principio, pero había que prefijarlo para otros, el nosotros nunca somos todos y la cosa va cada vez más, por pura supervivencia, de todos.

En fin, Si a pesar de estos fragmentos para introducir la Canina Esmeralda quedasen algunas dudas sobre su sentido, entonces habría que recurrir, como no, a una bibliografía, cada vez más difícil de encontrar en formato libro, si uno no se acerca a la biblioteca de don Borondón. Una bibliografía somera, en este caso, con cuatro títulos básicos y suficientes en sí mismos, un pequeño sistema paranoico que un día sin duda desbordará:

- “Acción, meditaciones y muerte de Juan Bravo” (Moebius, 1978),
- “Los hijos del agobio” (Polar, 1984),
- “Arcadio y los pastores” (Libertarias, 1985) y
- “El paraíso de las islas” (Fugaz, 1993).

Todos editados o recopilados por “don ES” precisamente. De ahí que no me sintiera tranquila hasta conseguir cerrar el trabajo de 5chics con estas aclaraciones e inclusiones. Terminamos, pues, con “La muerte del padre”.

La muerte del padre. 1. Descubrió a su padre verdadero cuando éste se había muerto ya, y supo que su grandeza estaba en la constatación alegre de su propio fracaso. Estaba claro que el secreto de la comprensión del mundo –de sus gentes y sus relaciones – estaba en la comprensión del fracaso de la paternidad, la ficción más mentirosa – engañadora – de las ficciones inventadas por el hombre para sobrevivir en un mundo hostil. La más manipuladora de las ficciones, la más nefasta y de más mala voluntad, sin duda. La constatación de la muerte del padre, del fracaso de esa ficción maligna de la paternidad, era el germen de la posibilidad misma de un hombre nuevo, de la obsesión salvífica de que otro mundo es posible. La muerte del padre era sin más la posibilidad de transformación o cambio. Y nunca para peor, pues nada hay peor que la muerte misma o desaparición final.

Tanto Cervantes como Shakespeare lo sabían y es posible que no llegaran a formularlo con más claridad y rotundez por lo trágico del descubrimiento en un mundo en el que tanto Dios como el Rey eran padres supremos.

También lo sabían Kafka, Arrabal o Vila Matas. Y, por supuesto, Artaud cuando eyacuaba su Heliogábalo entre nostalgias infinitas de la eternidad del instante feliz.

El mal absoluto era la imposición de un padre que históricamente se denominaba verdadero. Espiritual y verdadero, divino, absoluto, dándole a la ficción / imposición fuerza religiosa, credencial de creencia. El máximo pecado era ese: la impiedad.

Así se entendía mucho mejor tanto a Hamlet o Lear como a Quijote o

Sancho, a la obsesión kafkiana o al padre sin hijos o el soltero vilamatiano, y hasta a la santísima trinidad cristiana con la muerte del hijo ante la cruel mirada del padre todopoderoso, raíz profunda de la ficción más destructora y potente, que hacía infantil la afirmación marxiana y maoista de la necesidad de matar al padre para ser un revolucionario, metáfora infantil al lado de la fuerza destructora del dios padre del sustrato religioso occidental cristiano.

La muerte del padre, sí; no era necesario su asesinato, esa tragedia, sino sólo su desaparición sin más. La constatación de su ineficacia –olvidando su influencia maléfica histórica – para todo aquello que pudiera brindar al menos una esperanza de sobrevivir en paz, de sobrevivir sin más.

Cultos solares y cultos lunares, tan amados por los mitólogos, dejaban de tener sentido ante una deidad masculina terrible, que en uno de los mundos de la gran escisión provocada por los malignos era una divinidad solar y en el otro una divinidad lunar. Paradojas radicales, seminales. Paradojas sin más a la hora de intentar entendernos, básico para la relación. El sol-luna de Scala. La nada de las aproximaciones.

No era un padre real sino impostado, ficticio, elemento de dominación, de imposición, de fundamentalismo ciego. Ese era el padre a hacer desaparecer, a aniquilar sin ningún tipo de miramientos.

¿Dónde residirá la fuerza de aquella película de cuando adolescente encerrado en una jaula de barrotes impíos injertados en el alma por falsarios que aducían paternidades religiosas con vocación de inamovilidad? Una película de título casi tierno – “Rebelde sin causa” – para aquel adolescente añorado – maldición de las palabras con fundamento – que contemplaba una historia maravillado ante la fuerza de atracción de sus imágenes principales y situaciones de rara ambigüedad. “Nadie es sincero”, decía la chica enamorada en momento estelar.

Y allí comenzaba la historia de amor y conocimiento. Con la trama subterránea de la paternidad fracasada, impostada negatividad.

Fue en el zoo. Miró a los ojos de un chimpancé fijamente y sólo pudo decir: “Padre”. La gran revelación. La ternura ante los fundamentos superados y ya carentes de manera absoluta de sentido. En los ojos del chimpancé chispeaba ese brillo prístino y desconfiado o lánguido del Padre. Y esa era la gran revelación: había que hacer desaparecer esa desdicha inconmensurable, de origen u original, bellísima y atroz.

La muerte del padre. 2. Xirinax, excusa –y por ello tornadizo / renegado u hombre de frontera – logró una particular clarividencia fronteriza cuando hubo de defenderse de la acusación de fascismo en una ocasión: “Creo que no soy fascista –dijo, y emociona esa duda metódica: creo que –. Creo que es muy distinta la democracia de base que el fascismo, que es una democracia de altura, que es una aristocracia”. Su experiencia eclesial / religiosa le había servido, ahora, al otro lado de la frontera, para esclarecer una vieja relación conceptual, podría decirse hoy, aristocracia y fascismo. Sólo visible desde los límites de la acracia, la lógica liberadora. Aristocracia de padres de la patria, noblezas variopintas, baronías o beneficios, burocracias de estructuras de poder, paternidades biligerantes hasta el límite del padre eterno. Acracia desmontadora de estructuras y paternidades.

Claves para una revelación. La vejez necesita relax y estímulos adecuados. Es posible que la muerte de la paternidad pueda hacerlo posible. Esa paternidad biológica y en moto por la vida, idealista maestro de la república en el Oviedo de 1934, sufrido, irónico e incombustible a varios fuegos cruzados, socarrón por pura supervivencia, murió lúcido y consciente de su paternidad fracasada ante un hijo que por toda despedida sólo se le ocurrió acariciarle el dedo gordo del pie bajo su mirada brillante y fatigada de felicidad. Luego –viaje profesional – ya no lo volvería a ver con vida. No había podido contarle nada de su vida aún, pero él ya la sabía. En profundidad: el fracaso de una paternidad. Se sabía derrotado y sonreía, feliz en su nueva iluminación, clave para la mía. Él era el padre bueno, el único posible permisible, precisamente por esa felicidad ante el descubrimiento final. Al que querían destruir aquellos otros falsarios y mentirosos –cuervos negros nacidos de lo más eróticamente íntimo del nazi / fascismo triunfante en el momento, la bestia triunfante de todas las más negras escrituras apocalípticas, los come-cocos, al fin, del terror. Si fue premeditado fue una infamia, cuando menos, justificada por el absoluto convencimiento de que su fin era el mejor fin, el único, mejor, pues fuera de esa paternidad suprema todo era condenación y caos, los dolores supremos del espíritu. El socavón. La santa desvergüenza, perturbadora de la más básica de las éticas.

¡Qué absurdo puede ser un final para algo que es puro proceso, que no tiene un final así, sin más, como no sea catastrófico, con los climas postmodernos que nos amenazan!

Siempre me sorprendió el mecanismo de generación de santos, en paralelo al de ídolos pues en el fondo es lo mismo, aunque en la de santo –o ídolo santificado si se quiere – debe intervenir sobre todo una muerte espectacular, a ser posible terrible. Como le acaba de pasar a este joven atleta sevillano de barrio que acaba de morir de sopetón en el campo de juego con balón. Y ha entrado en pleno proceso de beatificación con una ceremonia de confraternización entre béticos y merengues, o como se llamen los respectivos “tiffosis” de siempre enfrentados en la ciudad. Normas de comportamiento más apacibles en la línea de masajitos de relajación y “tranquilidad, porfa”, en las hinchadas paternidades de cada cual. Por eso, ya se sabe, cuando la paternidad se echa al monte, ya sean estos pirenaicos, alpinos o apeninos. O sea, allá donde florezcan las paternidades destructoras – para sobrevivir – de otras paternidades más saludables y verdaderas, si no con consideración de únicas y creíbles, que felizmente conscientes de su fracaso tienden a desaparecer. Y eso sí que es dejarle a uno en la orfandad total. Al fin. Y por ello libre. También al fin. Agosto, luna de don Borondon, 07.

FIN FINAL.

El conjunto se titula CANINA ESMERALDA.